

A close-up photograph of a man's torso and neck. He is wearing a light pink suit jacket over a light blue dress shirt and a darker blue necktie. The background is a solid yellow color.

LO QUE MÁS DESEO

BILOGÍA JIMENA 1

SARAH RUSSELL

LO QUE MÁS **DESEO**

BILOGÍA JIMENA 1

SARAH RUSSELL

Primera edición.

Lo que más deseo. Bilogía Jimena nº1

©Sarah Rusell

©septiembre, 2024

©imágenes por AdobeStock y Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

Capítulo 1



Había llegado el gran día, el momento en el que mi padre daba ese gran paso que hacía tiempo me preguntaba si ocurriría.

Y sí, al fin después de cinco años, estaba a punto de ocurrir.

Se casaba, mi padre estaba a solo unos minutos de convertirse en un hombre casado, por segunda vez.

Decir que le había costado dar el paso no era ninguna tontería, ya que jamás vi a nadie tan enamorado como lo vi a él de mi madre, esos recuerdos siempre me acompañarían.

Yo tenía dieciséis años cuando ella falleció, un mal momento para una adolescente, pero conseguí salir de aquella experiencia traumática y me repuse. Aquel día entendí esas palabras que aseguraban que a veces estábamos en el momento y lugar equivocados, comprendiendo que tenían razón.

Mi madre trabajaba en un banco, tenía treinta y ocho años y era una de las encargadas de las cuentas de empresas. Ese día no debería haber estado en el trabajo pues tenía una reunión con par de clientes en sus respectivas empresas, pero las aplazaron unas horas y fue a adelantar trabajo en el banco.

Varias personas entraron allí encapuchadas y con armas amenazando a la gente, iban a robar y fue lo que hicieron. El director, un hombre que estaba cerca de jubilarse, sufrió un amago de infarto ante el susto y mi madre fue a socorrerlo mientras el subdirector llevaba a dos de los ladrones hasta la caja en la que guardaban el dinero.

Según los testigos que se encontraban allí, mi madre quiso pedir una ambulancia para el director, un hombre con el que llevaba trabajando quince años y al que tenía un gran aprecio, pero se negaron a que lo hiciera.

Ella insistió, alguien aprovechó la distracción de los ladrones para intentar escapar y todo se volvió un caos. El resultado, tres heridos y dos fallecidos. Mi madre era una de estos últimos.

A sus cuarenta y tres años, mi padre se quedó viudo y con una hija adolescente.

Él era abogado, uno de los mejores desde que empezó su carrera con veinticinco años, y aún hoy en día, doce años después de la muerte de mi madre, seguía siéndolo. Tenía su propio bufete y yo seguí sus pasos, queriendo hacer como hizo él años atrás llevando a la cárcel a quienes cometieron aquel robo con asesinatos.

En realidad, el juicio lo llevó uno de los abogados que trabajaban para él, pero como dijo mi padre, hicieron justicia.

Desde el momento en el que nos quedamos solos se centró en mí, no quiso conocer a ninguna otra mujer, pues extrañaba a mi madre, y era comprensible, fue el gran amor de su vida durante veinte años, la amaba con locura.

Pero entonces pasó lo que en algún momento supe que pasaría, y fue que conoció a una mujer, cinco años atrás, con la que comenzó a quedar.

Ella, cinco años menor que él y con dos hijas, supo ganarse el corazón de mi padre poco a poco, y también mi cariño, hasta llegar al momento en el que nos encontrábamos ahora.

—¿Quién iba a decirnos que tu padre acabaría casándose de nuevo? —preguntó Elena, mi mejor amiga.

Ella tenía veintiocho años, igual que yo, éramos amigas desde el primer día de colegio cuando teníamos cinco años, y nos hicimos tan inseparables que cursó la carrera de Derecho igual que yo, y trabajaba conmigo en el bufete de mi padre.

Estaba terminando de retocarse los labios y comprobar, por centésima vez, que su melena rubia estaba perfectamente peinada y recogida en ese moño que se había hecho para una ocasión tan especial.

Por no hablar del vestido rosa pastel que llevaba haciendo que el tono marrón de sus ojos pareciesen más bonitos.

—Nena, ahora sí que puedes decir que eres como la Cenicienta, vas a tener una madrastra y dos hermanastras de manera oficial.

—Joder, Elena, qué cosas tienes —reí.

—Sabes que es broma, si no hay más que ver cómo te trata Minerva —se refirió a la futura mujer de mi padre—, como si fueras una hija más para ella.

Sonreí, ya que tenía razón, desde el momento en el que me conoció nunca hizo distinciones entre sus hijas y yo, decía que para ella sería tan importante como lo era para mi padre, y así me lo demostraba cada día.

Siempre que le preguntaban decía que tenía tres hijas, Jimena, Sofía y Lorena, y nadie le iba a

llevar la contraria en eso.

Era un encanto de mujer, y en los días malos de mi vida pude contar con ella como si de mi propia madre se tratara.

Sí, mi nombre es Jimena, y mis hermanastras, que nada tenían que ver con las de la pobre Cenicienta, Sofía y Lorena, dos preciosas chiquillas de veinticuatro y veintidós años respectivamente, risueñas y un poco alocadas, pero muy buenas niñas.

—¿Estás lista? —curioseé— Quiero bajar a ver a mi padre.

—Seguro que Aitor está de los nervios esperando a la novia —sonrió—. Vamos, ya estoy lista. Espera, no te muevas —me pidió echando un vistazo a la parte trasera de mi vestido, una preciosidad con caída y de lo más suave en color turquesa que supe que tenía que llevar para ese día nada más verlo—. ¿Estás en venta, cariño mío? —preguntó, y fruncí el ceño mirándola por encima del hombro— Has estado a punto de salir con la etiqueta colgando.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes, doña despistes —rió mientras me mostraba la dichosa etiqueta.

—Madre mía, pues menos mal que te has dado cuenta.

—Venga, bajemos a ver al novio —dijo, mientras se colgaba de mi brazo y salíamos de la que había sido mi habitación en la casa de mi padre durante veinticuatro años, dado que hacía cuatro que me había independizado.

En aquel entonces y con un trabajo en el bufete de mi padre, uno de gran renombre en Málaga y en toda la zona sur de España, no me costó conseguir un préstamo para mi ático, acogedor y coqueto como ninguno.

Paredes blancas, cocina con mobiliario en color crema y algunos electrodomésticos en tonos pastel, muebles del salón y la cocina blancos, y la joya de la corona, mi terracita donde disfrutaba de los desayunos con las vistas del amanecer.

Mi padre me ayudó con la entrada, no quería que lo hiciera, pero se empeñó y gracias a eso el préstamo fue menor de lo que sería en un principio y las cuotas no muy elevadas.

Minerva se mudó a vivir a casa con mi padre hacía tan solo un año, dijo que prefería seguir viviendo en la suya con las niñas y se turnaban para pasar un fin de semana en casa de cada uno. A la suya iban cuando Sofía y Lorena viajaban por algún evento de trabajo.

Ambas eran influencers y de las más famosas en redes, tenían millones de seguidores y promocionaban la tienda de ropa de su madre, esa que siempre que pasabas por delante estaba llena.

Elena y yo las habíamos acompañado alguna que otra vez a un evento aquí en Málaga, pasando

una noche de lo más entretenida y conociendo a otros influencers de todo el mundo.

Pero solo en contadas ocasiones, ese mundo no era el nuestro y acabábamos huyendo de los focos como si nos produjeran urticaria, bastante teníamos con aparecer en las noticias cuando llevábamos un caso que resultaba ser de interés público a nivel nacional.

Elena se dedicaba al derecho matrimonialista, y muchos personajes públicos y conocidos contrataban los servicios de nuestro bufete, en el caso de las mujeres para desplumar a los maridos, y en el caso de ellos, para evitar tener que pagar cantidades indecentes de pensión y demás, si había existido una infidelidad, algo que en la mayoría de casos era por parte de ellos, pero también de ellas.

Así estaba mi amiga, desencantada con los hombres, también por su propia experiencia un par de años atrás.

Mi padre se encargaba del derecho penal, igual que muchos otros abogados del bufete, otros del derecho laboral y luego estaba yo, que llevaba todo lo relacionado con violencia, defendiendo a mujeres que sufrían a manos de sus parejas y a esos hijos fruto del matrimonio que se veían envueltos en aquello.

A veces era duro, pero me alegraba poder ayudar a esas madres e hijos a salir del infierno en el que vivían.

Junto con Camila, una asistente social que además dirigía una casa de acogida para esas mujeres y niños, les conseguíamos la ayuda necesaria para salir adelante.

Pasamos por delante de la habitación de mi padre, esa que compartía con Minerva, y escuchamos las voces de Sofía y Lorena pidiendo a su madre que se calmara.

—Espera, voy a entrar —dije, y Elena asintió—. ¿Se puede? —pregunté abriendo la puerta y sonriendo al ver a las tres.

—Jimena, pasa, pasa —Minerva sonrió y me acerqué a ella.

—A ver, Jimena, aquí nuestra madre dice que se ve mal —Sofía volteó los ojos.

Minerva era una mujer de cincuenta años verdaderamente hermosa, de cabello negro azabache y unos bonitos ojos azules como el océano, cuerpo perfecto y con curvas en los lugares precisos que la hacían verse espectacular.

Llevaba un conjunto de falda y blusa de tirante ancho en color beige que le sentaba de maravilla, y unos zapatos del mismo color. Le habían recogido el cabello en un lateral y el maquillaje realzaba el bonito tono bronceado de su piel.

—¿Qué dices? Pero si estás preciosa —le aseguré.

—Pues se queja de que la falda le hace unas caderas muy grandes, que se ve los tobillos

hinchados y parece un elefante —resopló Lorena.

—Minerva, a ver si estás embarazada y de ahí lo de los tobillos.

—¡Elena, por Dios! —protesté.

—¿Embarazada a mis años? Querida, no soy Ana Rosa, yo ya crie a mis hijas —rio Minerva, y mi mejor amiga me hizo un guiño para que supiera que lo había dicho en broma.

—Estás preciosa, mamá, ya te lo hemos dicho —Sofía sonrió dándole un abrazo mientras Minerva seguía mirándose en el espejo.

—Y a mi padre le tienes en el bote, así que, tranquila, que no va a salir corriendo —sonreí.

—Estás así por los nervios, Minerva, nada más. ¿Quieres un whisquito? Te lo subo ahora mismo —Elena señaló la puerta.

—Lo que me faltaba, nerviosa y borracha en mi boda —resopló.

—Pues venga, en marcha señorita, que el novio espera —dijo Lorena, cogiendo a su madre del brazo.

Viendo a las tres juntas se podía apreciar cómo serían Sofía y Lorena de mayores, dado que se parecían muchísimo a Minerva.

Sofía, la mayor, había heredado su cabello negro, mientras que Lorena era rubia, como su padre según me dijeron, y ambas tenían los ojos verdes de él.

Para ese día habían decidido vestirse iguales, con un elegante y vaporoso vestido de gasa en color azul, con un tirante ancho en el hombro derecho dejando el izquierdo y la espalda al descubierto.

Las dejé allí terminando de darse los últimos retoques y Elena y yo bajamos al jardín donde muchos de los invitados, amigos y conocidos tanto de mi padre, como de Minerva, esperaban sentados en las sillas a que apareciera la novia.

Ambos se casaban de segundas y dado que en su momento lo hicieron por la iglesia, ahora celebraban una boda civil donde no iba a faltar de nada.

—Tú padre está guapísimo —murmuró Elena mientras nos acercábamos.

Y era cierto, el gran Aitor estaba de lo más elegante, como un actor de cine, con aquel traje negro, camisa beige a juego con el traje de la novia, y una pajarita. No era amor de hija, pero mi padre era un hombre de lo más atractivo a sus cincuenta y cinco años. Cabello castaño, ese mismo que yo tenía, y unos ojos marrones de lo más cálidos, los míos eran azules como los de mi madre.

—Papá, estás guapísimo —le di un abrazo.

—Tú sí que lo estás, cariño —sonrió—. ¿Le queda mucho a la novia, o se ha fugado?

—La novia, como es normal, está de los nervios —contestó Elena—. Dice que no se ve bien, cuando la verdad es que está preciosa.

—No tardará en bajar, Sofía y Lorena la traerán en breve. ¿Tú cómo estás?

—Sudando como un cochino asado, hija mía —resopló.

—Menos mal que no te has maquillado, Aitor, o parecerías un mapache —dijo Elena, y mi padre sonrió.

Desde luego que nadie como mi mejor amiga para sacarnos una sonrisa a todos.

Cuando vimos que Minerva salía, Elena y yo fuimos a nuestros asientos y la vimos llegar acompañada de sus hijas. El modo en el que miraba a mi padre, y él a ella, dejaba más que claro que se querían con locura.

La ceremonia fue preciosa, ambos se miraban constantemente, sonreían y se apretaban la mano. En cuanto les declararon unidos en matrimonio todos aplaudimos y les felicitamos.

Pasamos a las mesas donde servirían el cáterin y Elena y yo nos sentamos con Sofía y Lorena, no paramos de hacernos fotos y de hacérselas también a los novios, a quienes teníamos al lado.

Muchos de los abogados que trabajaban con nosotros en el bufete eran íntimos de mi padre y se atrevían a pedirles que se besaran, momento en el que ellos accedían entre risas.

Tras disfrutar del pastel y de un brindis con la primera botella de champán de la noche, pasaron a abrir el baile y acabé llorando emocionada.

—Ay, hermanita, no llores que nos contagias —me pidió Lorena, que de las dos era la más sentimental.

—Es que me encanta verlos así, tan felices.

—Desde luego, están hechos el uno para el otro —sonrió Sofía, pasándome el brazo por los hombros—. Y nosotras hemos ganado una hermana mayor.

—Pues preparaos, porque es abogada y tiene un genio...

—Joder, Elena, ni que fuera un ogro —protesté.

—No, no es un ogro, pero procurar que no le falte un café cuando se levante porque se pone peor que un Gremlin —puso cara de terror y mis recién estrenadas hermanas se echaron a reír.

Nosotras también bailamos, en el caso de Elena y mío con Ricardo y Saúl, un par de abogados

del bufete con los que nos llevábamos de maravilla. Ricardo tenía cuarenta años y fue de los primeros en entrar en el bufete, junto con Luisa, de cuarenta y dos, que también estaba invitada.

Saúl de treinta y dos y María de treinta y seis eran los otros dos veteranos, el resto de empleados eran jóvenes y algunos recién salidos de la carrera y que trabajaban como becarios.

—A ver, que la novia tiene que lanzar el ramo —gritó Sofía—. Vamos, mamá, a ver quién es la próxima.

Todas nos echamos a reír y nos pusimos detrás de Minerva, algunas se colocaron en las primeras filas y sonreían esperando cogerlo, muchas tenían novio y estos miraban hacia otro lado silbando.

—¿Listas? —preguntó ella, mirando por el encima del hombro y todas gritaron que sí— A la de una —movió el ramo—, a la de dos —todas reíamos—, y a la de tres —lo lanzó.

El ramo empezó a volar por encima de ella, dirigiéndose hasta donde estábamos todas, Elena y yo en la última fila puesto que hasta allí no llegaría y no queríamos cogerlo, y entonces para sorpresa nuestra... ¡¡Zas!!

—¡¡La siguiente será Jimena!! —gritó Lorena, y ella, Sofía y Minerva comenzaron a aplaudir.

—Joder, nena, qué puntería ha tenido —rio Elena.

Desde luego, porque si había algo que no entraba en mis planes, era casarme.

Capítulo 2



Después de la boda celebraba la noche del sábado, mi padre y Minerva salieron hacia su viaje de luna de miel la tarde siguiente.

Ella no sabía el destino, sería una sorpresa, pero tanto Sofía, Lorena y yo, estábamos al corriente de dónde iba a llevarla mi padre.

Un crucero con destino final en las islas griegas, donde pasarían dos semanas más y de ahí, regresarían a Málaga.

Era mediados de junio, así que mi padre podía permitirse disfrutar de tres semanas de viaje de novios sin preocuparse de nada, pues entre Elena y yo, junto con los veteranos del bufete, nos encargaríamos de todo.

Minerva por su parte contaba con la total confianza de Gisela, la encargada de la tienda, que se ocupaba de que todo marchara como si ella estuviera allí.

Sofía y Lorena tenían un evento en Madrid el miércoles y se iban esta misma tarde, regresarían el jueves para estar listas y preparar el que tendrían el sábado por la noche en un local de copas a pie de playa, que se había puesto de moda en los últimos meses, y al que nos habían invitado a Elena y a mí para acompañarlas.

Antes de entrar en el bufete pasé a por mi café con crema y caramelo a la cafetería que había enfrente, ese que me daba la vida después de tomar el primero en casa.

—Buenos días, Gloria —saludé a nuestra secretaria con una amplia sonrisa.

Tenía cuarenta años y llevaba quince trabajando para mi padre, esa mujer tenía el cielo ganado porque era la secretaria de todos los abogados senior, como solíamos llamarles, y además solía echar una mano a los jóvenes y a los becarios que se lo pedían.

No era la única secretaria, contábamos con otras cinco más, pero ella era la veterana que sustituyó a la que empezó en el despacho con mi padre.

—Buenos días, Jimena —sonrió—. ¿Qué tal fue la boda? Mira que me dio pena no poder ir, pero es que no podía decirle a mi prima que no iba a la boda de su hijo.

—No te preocupes, mujer, tranquila que todos lo entendemos. La boda fue preciosa, te puedes imaginar cómo lloramos algunas.

—Sí, sí, conociéndote...

—Estuvo todo perfecto, y ellos guapísimos, con esas miradas de amor que se dedicaban.

—No te olvides de contarle que el ramo te cayó a ti —escuché a Elena a mi espalda, y Gloria me miró con los ojos muy abiertos.

—¿En serio? —se echó a reír— Dime que hay fotos de ese momento, Elena.

—Mejor, tengo un vídeo.

—¿Tienes un vídeo? —No me lo podía creer.

—Oh, sí, y si lo paramos en el momento justo, se te ve una cara de terror que parece que tienes entre las manos al bicho de Alien, como poco. Mira Gloria, mira.

Le enseñó el vídeo, ese que también vi, y sí, cuando la petarda de mi mejor amiga lo paró, se me veía la cara de terror mientras observaba el ramo.

—Cariño, el día que llegue el hombre que te desarme por completo, ya verás si te dan ganas de casarte, ya.

—Gloria, que no, que no me va a picar el gusanillo de una boda de cuento —reí.

—Pues en la playa, estilo hippie, tú tranquila, que yo te la organizo —dijo Elena.

—Me voy al despacho —volteé los ojos y fui a los ascensores para subir a la segunda planta, donde estaba mi despacho, el de mi padre y el de Elena.

—Espera, que voy contigo —dijo esta, corriendo tras de mí—. Cojo un par de carpetas y me voy a los juzgados, que hoy tengo vista de dos juicios.

—¿Ganados o perdidos?

—Espero que ganados, pero ya te diré. ¿Cómo va el tuyo?

—Bien, ya tengo la orden de alejamiento, no puede acercarse a la mujer ni a los niños. Y el divorcio es un hecho, lo está llevando Miguel —me refería uno de nuestros compañeros que, al igual que Elena, era abogado matrimonialista—. No es que el marido lo haya puesto fácil, pero las pruebas y los testigos han sido del todo concluyentes para el juez.

Elena asintió, sabía lo mucho que me involucraba con esos casos dada la experiencia que ambas

vivimos años atrás, y no en carne propia porque ninguno de nuestros ex nos había puesto una mano encima, pero sí con una de nuestras amigas del instituto.

Fue en la universidad cuando conoció al que ella creía el hombre de sus sueños. Tenía dieciocho y él veintiuno, el primer año fue como algo mágico que incluso Elena y yo vivimos y disfrutamos en primera persona, imaginando hasta cómo sería la gran boda soñada que ella siempre quiso.

Durante el segundo año de relación la vimos un poco más apagada, hablaba menos, había cambiado hasta la manera de vestir, se excusaba para no salir con nosotras, pero en su tercer año de relación, con apenas veintiún años ella, Elena y yo fuimos testigos del modo en el que se había ido consumiendo poco a poco.

Estaba muchísimo más delgada, apenas tenía ese brillo en la mirada que la caracterizaba, ni mucho menos la sonrisa que siempre hacía que nos contagiara con ella.

Ocultaba su figura y a veces incluso se excedía con el maquillaje, ese con el que descubrimos que ocultaba algunos moratones en el rostro.

El día que vimos las marcas en sus brazos nos echamos las manos a la cabeza y quisimos ayudarla, se negó diciendo que era muy torpe y despistada y que solía darse golpes con las puertas, todo mentira para hacer que nos quedáramos calladas.

Ese verano no supimos nada de ella, hasta que su madre nos llamó poco antes de comenzar las clases para decirnos que había fallecido.

Según nos contó su madre, a ella le costó mucho dar el paso y reconocer lo que nosotras le habíamos dicho durante meses, en el momento en el que su madre fue consciente la llevó al hospital y a poner la denuncia ante la policía.

Él no se lo tomó nada bien y una tarde, cuando ella regresaba de dejar a su hermana pequeña en casa de una amiga, la abordó en el portal de su casa y la obligó a entrar con él.

Los padres de ella no estaban, los dos trabajaban y no llegarían hasta la noche. Allí se ensañó con ella de tal manera, que la dejó con un hilito de vida. Ese con el que llegó al hospital donde nada pudieron hacer.

Después de aquello supe en qué quería especializarme en Derecho, y lo conseguí.

Me despedí de Elena al salir del ascensor y quedamos en vernos para comer, fui al despacho, revisé el correo y vi que tenía uno de Camila, la asistente social con la que solía trabajar en mis casos.

Al parecer había una chica de apenas dieciocho años que había ido a hablar con ella, su novio la maltrataba y necesitaba asesoramiento legal, no dudé ni un segundo en que iba a coger el caso, no quería que aquella joven acabara como acabó mi amiga.

—Buenos días, Camila —saludé cuando descolgó, pues había marcado su número.

—Jimena, hola —sonaba tan risueña como siempre, a pesar de que veía tanta tristeza a diario—. ¿Cómo estás?

—De lunes —sonreí—. Pero ya sabes, yo puedo con él. He visto tu mensaje. ¿Puedes concertar una cita con ella a las once?

—¿Hoy? Claro, ahora mismo la llamo.

—¿Cuándo fue a verte?

—Yo la vi el sábado en comisaría, ya sabes que Andrés me pone al tanto cuando hay una denuncia y fui allí. Le dije que la llamaría en cuanto hablase con la abogada. Jimena, su familia no es de muchos recursos...

—Tranquila, ya sabes que mi padre me permite coger los casos de tu casa de acogida sin cobrar honorarios.

—Lo sé, y no os imagináis lo mucho que yo os agradezco esto, de verdad.

—No hay nada que agradecer, Camila, ojalá mi amiga hubiera dejado que la ayudáramos también. Te veo a las once, ¿sí?

—Ahora mismo la llamo, gracias Jimena. Hasta ahora.

Colgué, preparé la carpeta con todo lo necesario para aceptar como cliente del bufete a esa joven, y revisé algunos casos de los juicios que tendría a final de la semana.

A las diez y media salí del bufete lista para ir a la oficina de servicios sociales donde trabajaba Camila, no es que estuviera lejos del bufete, pero sí que quería hablar con ella antes de que llegara la chica y poder saber a qué atenerme. Cada caso era diferente y me gustaba saber cómo había visto Camila a cada una de ellas en la primera toma de contacto.

Entré en la cafetería que había al lado de su edificio a por un par de cafés, y fui directa a verla a ella.

Saludé a las dos mujeres que había esa mañana en recepción y caminé por el largo pasillo hasta el despacho de Camila, di un par de golpecitos y entré en cuanto me dio paso.

—Hola —sonreí al verla.

Era majísima, tenía treinta y dos años, el cabello negro y unos ojos azules de lo más expresivos y dulces.

—Jimena, hola —se puso en pie y me dio un abrazo.

—Toma, te he traído un café.

—Ay, gracias, estaba tan metida en el trabajo que he perdido la noción del tiempo. Madre mía, cualquier día me quedo aquí a dormir.

—O en la casa de acogida —sonreí.

—Allí, que no te extrañe, que las horas sí que se me pasan rápido. Siéntate, que saco el expediente de Melisa.

Asentí, ocupé una de las sillas frente a su escritorio y cogió una de las carpetas marrones que había en ella.

No tardó en ponerme delante el papel con la información de la chica a la que estaba a punto de conocer.

Melisa, dieciocho años, trabajaba en la tienda de alimentación de sus padres desde que acabó el instituto el año anterior, había tenido unas buenas notas, pero no contaba ni con recursos ni con becas para hacer una carrera universitaria.

Llevaba saliendo un año y medio con su novio y en los últimos cuatro meses la había golpeado en varias ocasiones.

—El chico al parecer no es una joya —me comentó Camila—. Tiene veinte años, cuenta con antecedentes por robo siendo menor y alguna que otra detención por trapichear con drogas, y parece que no aprendió la lección porque lleva dos años en las mismas, solo que le han pillado menos veces.

Asentí y pasé a ver el informe médico del parte de lesiones de Melisa. Desde luego que el novio sabía bien dónde golpear para no llamar la atención.

—Como siempre, con esto puedo solicitar la orden de alejamiento, por no hablar de una pequeña condena. Espero que ella esté dispuesta a colaborar —miré a Camila y asintió.

—Lo está, te lo aseguro.

Volví a asentir y recordé muchos de esos casos en los que ellas denunciaban, pero acababan retirándola porque la pareja les aseguraba que iba a cambiar y que todo sería como antes. Ellas estaban tan enamoradas que accedían.

Muchos de esos casos acababan con una nueva paliza pocos meses después y con ellas abandonándolos, otros en cambio el desenlace era mucho peor para ellas.

Unos golpecitos en la puerta nos alertaron de que había llegado la hora, Camila dio paso y nos pusimos en pie para recibir a Melisa y sus padres.

Esa niña tenía el miedo en el cuerpo y el rostro, y a pesar de que sabía que como todas las que

daban un paso adelante era fuerte, sabía que en el fondo no podía desprenderse del miedo a la reacción de su pareja.

—Melisa, ella es Jimena, la abogada de la que te hablé —le dijo Camila con una sonrisa, esa que yo misma le ofrecí a la chica llena de miedos que tenía delante—. Ellos son Alfredo y Carmen, sus padres

—Hola, Melisa.

—Hola —murmuró.

—Encantada de conocerlos —estreché la mano a sus padres.

—Bien, como ya comentamos el otro día, Jimena lleva casos de maltrato en su bufete.

—Señorita, antes que nada, nosotros no podemos costearnos una abogada —me dijo Alfredo, el padre—. Por más números que hagamos o nos apretemos el cinturón...

—Alfredo, lo primero: quiero que me llaméis Jimena —sonreí—. Y lo segundo: mi padre es dueño del bufete y llevo años trabajando allí. Colabora con la casa de acogida que dirige Camila para madres e hijos en situación de maltrato, y en esos casos no cobramos nada. No tenéis que preocuparos por el dinero, de verdad. Así que, ¿qué os parece si Melisa me cuenta un poco su relación con ese chico?

Desde ese momento todo fue más fluido y relajado, la madre de Melisa lloraba al escuchar a su pequeña relatando aquellos episodios que había tenido que vivir, y después de algo más de una hora con ellos, rellenar lo que necesitaba para la petición de orden de alejamiento ante el juez y algunas cosas más, quedé en llamarlos.

Le pedí a Melisa que se mantuviera alerta y que no saliera sola a la calle por protección, me vi obligada a contarles el caso de mi amiga como había hecho en otra ocasión, y de ese modo me aseguraba que aquella asustada chiquilla no corriera riesgos innecesarios.

Me despedí de Camila quedando en vernos en la casa de acogida el miércoles por la tarde donde visitaba a las mujeres y les asesoraba con lo que necesitasen, y me marché para ir a comer con Elena antes de ir al centro comercial y después a nuestra clase de zumba.

Capítulo 3



Aparqué en la zona del bar donde solía quedar con Elena, ese que estaba cerca de la playa, y cuando entré fui hacia la terraza, que era donde me esperaba siempre.

—Dime que has pedido vino fresquito —dije llamando su atención, pues estaba mirando algo en el móvil.

—Blanco y afrutado, del que te gusta, que para este calor va de lujo —sonrió.

—Perfecto. ¿Y de comer?

—Pues una ensalada, unas gambitas y un plato de pescaíto, que esta tarde nos toca clase de zumba y allí tenemos que ir con el cuerpo ligero.

—El pescaíto muy ligero no es, no —reí.

—Calla, que me lo he ganado a pulso. ¿Tú sabes ese abogado al que no puedo ni ver?

—¿El que te saca de quicio y tontea contigo?

—Ese, ese —me señaló con el dedo—. Pues hoy otra vez me ha dado la mañana. Qué pesado es, con eso de querer tomar un café conmigo. Pero a ver, digo yo, si hemos coincidido como abogados en un mismo juicio de divorcio, y le hemos sacado a su cliente hasta los empastes.

—Qué bruta eres, Elena —negué.

—Tú me entiendes.

—Sí, sí te endiento.

—De verdad, no puedo con él.

—¿Y por qué no aceptas un café? Hija, es un café, no una propuesta de matrimonio.

—Dudo que, siendo abogado matrimonialista, sueñe con una boda —volteó los ojos.

—Podría ser, ¿quién dice que lo uno esté reñido con lo otro?

—Dijo la mujer que es alérgica al matrimonio —resopló.

—No, alérgica no, simplemente no entra en mis planes casarme todavía. Estoy en lo mejor de la vida, tengo una carrera exitosa y quiero disfrutar de mi soltería unos años más.

—¿Hasta los sesenta? —Arqueó la ceja.

—Sí, claro, o los setenta —volteé los ojos—. Tengo veintiocho años, quizás dentro de cuatro o cinco años.

—Pues iremos buscando el candidato adecuado para ese gran día.

En ese momento nos trajeron el vino y la comida, me serví una copa y di un buen sorbo, dejando que el sabor afrutado y fresquito me hiciera gemir.

—Volviendo al abogado de tus tormentos —dije pinchando un poco de ensalada.

—Y de mis pesadillas, que lo veo hasta en sueños.

—Eso es que te gusta —reí.

—Un mojón me va a gustar.

—¿Cómo es? —curioseé— Para saber si te gusta.

—Pesado, idiota, arrogante, con un ego del tamaño de Canadá...

—Físicamente, hija —volteé los ojos.

—Alto, metro ochenta o así, moreno y de ojos marrones.

—Tu tipo totalmente —sonreí.

—No vayas por ahí, Jimena, que no me gusta, le tengo una fatiguita...

—Ya.

Seguimos comiendo y dejamos a un lado al abogado, centrándonos en mi nuevo caso. Como siempre, Elena me dijo que, si necesitaba cualquier cosa que se lo hiciera saber y me echaría una mano, pero no creía que fuera a ser necesario.

Después de comer fuimos al centro comercial, necesitaba algunos productos de cosmética que se me habían acabado y aproveché para hacerme con algunos conjuntos nuevos de lencería y algunos pijamas de verano para estar en casa y dormir, otra cosa no, pero en casa cuanto más

cómoda estuviera, muchísimo mejor.

Elena se cogió un conjunto deportivo nuevo para ir al gimnasio y yo acabé cayendo en comprarme otro igual, pero de diferente color.

Si había algo que nos caracterizaba era que teníamos los mismos gustos en cuanto ropa y solíamos comprar lo mismo, incluso nos prestábamos algún que otro modelito para salir.

Nos tomamos un café helado en nuestra cafetería favorita y estuvimos hablando del evento al que iríamos con mis hermanas el sábado por la noche.

Dimos un repaso mental a lo que teníamos en el armario para ponernos, y por suerte ambas dijimos que no tendríamos que comprarnos nada para esa noche, pues teníamos el *outfit* perfecto, como decían Sofía y Lorena.

Regresamos por los coches y pusimos rumbo al gimnasio, donde como siempre nos ganamos las miradas de algunos de los clientes que estaban haciendo sus ejercicios, y es que nosotras entrábamos allí con la falda lápiz y nuestros tacones en plan abogada, lo que éramos básicamente.

Tras cambiarnos en el vestuario fuimos hacia la sala de zumba donde Nadia, nuestra profesora, estaba ya esperando a que entráramos todas para empezar la clase.

Aquella rubia de treinta y cinco años, ojos marrones y piel bronceada, tenía una marcha en el cuerpo y una energía, que a muchas nos costaba seguir.

—Nadia, cariño, a ver si hoy no nos dejas para el arrastre, que después no me queda cuerpo para darle amor a mi Manolo —dijo Victoria, una mujer de cincuenta años que estaba estupenda, pero que al igual que muchas acababa para el arrastre, como ella decía.

—Tranquila que hoy vamos a ir sin prisas —contestó Nadia con una sonrisa de esas que a mí no me daba buena espina, y a Elena, menos.

—Esta hoy nos deja como Rambo, sin que sintamos las piernas —murmuró mi mejor amiga a mi lado, y se me escapó una risilla.

Cuando estábamos todas ya preparadas y en nuestros lugares, con la botella de agua cerca para esos breves descansitos que nos dejaba para beber, comenzamos con la clase.

Primero calentando, unos pasitos lentos desde el centro a la izquierda, vuelta al centro y pasitos a la derecha.

—Así, chicas —dijo Nadia dando una palmadita mientras nos miraba a todas a través del espejo.

Y otra vez a la izquierda, palmada arriba, pasitos al centro, palmada hacia abajo, vuelta al centro, giro con palmada y pasitos a la derecha.

Madre mía, menos mal que íbamos a ir sin prisas, y solo con el calentamiento ya nos hacíamos una idea de lo que serían los siguientes treinta y cinco minutos de clase.

—Muy bien chicas, un calentamiento divertido, ¿verdad? —dijo Nadia.

—Divertidísimo —contestó Victoria.

—Venga, en posición, que empezamos la clase. Y un, dos, un, dos tres.

“Quiero bailar, pero no toda la noche, con las babys...”

La voz de Aitana resonó en la sala y ahí que fuimos todas a seguir a Nadia en cada paso, y la verdad era que sí que nos divertíamos en clase, sobre todo al ver lo descoordinada que iba alguna de las más nuevas, pero claro, es que para seguir el ritmo de la profesora había que llevar mínimo dos meses con ella.

—Diana, no pierdas de vista el espejo, que vas al contrario de las demás —le dijo Nadia, y la pobre mujer se sonrojó hasta la punta de las orejas.

—Es que no sé qué hago aquí, de verdad, si lo de bailar no es lo mío, chiquilla —contestó.

—Mamá has venido para no quedarte en casa encerrada y llorando por el cerdo de papá —saltó Mariola, una de las chicas que llevaba en la clase el mismo tiempo que Elena y yo, o sea, dos años.

—Hija, que es tu padre.

—Sí, y un cerdo. ¿O vas a volver a decirme que lo de tirarse a la panadera ha sido un desliz?

El murmullo generalizado hizo que hasta Nadia bajara el ritmo mientras todas seguíamos sus pasos, escuchando a la pobre Diana que comenzó a contarnos lo ocurrido, y claro, ahí, que salió la abogada Elena al rescate.

—Diana, soy abogada —dijo y vi que se sacaba una tarjeta del bolsillito pequeño de sus leggings y se la daba—. Pásate por el bufete que te asesoro y te llevo el divorcio.

—¿Ves mamá? Si es que te lo dije, mejor que te divorcies. Mi padre se fue de casa hace dos meses y ella pensando que iba a volver. Lo raro ha sido que no le pida él el divorcio —comentó Mariola.

—Eso es porque no querrá repartir ganancias —dijo Elena, mientras seguíamos con la clase.

—Mi padre tiene una conservera, y ya te digo yo que no quiere darle dinero a mi madre, ella, que se casó enamorada y embarazada de mi hermano el mayor, el heredero favorito de mi padre.

—Mariola, hija, no hables mal de tu padre y tu hermano.

—Mamá, son los dos iguales, acuérdate que mi hermano engañó a su mujer con la secretaria.

—Ah, de tal palo tal astilla, entonces —dijo Victoria—. Diana, lo mejor que puedes hacer es divorciarte. Mira yo, cuatro años llevo sola, y feliz como una perdiz.

—De aquí sales con amigas nuevas, mamá, te lo dije —sonrió Mariola.

Y continuamos con la clase, una canción tras otra, giros y más giros, palmadas, pasos a izquierdas, a derechas, saltos por aquí y por allá y para cuando llegamos a la última canción, Diana ya se reía hasta de su sombra, iba más coordinada siguiendo los pasos y movimientos que iba haciendo Nadia.

“Se te nota el gimnasio...”

Nos movíamos al ritmo de Sebastián Yatra y la verdad era que se nos notaba a todas en la cara que estábamos para el arrastre, como había dicho Victoria. Bueno, a todas no, porque Nadia se veía fresca como una lechuga, la muy jodida.

—Con lo que me gusta Yatra, y Manuel Turizo —dijo Elena entre jadeos a mi lado—. Si en este momento se presentan aquí por sorpresa y me invitan a una noche loca, les digo que no. Necesito una cama, pero para dormir, qué paliza nos ha dado la hija de fruta de Nadia.

Me eché a reír, negando, porque Elena era una abogada seria y formal, pero también una loca sin remedio.

—Vamos, chicas, muy bien. Últimos pasos. Un, dos, tres, palmada y giro —gritó Nadia.

—Por Dios, que se vaya la luz y se pare la música —escuché que dijo Fani, una de las treintañeras que también llevaba tiempo en la clase.

—Nadia, cariño, deja algo para la semana que viene —le pidió Victoria.

—Ya acabamos, tranquilas.

—Tranquilas, dice, y tiene aquí a una horda de zombis en busca de agua —dijo Elena.

Cuando por fin se acabó la canción y Nadia dio por finalizada la clase, Elena se tiró al suelo para, según ella, refrescarse un poco, mientras las demás estábamos dobladas y en busca de aire con el que llenar los pulmones.

—Vamos Elena, hora de irse —dije dándole una cachetada en el culo.

—No puedo con mi alma, nena, de verdad que no. Llévame, que te dejo —contestó levantando la mano para que tirara de ella.

—Anda, levanta del suelo y mueve el culo hasta el vestuario —dije tirando de su pie.

—Llévame, Jimena, que no puedo moverme, de verdad.

—Pues nada, de aquí a tu casa, nada de batido de frutas fresquito para reponer vitaminas.

—Eso es chantaje, chantaje cruel de hecho —contestó mirándome con los ojos entrecerrados.

Acabó levantándose y entramos a los vestuarios a darnos una ducha rápida antes de irnos a tomar un batido de frutas y vitaminas de esos que tanto le gustaban a Elena como final de un inicio de semana un poquito largo y agotador.

Capítulo 4



Miércoles, y después de pasarme toda la mañana en los juzgados hasta conseguir que el juez me admitiera la petición de la orden de alejamiento para el exnovio de Melisa, pues al haber recibido la denuncia debía darse por enterado que le dejaba, y comer con Elena, me pasé por el centro comercial por algunas cosas para los niños que estaban en la casa de acogida de Camila.

Me gustaba llevarles algunas chuches, chocolatinas, cuentos y libros para colorear con los que podían distraerse, y esas caritas de felicidad con las que me lo agradecían, era el mejor pago que podía recibir.

Entré en el edificio y me sorprendió no ver a la mujer que solía estar en recepción, no tardé en saber el motivo y es que uno de los niños se había caído mientras corrían en el patio jugando al fútbol, y lo había llevado a la enfermería.

—Ya me quedo yo con él, Ángela —dije, y la mujer asintió.

—Esto ya casi está campeón —comentó Miguel, el médico mientras le ponía el apósito.

—Mami me va a regañar —murmuró secándose las lágrimas—. Siempre me dice que no corra mucho y tenga cuidado.

—Todos nos hemos caído alguna vez, o más de una —sonreí—. Yo incluso una vez me caí de la bici, y me hice un buen raspón en la rodilla, eso sí que dolía.

—Yo di con la cabeza en la acera —dijo el médico—, que no me dio la acera a mí, si no yo a ella, porque fui derecho a ella desde la bicicleta. Mira, ¿ves la cicatriz de la ceja? —señaló cerca de su sien derecha y el niño asintió— Me dieron puntos y eso, sí que dolió.

—A mí no me has dado puntos —frunció el ceño.

—No te hacen falta, y en unos días ya solo tendrás una pequeña herida. Listo, puedes volver a jugar, pero con cuidado.

—Vale —lo bajé de la camilla y cuando lo puse en el suelo, salió de la enfermería llamando a

sus amigos.

—Son de hierro a esa edad —reí.

—Y que lo digas. Me alegro de verte, Jimena.

—Y yo, aunque sea así. Voy a ver a Camila, ¿está en su despacho?

—Sí, allí la dejé hace un momento. Yo me marchaba ya, así que en cuanto recoja voy para casa, que mi chico regresa hoy —sonrió con ese brillo en la mirada de un hombre enamorado.

Miguel era atractivo, tenía treinta y dos años, era moreno con los ojos de un tono azul grisáceo muy bonito, y era gay. Su chico, un piloto de aerolínea comercial de cuarenta años con el que llevaba saliendo los últimos tres años y al que quería con locura.

Me despedí de él y fui cargando con las bolsas hasta el despacho de Camila, donde la encontré hablando con alguien por teléfono y, dado el tono de voz, no se alegraba de mantener esa conversación.

—No me llames más, por favor —colgó.

—¿Todo bien? —pregunté preocupada.

—Sí, no te preocupes —sonrió—. Veo que traes cositas para los niños. Pareces Mamá Noel cada vez que vienes de visita.

—Y solo vengo una vez a la semana, si viniera más...

—Me los malcriarías a todos —resopló.

Fui con ella hasta el patio, donde seguían los niños, unos jugando al fútbol y otros leyendo o coloreando, y en cuanto ella les llamó vinieron todos.

En la casa se alojaban en total doce mujeres, ocho de ellas tenían hijos, las otras cuatro no, pero entre todas ayudaban con las tareas.

Había en total quince niños de entre cuatro y siete años, todos de lo más simpáticos y buenos.

Todas las mujeres trabajan y no podían dejarlo para poder seguir sacando a sus hijos adelante en el caso de las mamás, por lo que habían cuadrado bien los turnos de trabajo para que siempre estuvieran acompañados de al menos dos o tres de ellas, como en ese momento que había dos.

Repartí lo que les había llevado y se pusieron todos de lo más contentos, regalándome esas sonrisas que me hacían sonreír a mí.

Hablé con las mujeres que estaban allí, ambas eran madres y hacía tiempo que no tenían noticias de sus exmaridos. Lo malo de esas mujeres es que no contaban con familiares que pudieran

ayudarlas, y en algunos casos habían vivido de alquiler con sus maridos y al quedarse solo con un sueldo, no podían pagarlo.

Nosotros desde el bufete nos encargábamos de encontrarles algo asequible donde pudieran vivir con sus pequeños, además de ponerlas en contacto con guarderías donde los niños podrían pasar el día mientras ellas trabajaban por una mensualidad también asequible para ellas, sin contar con que hacíamos lo posible porque obtuvieran alguna ayuda económica con las que estar un poco más desahogadas.

Después de estar con los niños un ratito fui con Camila al despacho donde hablamos de un par de esas madres a las que íbamos a ayudar ya.

La inmobiliaria con la que solía buscar vivienda para ellas me había llamado la tarde anterior para decirme que tenía un piso de dos dormitorios con cocina y salón amplio, donde podíamos alojarlas a ambas y sus hijos, cada una de ellas tenía un hijo y sabía que en las semanas que llevaban allí habían hecho muy buenas migas por lo que así se podrían ayudar la una a la otra.

Eso era lo bueno que conseguíamos también Camila y yo, conectar a mujeres que, estando en la misma situación, forjaban una amistad tal, al igual que sus hijos, que muchas veces podíamos alojar a más de una en el mismo piso de modo que el alquiler era mucho más llevadero para todas.

—Se van a alegrar al escuchar esto —me dijo con una sonrisa.

—Lo sé, he visto cómo se llevan los niños y ellas también son buenas amigas. Sabes que en estos casos es importante contar con alguien, y si ya saben por lo que está pasando la otra persona, mucho mejor.

—Sí. De verdad Jimena, no sé cómo voy a poder agradecerte lo que haces por ellas. Bueno, y a tu padre.

—Nos mandas unos bombones por Navidad y arreglado —le hice un guiño.

—¿Bombones? Mejor un jamón.

—Hombre, si lo acompañas de un buen pan de pueblo y un poco de tomate y aceite, nos hacemos unas tostadas para el desayuno.

—El pack completo, claro que sí —rio.

Me quedé allí con ella charlando y dejamos algunos expedientes más preparados para buscarles un piso, de modo que Camila siempre contaría con alguna habitación libre para esas mujeres que pasaran por lo mismo y necesitaran de nuestra ayuda.

Cerca de la hora de cenar me despedí de ella y fui al coche, paré en el super de la esquina a comprar café, que se me había terminado, y algunas botellas de Coca Cola para la cena, y cuando llegué a casa me quité los zapatos y tras guardar todo me di una ducha y me puse el pijama para

estar cómoda antes de prepararme una ensalada para la cena.

Puse todo en mi bandeja, me senté en el sofá con las piernas estilo indio, y puse la televisión para seguir viendo la serie que me tenía tan enganchada. Era una de esas policíacas que tanto le gustaban a mi padre y me había hecho aficionarme a ellas, por lo que cuando estrenaban alguna serie o peli, no podía evitar verla.

Mi móvil sonó con un mensaje y al cogerlo vi que era Sofía.

Sofía: *Hermanita, buenas noches. No te olvides que el sábado tú y Elena venís al evento con nosotras. Nos lo vamos a pasar en grande, como dice Enrique, vamos a bailar hasta que nos duelan los pies. Te queremos.*

No pude evitar reír, porque esas dos niñas tenían un peligro estando juntas, que era increíble, pero eran muy buenas, no le habían dado nunca un problema a su madre.

Aproveché para entrar en las redes de ambas y ver las fotos del evento en el que estaban esa noche en Madrid, al parecer era en uno de los hoteles más lujosos de la capital y por las fotos que veía, estaba de lo más ambientado.

Sonreí al ver a ambas en una foto con uno de los actores que tanto les gustaba y que en una ocasión interpretó en la gran pantalla a un espía al más puro estilo James Bond, y así le hicieron posar.

Desde luego, lo que no consiguiera ese par...

Dejé el móvil de nuevo en la mesa y me centré en la serie y mi ensalada, me tomé un té helado después de cenar y cuando acabó el segundo capítulo me fui directa a la cama.

Aún tenía dos días de trabajo por delante, y esperaba que no fueran demasiado agotadores, aunque tal como había dicho Sofía, aprovecharía el sábado para desconectar y divertirme con ellas y Elena, que falta me hacía pasar un buen rato de risas.

Capítulo 5



Sábado al fin, y después de pasar la mañana organizando mi piso y hablando por videollamada con mi padre y Minerva, aproveché la hora de comer para ver la serie y descansar un par de horas, ya que la noche iba a ser interesante.

Me había levantado con tiempo para darme una ducha de esas relajantes con mi gel favorito, ese de coco que dejaba un aroma delicioso, me apliqué una capita de crema corporal hidratante y pasé a maquillarme como había visto en un tutorial que no era muy complicado.

También debía decir que contar con dos influencers en la familia, expertas en maquillarse como si fueran actrices de Hollywood, tenía sus ventajas, y es que ambas me enseñaron a hacerlo de modo que diera ese toque perfecto a mis ojos y los hiciera destacar.

Según Sofía, mis preciosos ojos azules tenían que ser el centro de atención y captar todas las miradas, después ya podrían mirarme el generoso escote que la genética me había dado, pero primero que vieran mis ojos. Otra que estaba algo loca como Elena, pero la quería, y ahora que era mi hermana debía quererla más.

Para esa noche había escogido un vestido rosa pastel con tirante ancho y entallado hasta la cintura, donde comenzaba la falda que me llegaba a la altura de las rodillas, con esa caída suave y grácil dada la vaporosidad de la tela. Llevaba a modo de cinturón una cinta ancha negra así que escogí las sandalias y el bolso del mismo color.

Con los ojos ahumados en tono rosa muy clarito y el *eye liner* negro, sin duda el azul de mis iris destacaba por completo.

Un poco de rubor en mis mejillas, los labios con gloss rosa, y estaba lista y perfecta.

Dado que era una noche calurosa de junio, decidí recogerme el cabello en una coleta alta, de modo que no me molestara demasiado y mi espalda quedaba al aire.

Bajé cuando vi el mensaje de Elena avisando que había llegado con el taxi a recogerme, y allí estaba esperándome fuera del coche.

—Pero qué guapa estás, nena —dijo con una amplia sonrisa—. Van a pensar que eres una de las influencers invitadas.

—Qué va. Tú también estás muy guapa, te favorece el verde lima.

—¿Sí?

—Sí.

Era verdad, aunque a Elena cualquier color que se pusiera le favorecía. El vestido que llevaba era de tirante fino, escote en forma de V, un poco por encima de las rodillas y se amoldaba a su figura a la perfección.

Llevaba las sandalias negras igual que yo, así como el bolso.

Nos sentamos y el taxista puso rumbo hacia donde Elena le había dicho que nos llevara, saqué el móvil del bolso al escuchar que me llegaba un mensaje y vi que era Sofía preguntando si ya íbamos de camino, respondí que sí y que nos veríamos en la entrada.

El local donde se celebraba el evento no quedaba muy lejos de mi casa, así que llegaríamos en unos quince minutos como mucho, tiempo que aproveché para enseñarle a Elena las fotos que me había enviado mi padre esa mañana.

—Se lo deben estar pasando en grande —sonrió.

—Sí, están disfrutando mucho. Me ha dicho que mañana llegarán a Grecia y que me enviará un vídeo de la casa que ha alquilado.

—Tu padre casado, Jimena, quién lo iba a decir. Pero lo veo feliz, ¿eh? Desde que falleció tu madre, pocas veces lo había visto así.

—Y yo, y me alegro por él.

Llegamos al lugar del evento y nada más bajar del taxi vimos a Sofía y Lorena agitando la mano para llamar nuestra atención.

Estaban las dos preciosas con aquellos vestidos. El de Sofía era de tirante fino en color dorado a la altura de las rodillas y acompañado de unas sandalias y bolso del mismo color, llevaba su melena lisa negra suelta de modo que destacaba sobre la tela.

Lorena por su parte lucía un bonito vestido de tirante ancho un poco por encima de las rodillas de color negro con un cinturón plateado, igual que las sandalias y el bolso.

—Madre mía, estáis preciosas —dije al llegar a ellas y nos saludamos con un abrazo.

—Cortesía de dos firmas que patrocinamos —sonrió Lorena—. Los vestidos son de Filippo, las sandalias y los bolsos, de Jean Louis.

—Porque sé que el primero es italiano de verdad, y el segundo, francés, sino yo los llamaría Felipe y Juan Luis —dijo Elena, haciendo que las tres riéramos—. Pero esta noche estáis las dos impresionantes. De aquí os sale pretendientes, o más clientes.

—Vamos, tenemos que pasar por el *photocall* —comentó Sofía haciendo un gesto con la cabeza para que la siguiéramos.

Caminamos hacia la entrada del local donde había un par de hombres vestidos de negro con sus respectivos auriculares en el oído para comunicarse con otra gente, comprobaron en la lista que Sofía y Lorena estaban en ella con sus acompañantes, y nos dejaron entrar.

Apenas dimos unos pasos y ya nos encontramos el *photocall* con el nombre de la bodega que había organizado el evento para dar a conocer sus nuevos vinos, esos que estaba segura eran los que íbamos a tomar durante toda la noche.

—Al menos vino no va a faltar —murmuró Elena en mi oído, y le di un leve manotazo en el brazo para que se callara.

Sofía y Lorena estaban en su salsa posando ante las cámaras de los periodistas acreditados, y en alguna ocasión vi que nos miraban a Elena y a mí, como había pasado otras veces cuando las acompañábamos, porque pensaban que éramos dos influencers más que asistíamos al evento, nada más lejos de la realidad, si yo siempre huía de las cámaras como si del Diablo se tratara.

Cuando terminaron con sus fotos, Lorena nos llamó con la mano y nosotras fuimos por detrás de los periodistas y las cámaras de televisión aprovechando que estos se centraban en fotografiar, filmar y hacer preguntas a los siguientes en pasar por allí.

Llegamos al interior del local y la música llenaba la sala, esa donde había varios barriles de vino a modo de mesa, todos con el nombre de la bodega, y algunos contaban con taburetes altos para quien quisiera sentarse.

Por no hablar de que se veían cuatro botellas enormes al fondo, una de cada tipo de vino y una de champán, sobre la tarima donde solía ponerse el DJ de turno a pinchar los fines de semana.

Incluso había algunas vides como decorado y racimos de uvas que daban ese aspecto de bodega al local.

—Allí hay un barril libre —dijo Sofía señalando uno con taburetes, y para allá que fuimos las cuatro.

No tardó en acercarse a nosotras una camarera sonriente con una bandeja con copas de vino blanco y algunos platillos de queso, dejó cuatro copas y un platillo y se fue hacia otro barril para servirles.

—Está bueno —comentó Lorena—. Tiene un sabor dulce.

—Sí que está bueno —sonreí.

—Jimena, qué peligro, esta noche acabamos las dos bailando por bulerías en lo alto de la tarima.

—Elena, por Dios —reí.

—Es broma. Probaremos solo una copita de cada, nada más. Luego que nos sirvan refrescos, o agua, para reponer sales minerales —dijo mientras le daba otro sorbo a su copa.

—Sofía, Lorena, qué bueno veros esta noche —nos giramos al escuchar una voz masculina.

Un chico de mi edad, más o menos, rubio y con unos ojos color miel, con vaqueros y un polo azul, sonreía mirándonos.

—Nico, ¡qué sorpresa! —exclamó Lorena, poniéndose en pie y lanzándose a sus brazos.

Él sonrió mientras la estrechaba con los ojos cerrados, y por un momento me pareció que para él era algo más que una simple amiga.

—Jimena, Elena, él es Nico, uno de los influencers con los que solemos colaborar.

—Tú, más que yo —sonrió Sofía—. Hola, Nico —le dio un abrazo, pero este no fue tan efusivo como el de Lorena.

Elena y yo nos miramos, entre nosotras no hacían falta las palabras y sabía que se había dado cuenta de lo mismo que yo.

—Encantado de conoceros —dijo con una bonita sonrisa.

—Igualmente. El caso es que me sueñas —Elena entrecerró los ojos y se quedó pensando mientras se daba golpecitos en la barbilla—. ¿Eres el chico que promociona la firma de ropa vaquera?

—El mismo —sonrió de medio lado.

—Me encantan esos pantalones, y hay un peto vaquero de faldita, monísimo. Jimena, tenemos que ir a la tienda que hay en el centro comercial —me señaló con el dedo antes de dar un sorbo a su copa de vino.

—Ya está gastando —reí.

—Mujer, un caprichito de vez en cuando —se encogió de hombros.

—No sabía que estarías aquí esta noche —dijo Lorena mirando a Nico con unos ojitos de cachorro que me hizo sonreír con disimulo mientras me acercaba la copa para dar un sorbo.

—La bodega ha tirado la casa por la ventana con los nuevos vinos, ha contratado a varios influencers. He visto por ahí a Micaela, Samuel, Rodrigo y Fran. Pero sé que hay más.

—Sí, sabíamos que habría otros, pero no creímos que hubiera tantos —contestó Sofía.

—Anda mi madre —gritó Elena—. ¿Ese no es Jesús Manuel, el cantante?

Todos miramos hacia donde señalaba mi loca favorita, y sí, corroboramos que se trataba del cantante mexicano que triunfaba con sus rancheras y esa voz prodigiosa que le había otorgado la naturaleza.

No tardaron en acercarse a él algunos invitados para saludarlo, y tal como escuchamos decir a Sofía, también lo hicieron varios influencers.

—Venid, vamos a saludarle nosotros —dijo Nico, mientras cogía la mano de Lorena y le hacía una seña con la cabeza a Sofía—. Que no se diga que los mejores influencers de Málaga no tienen una foto con él —sonrió.

—Creo que tenemos una conversación con la niña —comentó Elena cuando nos quedamos solas—. Tiene algo con Nico, estoy segura.

—Y si no es algo serio, no tardará en serlo —reí.

—Madre mía, si parece que fue ayer cuando la conocimos, con diecisiete años, cómo ha pasado el tiempo. Se nos ha hecho mayor —suspiró.

—Ya era mayor, petarda —reí.

—Tú me entiendes, Jimena. ¿Te acuerdas cuando vino a preguntarnos por nuestra primera vez?

—Calla, que creí que me moría de la vergüenza.

—Pobrecilla, vergüenza le daba a ella preguntarle a su madre.

—Eso es verdad. No lo hicimos tan mal, ¿no?

—No, acabó contándonos todo. Y acuérdate, que ese día Sofía nos confesó que le gustaban las chicas y le daba cosita decírselo a Minerva.

—Tienen suerte de contar con nosotras, ¿cierto? —miré a mi mejor amiga con una sonrisa.

—Mucha, somos las mejores hermanas mayores que podían tener. Porque yo soy tan hermana suya como tú.

—Lógico y normal, pedazo de loca, si no compartimos sangre con ellas.

Volvimos a centrarnos en nuestras niñas, porque así serían siempre para nosotras, y vimos cómo sonreían mientras posaban en la foto con el cantante. Regresaron con nosotras acompañadas por Nico y el chico seguía sosteniendo la mano de Lorena como si fuera algo de lo más normal.

Cuando la miré hice un gesto señalando con la mirada hacia sus manos, Lorena se sonrojó y acabó por soltarla, cosa que hizo que él frunciera el ceño.

—Me encanta esta canción —dijo Elena poniéndose en pie—. Vamos a bailar, Jimena. Sofía, ¿te animas? —la mirada de mi amiga para con Sofía era la de que sí que debía venir, aunque no quisiera, y así lo hizo, de modo que dejamos a ese par de tortolitos solos.

—¿Están juntos? —le pregunté a Sofía cuando estábamos las tres en la zona de baile, mirando hacia el barril.

—Es complicado, al menos para Lorena. Se gustan, y mucho, pero es complicado. Nico tiene una especie de follamiga, aunque es más que eso. Es su representante, y claro, le tiene como si el chico fuera la gallina de los huevos de oro. De lo que él gana, ella se lleva un buen porcentaje, y cuando le dice que quiere que lo suyo sea solo profesional, ella amenaza con quitarle los contratos de empresas importantes.

—Uy, qué hija de la gran fruta —dijo Elena—. Hay que hacer algo para que se libre de ella, mi niña no puede quedarse sin su amor, vamos, faltaría más.

—Ya salió Juana de Arco —rio Sofía.

—Más bien, la Esteban, que esta por Lorena, ma-ta.

Nos echamos las tres a reír y vimos cómo Nico le acariciaba la mejilla a Lorena, que permanecía con la cabeza gacha y la mirada fija en el suelo.

Los dejamos a solas unos minutos más y regresamos al barril a tiempo de que nos sirvieran otra copa de vino, esta vez el rosado, y un platillo de queso.

—Jimena, tenemos que comprar vino de esta bodega, nena, están buenísimos —dijo Elena tras dar el primer sorbo.

—Pues prepara la cartera, que de los doscientos euros no baja la botella —comentó Nico, y mi amiga casi se acabó atragantando.

—Jesús, ¿tanto? Bueno, compraremos una botella de cada y las reservaremos para ocasiones especiales.

Seguimos allí charlando y riendo hasta que vi que se acercaba a nuestro barril una chica de unos veinte años, pelirroja y con unos bonitos ojos azules, sonriendo, y que no dudó en pedirme que guardara silencio llevándose un dedo a la boca.

No sabía por qué me pedía aquello, hasta que vi que cubría con sus manos los ojos de Sofía.

—¿Quién soy? —preguntó, y puso la voz un poco más grave para despistar.

—El perfume te delata, Daniela —contestó Sofía con una sonrisa en los labios.

—Vaya por Dios, y yo que quería sorprenderte —resopló.

—Hola, cielo —Sofía se inclinó para abrazarla y ella cerró los ojos con esa sonrisa en los labios —. ¿Cómo estás?

—Ya ves, estupenda —respondió la chiquilla con un desparpajo y salero que no podía con él—. Y tú, estás impresionante.

—No pensé que pudieras venir al final, tuviste ayer el evento en Barcelona, ¿no?

—Ajá, sí, pero me fui temprano para dormir unas horas y coger un vuelo esta mañana, llegar a casa, descansar y prepararme para asistir a este. Ya sabes que no podía perderme este evento. La bodega es cliente de mi padre y mi hermano —sonrió.

—Es verdad, su bufete les lleva los temas legales —comentó Sofía.

—No me lo puedo creer —nos giramos a mirar a Elena, que tenía los ojos abiertos como si fuera una lechuza—. ¿Tan mal me ha sentado el vino caro este, que estoy viendo al abogado de mis pesadillas?

—¿Qué dices, Elena? —Fruncí el ceño.

—Que está ahí, el abogado que no deja de acosarme en los juzgados —señaló hacia un hombre alto, moreno y con los ojos marrones que la miraba a ella con una sonrisa de medio lado de esas que daban a entender que también la había reconocido.

Pero mis ojos fueron mucho más allá de él, concretamente a su derecha, contemplando al hombre que había a su lado.

Alto, rubio y unos ojos marrones claros con alguna motita en tono ámbar que eran casi hipnóticos.

Y él me miraba a mí, me observaba fijamente mientras mantenía una mano en el bolsillo del pantalón de su traje gris marengo, y sostenía una copa de vino con la otra.

Juraría que lo había visto antes en algún sitio, pero, ¿dónde lo había hecho? Y, sobre todo, ¿por qué mi cuerpo se estaba estremeciendo ante su feroz y hambrienta mirada?

Capítulo 6



Con paso lento, pero firme y decidido, el rubio de ojos hipnotizantes comenzó a caminar hacia nosotras.

—Nena, que viene —murmuró Elena, mientras me daba un golpecito en el brazo—. Que viene, joder.

—Vaya, qué sorpresa tan grata encontrarla aquí esta noche, letrada —dijo el moreno sonriendo y sin apartar la mirada de mi amiga.

—¿Será posible que ni en mis días de descanso vaya a librarme de ti? —protestó Elena.

—Ya sabes lo que dicen, si la montaña no va a Mahoma, Mahoma va a la montaña. Y esta noche tengo la oportunidad perfecta de tomar algo contigo.

—Señor —mi amiga miró hacia el techo del local—, ¿qué te he hecho yo para que me castigues con este hombre?

—¿Castigo? Vamos, preciosa, si te he dicho mil veces que soy un amor —hizo un puchero.

—¿Quién es ella, Víctor? —preguntó Daniela, la amiga de Sofía.

—Es Elena, esa abogada de la que os he hablado —contestó.

—¿Así que esta es la mujer que se te resiste desde hace meses? —curioseó la chiquilla con una sonrisa.

—Años —corrigió Elena levantando el dedo—, al menos dos años.

—Considérame tu fan —rio Daniela—. Jamás había oído a Víctor hablar tanto de una mujer que se le resistiera. Desde luego que es para ponerte un monumento.

—A la paciencia, seguro, porque, a pesado, no le gana nadie, qué cruz me cayó con él la primera vez que nos vimos en los juzgados.

Yo estaba atenta a la conversación, pero no podía evitar sentirme observada por el rubio, ese que ahora bebía de su copa de vino con la mirada clavada en mí.

Nerviosa, así me estaba poniendo con tantas miraditas y sin el más mínimo disimulo.

—¿Jimena?

—¿Eh? ¿Qué? —miré a Sofía, que me había llamado.

—¿Dónde te has ido? Porque aquí no tenías la cabeza.

—Lo siento, es que me acordé de algo del trabajo —me excusé—. ¿Qué decías?

—Que, si te animas a salir a la zona de playa, vamos a hacernos algunas fotos allí.

—Ah, sí, claro —sonreí—. Un poco de aire me vendría bien —dije levantándome, con tan mala suerte de que se me torció un poquito el tobillo—. Ay, por Dios.

—Cuidado —me estremecí de pies a cabeza al escuchar aquella voz, rasgada y profunda, y más aún al sentir el tacto de las manos del rubio en mi cuerpo, una sostenía mi brazo y la otra mandaba oleadas de electricidad por mi cintura—. ¿Estás bien?

—Sí, no ha sido nada —sonreí mirándolo, y me quedé literalmente paralizada ante sus ojos.

¿Cómo podían ser tan hipnotizantes, pero al mismo tiempo desprender dulzura?

—¿Segura? Una torcedura de tobillo puede ser malísima.

—Segurísima, no me he hecho nada grave. Puedo mover el tobillo perfectamente —miré mi tobillo y lo giré a un lado y a otro varias veces, para que comprobara que decía la verdad.

—No te pegues a mí, te lo advierto —escuché la voz de Elena y al mirar, señalaba con el dedo al abogado—. Que corra el aire, ¿eh? Como si tuvieras una orden de alejamiento —ella empezó a caminar y cuando él se giró para mirar a su amigo, o sea, el rubio que no me soltaba, sonrió de medio lado.

—Así siempre, socio, se hace la dura, pero sé que, en el fondo, la pongo, y mucho.

—Es dura de pelar, te lo digo yo que la conozco —sonreí haciendo que el rubio me soltara—. Soy Jimena, por cierto.

—Víctor, un placer. Pero te he visto alguna vez por los juzgados. Eres la hija de Aitor, ¿verdad?

—Así es.

—Un abogado de los mejores, igual que David, su padre —señaló al rubio—. Y como dicen, de tal palo —sonrió—. Alex es igual de fiero en los juzgados.

—¡Eh, vosotros! Vamos, o nos quedamos sin vino tinto —gritó Lorena, que seguía cerca de Nico.

—¿Seguro que puedes caminar? —me preguntó el rubio, con esa mirada que, estaba segura, había provocado algún que otro desmayo.

—Sí, Alex, puedo caminar —dije su nombre y lo vi sonreír levemente.

No sabía por qué, pero tenía la sensación de que ese abogado no era muy asiduo a sonreír, o al menos no lo hacía delante de otras personas.

Víctor ya estaba junto a los demás tratando de acercarse a Elena, pero ella agarró a Sofía de los brazos y la puso como barrera, sonreí negando, y es que, aunque ella quisiera hacer ver que no lo soportaba, la conocía bien y en el fondo diría que hasta le gustaba.

Alex y yo nos unimos al grupo que habíamos formado de repente y sin esperarlo, fuimos hacia la zona de playa que tenía el local y allí respiré hondo disfrutando del aroma salado que nos envolvía.

Al igual que en la sala, en esa zona habían colocado barriles a modo de mesa, además de las camas balinesas propias del local, con sus respectivas mesitas.

No tardamos en acomodarnos allí los ocho, en tres camas que había juntas, y nos sirvieron una copa de vino tinto para cada uno y varios platillos de queso.

—Jimena, de verdad te lo digo, este vino hay que comprarlo. Cada uno que pruebo está mejor —dijo Elena.

—Yo sé de algo que te gustaría más si lo probaras, letrada —comentó Víctor, dando un sorbo a su copa.

—Ni con cinco botellas de vino encima me acostaría contigo —protestó.

—Mujer, eso sería con el tiempo. Yo me refería a mis besos, así como entrante —le hizo un guiño y mientras ella se puso roja, no sabía decir si por la vergüenza o por la rabia, los demás nos reímos.

—¿Ves, Jimena? Esto es lo que tengo que soportar en los juzgados —le señaló mientras me miraba—. ¿Qué necesitas para pedir una orden de alejamiento?

—¿En serio la pedirías? Con lo bueno que soy.

—Hombre, bueno, bueno... tampoco te pases —rio Daniela.

—Enana, tú mejor no digas nada que me vas a dejar a la altura del betún.

—Reconoce que no eres ningún santo, Víctor —volvió a reír.

Alex se había sentado a mi lado y, en ese momento, me sobresalté al notar su rodilla tocando la mía. La tela del pantalón me hizo cosquillas y la aparté rápido, no sin antes dedicarle al rubio una mirada que no dudó en devolverme.

—No me mires así —le pedí antes de dar un sorbo a mi copa, aprovechando que los demás seguían la conversación de Elena y Víctor como si estuvieran viendo un partido de tenis.

—Así, ¿cómo? No tengo otra forma —se encogió de hombros.

—Pues a mí me pone nerviosa.

—A los delincuentes les intimida.

—No soy una delincuente —fruncí el ceño.

—No, no lo eres —sonrió de nuevo y muy levemente.

—¿Y dices que nos hemos visto en los juzgados? —pregunté cambiando de tema, esperando que dejara de mirarme de ese modo. Seguramente de eso me había sonado al verlo antes.

—Ajá. Tú llevas casos de mujeres maltratadas, ¿verdad?

—Sí.

—Un cliente mío fue hace un año como testigo a un juicio tuyo. Volví a encontrarme contigo por los pasillos, pero la verdad es que nunca nos hemos saludado. Con tu padre sí que hablo, igual que él hablaba con el mío. Se conocen desde hace años, coincidieron en algunos casos, pero mi padre se jubiló el año pasado. Siento lo de tu madre, por cierto.

—Gracias, fue hace mucho tiempo —sonreí con tristeza.

—Sí, pero aquel fue uno de los casos más sonados que llevó el bufete de tu padre. Y años después llevó otro que también fue muy mediático.

—Te refieres al del clan de traficantes, ¿no?

—Sí. Cayeron muchos y acabaron en la cárcel.

—Mi padre solo hizo su trabajo —me encogí de hombros.

—Todos lo hacemos, Jimena —murmuró acariciándome la mejilla y me estremecí, volviendo a mirarlo—. Y me consta que tú haces un buen trabajo. La hermana del vecino de un conocido mío fue clienta tuya, consiguió la orden de alejamiento, el divorcio, y ahora lleva una vida tranquila en Madrid con sus dos hijos y sus padres —otra sonrisa, y empezaba a gustarme ese pequeño gesto que hacía.

—Me alegra escuchar eso, de verdad que sí. Hago lo que puedo para ayudarlas, por desgracia sé

a lo que se enfrentan —suspiré.

—¿Fuiste víctima de alguna pareja? —preguntó con la mandíbula apretada, y juraría que su mirada se había vuelto un poco más oscura.

—No, yo no, pero una amiga del instituto lo fue durante los primeros años de universidad. Elena y yo quisimos ayudarla, pero negaba lo evidente, hasta que fue demasiado tarde para ella.

—Lo lamento —me dio un leve apretón en la rodilla, y sentí que mi cuerpo reaccionaba a su tacto.

Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza y era como si... No, no podía ser deseo lo que me estaba pareciendo sentir.

—¿Por eso quisiste llevar esa rama del derecho? —curioseó.

—Sí, me prometí a mí misma ayudar a cuantas personas pudiera, ya que a ella no pude.

—Pues haces un buen trabajo, Jimena, eres una gran abogada, como lo es tu padre.

—¿Quién se apunta a un paseíto por la orilla? A mí me vendría genial mojarme un poquito los pies —dijo Daniela después de haber estado los cuatro influencers haciéndose algunas fotos.

—Yo voy —Lorena sonrió mirando a Nico.

—Os acompaño, preciosas —se ofreció este, poniéndose en pie.

—Yo también, a ver si el frío del agua me quita la mala leche que me ha provocado el abogado —comentó Elena.

—Letrada, lamento decirle que no se va a librar de mí en toda la noche —dijo él, poniéndose en pie.

—¿En serio? Pues qué bien, menuda suerte tengo —resopló y comenzó a quitarse las sandalias para caminar hacia la playa, como habían hecho los demás.

—¿Vamos, hermanita? —me preguntó Sofía, ofreciéndome la mano, sonreí y asentí aceptándola.

—¿Sois hermanas? Creí que Aitor solo tenía una hija —dijo Alex.

—Y solo tenía una, hasta que se casó con la madre de Sofía y Lorena hace una semana, ahora tiene tres —sonreí, y él elevó ambas cejas.

Me quité las sandalias y fui con Sofía hacia la orilla donde estaban los demás. En ese momento sonaba una bachata de esas que nos hacía a las cuatro bailar sin importar nada más que el simple hecho de disfrutar del momento, y Daniela se unió a nosotras.

Capítulo 7



Llevábamos un ratito allí bailando y no me pasó desapercibido que Sofía estaba muy cerca de ella, y Elena también se percató. Otra con la que tendríamos que mantener una charla de hermanas.

Elena se pasó un buen rato huyendo de Víctor, poniendo esas caras con mirada fulminante que a él no parecían afectarle, sino que conseguían que sonriera de manera lobuna y hasta en un momento dado se atrevió a cogerla por la cintura pegándola por la espalda a su pecho en el momento en el que empezaba a sonar la melodía de *Calypso* de Luis Fonsi.

—Suéltame, que no quiero bailar contigo —protestó.

—Es solo un baile, letrada —contestó él, haciendo que ambos se movieran al mismo compás.

“Yo no sé, no sé, no sé, no sé, qué pasará, tu cuerpo frente al mar...”

Y a pesar de las protestas, Elena acabó dejándose llevar por la melodía y por el abogado de sus pesadillas mientras sonreía, dándose por vencida.

—No te acostumbres —le advirtió, señalándolo con el dedo.

Noté unas manos en mi cintura y de primeras me sobresalté, hasta que el calor comenzó a subirme por todo el cuerpo al reconocer quién era.

Miré por encima del hombro y, dado que ya no llevaba las sandalias, comprobé que Alex debía ser al menos treinta centímetros más alto que yo.

“Si tú te quedas conmigo bailando toda la noche cerquita de mí al ritmo de amor y derroche...”

De nuevo ese modo de mirarme que me ponía nerviosa y me desarmaba por completo, pero más aún lo hizo su manera de bailar, pegándose a su cuerpo, rozando su entrepierna con la parte baja de mi espalda, haciéndome girar mientras sostenía mi mano.

Desde luego que el abogado se movía con una soltura que hacía que muchas miradas estuvieran

puestas en nosotros en ese momento.

Alex llevó una mano a mi espalda, entrelazó la otra con la mía y sentí el calor de su pecho sobre el mío, mientras nos hacía girar y mecernos al ritmo de aquella veraniega y sensual canción.

—¿De verdad vas a seguir negándome un beso, letrada? —escuché que le dijo Víctor a Elena.

—Mis besos no se los doy a cualquiera —se encogió de hombros y reí.

—Es que no soy cualquiera, soy el hombre de tu vida, solo que aún no lo sabes.

Elena volteó los ojos y me miró, momento en el que yo me reí aún más.

—Qué te parece, Jimena, aquí el abogado que ve el futuro —me dijo.

—¿Quieres apostar, letrada? —le preguntó.

—Yo sí apuesto —contesté.

—Jimena, que eres mi amiga, se supone que tienes que estar de mi parte.

—Apuesto un fin de semana en El Caribe a que no conseguís ni, un beso, ni nada más.

—Ah, vale, qué susto me has dado —suspiró ella.

—Veo el fin de semana —dijo Alex a mi lado—, y añadido tres días más a que el beso se lo da esta noche.

—Conociendo a Elena, no habrá beso —sonreí.

—No querrás que hagamos nosotros una apuesta sobre eso, ¿verdad? —Alex arqueó la ceja.

—¿Una apuesta a que no hay beso? Ya la he hecho,

—Ha sido una apuesta general, yo me refiero a una solo entre tú y yo —me hizo girar y noté la mano que tenía en mi espalda bajando despacio hasta que la sentí en la cadera—. A no ser que tengas miedo de hacer una pequeña e inocente apuesta —sonrió.

—¿Cómo de inocente? —Entrecerré los ojos.

—Mucho. Si ella cae y acaba besando a Víctor, tú me darás un beso a mí. Si no hay beso entre ellos, te invito a cenar.

—Esto es absurdo —reí.

—¿Tienes miedo, pequeña? —juraría que su tono era sensual y sexy, ¿o me lo parecía a mí?

—Vale, pero vas a perder, y te aseguro que pienso querer que me lleves a cenar al restaurante

más caro de la ciudad.

—Eso está hecho. Pero una aclaración —se inclinó hacia mi oído para susurrar—. Te recuerdo que soy abogado, uno fiero y temido en los juzgados, y nunca pierdo, pequeña.

Joder, ¿me había excitado al hablarme así? Dios mío, eso era nuevo. ¿Cuánto tiempo hacía que no tenía sexo? Tenía que ser la falta de endorfinas, dopamina o cualquier otra cosa acabada en “*ina*”.

Alex se apartó y fue hacia las camas balinesas, donde se sentó a tomar otra copa de vino.

Mientras Víctor hacía que Elena siguiera bailando una canción tras otras y sin dejar de reír, yo me quedé allí con las chicas bailando cerca de las camas balinesas donde Alex estaba sentado, observándome.

El tiempo pasaba y me sentí cómoda con Daniela, esa niña era un encanto y se acercaba a mí de vez en cuando para hablar sobre Elena, de la que no dejaba de repetirme que era su mayor fan.

Y entonces, eso que pensé que no pasaría, y por lo que había apostado que no iba a suceder, acabó pasando.

Alex me hizo una seña con el dedo, indicando hacia donde estaban nuestros amigos.

Se estaban besando, Elena y Víctor seguían meciéndose al ritmo de la música y besándose mientras ella tenía ambos brazos alrededor de su cuello.

Un leve carraspeo a mi espalda hizo que me sobresaltara, y cuando miré por encima del hombro, ahí estaban los hipnotizantes y profundos ojos de Alex, que me observaba con una leve sonrisa en los labios.

—Creo que acabo de ganar una apuesta —murmuró con ambas manos en mis caderas, y acabé tragando saliva con fuerza porque no me podía creer que de verdad mi mejor amiga estuviera besándose con el abogado al que, según ella, no soportaba.

—No puedes estar hablando en serio —conseguí decir.

—¿No vas a pagar tu apuesta? —Arqueó la ceja.

—Es una locura. ¿Y si mejor te invito yo a cenar? Elige, da igual lo caro que sea el lugar.

—Pequeña —me acarició la mejilla sin apartar la mirada de mis ojos, y noté que sus dedos se detenían en mi barbilla—, que te quede claro que nunca dejaría que pagaras una cena conmigo.

—No puedo besarte —dije en un susurro y noté que me estremecía, porque siendo sincera conmigo misma, al mirarlo a los labios sentí el deseo de saber cómo serían.

¿Tal vez tan suaves como parecían? Aunque también lucían carnosos. ¿Y cómo besaría? Ay,

Dios mío, que me estaba acercando a él.

—Lo estás deseando, ¿verdad? —murmuró y lo miré a los ojos.

Si los míos brillaban como los suyos en ese momento, estaba jodida, y mucho.

—Una apuesta es una apuesta —suspiré.

Llevé la mano a su cuello y lo atraje hacia mí poco a poco. Cerré los ojos y entonces los sentí. Sus labios, tan suaves como me habían parecido, se posaron en los míos, y no tardó en entreabrirlos con la punta de su lengua hasta que le di acceso a mi boca.

Nuestras lenguas se unieron y sin que me diera cuenta, estaban bailando al ritmo de *Bésame* de Myke Towers y Luis Fonsi.

“Tan rico que sabe tu boca y la mía, bailando bachata de noche y de día...”

Cuando acabó nuestro beso, Alex me pegó a su cuerpo y comenzó a mecernos al ritmo de esa melodía. Nos miramos y sentí que me sonrojaba, sobre todo cuando él me daba otro breve y rápido beso en los labios.

—¿Cuándo quedamos para cenar? —preguntó.

—¿Qué? Pero, he perdido, y ya he pagado la apuesta —fruncí el ceño.

—Era la excusa para invitarte a cenar —me hizo un guiño, y abrí la boca incrédula.

—Serás... —sonreí.

—¿Entonces? ¿Qué tal el viernes?

—Lo vamos viendo, señor abogado yo nunca pierdo.

—Nunca —sonrió y me dio otro beso.

Estuvimos allí todos juntos una hora más y nos despedimos tras tomar un par de copas de champán, por suerte ni mis hermanas ni nosotras íbamos a conducir, o de lo contrario daríamos positivo en una prueba de alcoholemia.

Nos despedimos de todos en la puerta del local, nosotras cuatro subimos al mismo taxi y este fue haciendo paradas en casa de cada una, hasta que me quedé sola, habiendo quedado en que nos veríamos el lunes por la tarde para tomar un café y hablar, pues como les dije a mis hermanas, teníamos un par de conversaciones pendientes con ellas.

Capítulo 8



Esa mañana de lunes tenía que pasar por los juzgados para preguntar si tenían unos papeles que me había dicho mi padre el día anterior por teléfono que estaba esperando, así que fui al despacho bien temprano para aprovechar y coger unos expedientes que Luisa quería que entregara, dado que a ella no le iba a dar tiempo, pues tenía tres juicios programados.

Antes de entrar en los juzgados pasé por la cafetería donde Elena me había dicho que estaba desayunando. Pedí un café y una tostada en la barra para que me lo llevara, y fui hasta ella.

—Buenos días —sonreí al verla en una de las mesas.

—Buenos días.

—Qué carita tienes. ¿Estás bien? —pregunté sentándome.

—Sigo con restos de la resaca del vino y el champán. Nena, cómo me subió eso, con lo dulce que estaba.

—Y tanto que te subió, si hasta besaste al abogado de tus pesadillas —reí.

—No me lo recuerdes, por favor, que pasé ayer todo el día mortificándome por eso. Bueno, al menos la parte del día que estuve despierta. ¿Qué hice, Jimena?

—Dejarte llevar, Elena. Porque tú dirás lo que quieras, pero a ti el abogado te gusta.

—Vale, lo confieso, me gusta, pero es que tiene una fama que... ojito.

—¿Qué fama es esa?

—Desde luego, nena, tú estás en el mundo porque tiene que haber de todo. ¿Es que no oyes los rumores de pasillo de los juzgados? Víctor es un *playboy* de cuidado. Se ha liado con el setenta por ciento de las abogadas y asistentes de los bufetes de Málaga, el treinta por ciento restantes está compuesto de mujeres casadas, mujeres a las que les gusta las mujeres, y mujeres como yo, que no quieren ser una más en la lista de conquistas.

—Puedes incluirte en el setenta por ciento, cariño, porque caíste en sus brazos la otra noche —sonreí.

—No tiene gracia, y no caí, me tropecé.

—Ah, claro, y casualmente estaban ahí sus labios.

—Jimena, que me tropecé de verdad, chocamos con los labios y al final, una cosa llevó a la otra.

—Desde luego, eres tremenda Elena —reí.

—Mira quién habla, la que se besó mientras bailaba pegadita al otro abogado. ¿También tropezaste, cariño? —preguntó con ironía.

En ese momento trajeron mi desayuno y guardé silencio, pero solo hasta que el camarero se fue.

—Me tocó pagar una apuesta que tú —la señalé—, me hiciste perder.

—¿Yo?

—Sí, tú. Besaste al abogado y Alex había apostado conmigo a que, si eso pasaba, yo lo besaba a él, y si no, me invitaba a cenar.

—Joder con el rubio, lo que hizo para conseguir que lo besaras —rio—. Te miraba mucho, eso sí lo vi.

—Me ponía nerviosa, y no sé cómo explicarlo, pero hasta creo que sentí deseo.

—Nena, que te pone el rubio.

—Hombre, letrada, qué gusto verla de nuevo —la voz de Víctor hizo que ambas nos girásemos a mirar, y ahí estaba el moreno sonriendo.

—Hala, ya se me ha echado a perder la mañana —suspiró Elena—. Qué manera de empezar la semana.

—¿Me vas a decir que no te alegras de verme? Porque yo sí, y mucho. Ayer te eché de menos —dijo sentándose a su lado y pasando el brazo por los hombros de Elena.

—Ya empezamos. Que corra el aire, majo —le dio un empujoncito, pero él ni se movió.

—La otra noche no me soltabas, y bien que me agarraste el culo una vez —sonrió de nuevo.

—Dios mío, qué cruz me haces cargar —resopló mirando al techo.

—Haya paz, Elena, que os veis casi todos los días —sonreí.

—Paz, con él, imposible.

—Sobre todo cuando nos toca enfrentarnos, esta mujer despluma a mis clientes.

—¿Y sigues diciendo que eres el hombre de mi vida? —Ella arqueó la ceja— A ver si me voy a casar contigo solo por fastidiarte y desplumarte con el divorcio.

—Letrada, hay una cosa llamada separación de bienes —le hizo un guiño.

—Encima listo, qué joyita Jimena —volteó los ojos.

En ese momento, mientras me reía, vi que muchos de los abogados que estaban desayunando en la cafetería, miraban hacia nuestra mesa.

Me resultó extraño, pero claro, tanto Elena como Víctor habían sido abogados de algunos famosos llevándoles el divorcio, y era normal que los conocieran.

—Creo que vuestro nuevo romance va a ser la comidilla de los juzgados —murmuré con una sonrisa.

—¿Ves? Ya nos está mirando todo el mundo. Aparta, pesado —le dio otro empujón.

—No os miran a vosotros —miré a Alex, que acababa de llegar—, sino a ti —me dijo, y no tardó en poner el móvil sobre la mesa.

Ante mis ojos, ante mis incrédulos ojos, tenía una foto de Alex y mía, besándonos, en una de las revistas de cotilleos donde, básicamente, ponía que era la nueva amiga del abogado más codiciado de Málaga.

—No me jodas —dijo Elena—. ¿Quién mierda ha publicado esto?

—Con razón miraban hacia nosotros —comentó Víctor.

—No te preocupes, conozco a alguien de esa revista y se retractarán sobre ello —me dijo, pero yo no veía tan fácil que pudiera hacerlo.

—El abogado más codiciado de Málaga, qué nivel el tuyo, socio —Víctor dejó salir un silbido—. Hay que ver, qué caché tienes desde que rompiste con la modelo.

—De eso hace dos años, Víctor.

—Y desde entonces te han emparejado con cuántas, ¿veinte? No sé si lo que quieren es que te cases de una vez, o que la modelo se ponga celosa y vuelva a ocupar tu corazón.

—Ya te dije que no volvería con ella, no voy a perdonar su infidelidad.

—Vaya, ¿te puso los cuernos una novia? —curioseó Elena— ¿Qué le pasa a la gente que no puede mantenerse fiel a la persona que ama? Todavía me acuerdo del modo en el que la que decía ser mi amiga en una de las clases de universidad, galopaba sobre mi novio en la cama

donde habíamos estado juntos tantas veces. Qué taconazo tendría que haberle dado a él en la espinilla, pero ese día llevaba deportivas —suspiró.

—Tengo que irme —dije mientras sacaba dinero para dárselo a Elena y que pagara mi desayuno—. Nos vemos esta tarde —le di un beso a mi amiga e hice por marcharme, pero noté la mano de Alex alrededor de mi muñeca.

—Espera, te acompaño.

—No, no quiero más rumores.

Me aparté de él y fui hacia la puerta, una vez en la calle escuché los tacones de Elena corriendo tras de mí mientras me llamaba.

—Joder, nena, qué rápido andas, ¿te entrenas para una maratón o algo?

—Tengo que hacer varias gestiones, Elena.

—Oye, ya, para —me cogió del codo haciendo que la mirara—. Sé por qué te apartas de Alex de ese modo, pero dudo mucho que sus intenciones sean las de aquel capullo —dijo, y la fulminé con la mirada puesto que no hablábamos de ese indeseable.

—No lo sabemos, y ahora sí que no quiero averiguarlo. Me voy, nos vemos esta tarde en la cafetería del centro.

Ni siquiera le di opción a que dijera algo más, crucé la calle deprisa y entré en los juzgados para hacer todo el papeleo para el que había ido.

Por suerte lo que mi padre estaba esperando ya lo tenían, me lo entregaron después de firmar como una de las representantes del bufete familiar, y fui al juzgado en el que debía entregar lo que me había dejado Luisa en su despacho.

Después de dos horas por allí regresé al bufete, centrándome en los expedientes de los casos que tenía abiertos, y llamé a Camila para preguntar si había sabido algo de Melisa, me quedé mucho más tranquila al saber que sí y que estaba bien.

Ahora tocaba esperar, pero tendríamos paciencia hasta obtener lo que ella quería, esa calma de saberse libre.

Capítulo 9



Eran las cuatro cuando estaba llegando a la cafetería donde había quedado con mis chicas, y ahí estaban ya las tres sentadas en una mesa pidiendo el café.

—Para mí, un café con leche —le pedí a la camarera al llegar.

—Hola, ¿eh? Anda que saluda —protestó Elena.

—Primero el café, ya sabes.

—Ah, cierto, disculpe usted, señora abogada.

—Oye, menuda noticia ha publicado hoy esa revista —dijo Lorena—. Pero, ¿en qué momento pasó eso? No me di cuenta.

—Claro, porque no tenías ojos más que para tu Nico —sonreí.

—¿Qué? No, no, pero si yo no...

—Hermanita, cuéntaselo que estas dos no son tontas.

—Haz caso a Sofía —le señaló Elena.

—¿Qué pasa con ese chico? —curioseé.

—Es un bombón, por cierto —Elena le dio un leve codazo.

—Pasar, no pasa nada, está con otra —se encogió de hombros.

—Eso nos dijo Sofía. Pero, ¿tan pillado lo tiene? Es decir, si son follamigos no hay nada serio, vamos, digo yo.

—No hay nada serio, Elena, pero ella no quiere perder los ingresos que él le genera. Y mucho menos que se hable de ella por ser la que se acuesta con él.

—Pues a ese chico le gustas y mucho, cariño —le cogí la mano—. No había más que verlo todo el tiempo pendiente de ti.

—A mí también me gusta, y alguna vez me ha besado, pero... No hemos ido a más, él dice que se librará de ella, que no sabe cómo, pero lo hará, y entonces querrá que esté con él.

—Pues le ayudamos a deshacerse de ella. Que nos deje una pala y hacemos el hoyo —murmuró mi amiga.

—Elena, por Dios.

—Es broma, abogada —rio—. ¿Tiene un contrato firmado con ella?

—Sí.

—Dile que me lo envíe, que igual ahí encontramos algo y puede despedirla.

—No sé si será tan fácil, pero vale.

Nos trajeron los cafés y los acompañaron de unas pastas de mantequilla que estaban buenísimas.

—Siguiente ronda de amoríos. ¿Qué tienes tú con la pelirroja? —le preguntó Elena a Sofía.

—Sois las dos un par de cotillas de mucho cuidado, ¿eh? —sonrió.

—Cotillas no, solo nos gusta mantenernos informadas —mi amiga se encogió de hombros.

—Empezó siendo una más de mis seguidoras en redes cuando empecé a ser influencer —contestó—, hace un par de años me escribió para decirme que estaba empezando en este mundo y si podía darle algún consejo, no lo dudé, me recordó a Lorena —dijo con una sonrisa—. Nos hicimos amigas, procuraba que la cogieran a ella también para algún evento al que íbamos nosotras, y ahí sigue, creciendo día a día.

—Ajá, vale, le echaste una mano en lo profesional. Pero, ¿qué hay de lo personal? —curioseé.

—Es muy joven aún, solo tiene veinte años.

—No es tan joven, tiene dos menos que yo —protestó Lorena volteando los ojos.

—Tiene mucho por aprender y disfrutar aún, y yo no quiero cortar sus alas.

—No se las cortas si lo vives con ella —sonreí—. Se ve que le gustas.

—Y a ella también le gusta, pero nuestra hermana es un poquito indecisa. Con la buena pareja que hacen, ¿verdad qué sí? —Lorena sonrió.

—Pues sí, y se os veía cómodas. ¿El hermano sabe que ella...?

—Sí —me respondió Sofía—. Y su padre también. No tiene madre, hubo complicaciones en el parto y Alex y su padre cuidaron de ella con ayuda de algunas niñeras.

—Pues si su familia lo sabe, lo tenéis fácil, no os pondrán impedimentos. Y no es tan pequeña para estar contigo, Sofía, tienes veinticuatro años —le recordé.

—Dentro de un par de semanas celebran una fiesta en su casa.

—Y ese, querida mía, será un momento perfecto para que le digas lo que sientes —comentó Elena.

—Se va a echar a llorar, y lo sabes —dijo Lorena.

—Ya le secaré tu hermana después las lágrimas —sonreí.

—Vale, volvamos a Alex y a ti, ¿qué nos perdimos anoche? —preguntó Sofía.

Suspiré y les conté a ellas, lo mismo que le había contado a mi amiga esa mañana, antes de que el rubio y su socio aparecieran en la cafetería.

Sofía, que conocía más a Alex puesto que tenía más relación con Daniela que Lorena, me habló de aquella modelo con la que había estado saliendo y que le fue infiel.

Al parecer un productor musical la quería para el videoclip de un cantante que estaba siendo bastante popular aquel verano, y ella aceptó. El caso fue que, de la cama del lugar del rodaje de videoclip, pasaron a la del hotel y, claro, alguien los vio entrando en la habitación de él y los grabó.

—Y cuando hay pruebas del delito, ya puedes inventar las excusas que quieras —dijo Elena.

—Exacto. Alex la dejó en cuanto vio la noticia en Internet.

—Elena, date prisa que llegamos tarde a clase de zumba —dije mirando el reloj, se nos había pasado el tiempo entre charlas y cafés con mis hermanas.

—Dirás que tenemos clase de tortura, porque de ahí salgo como si me hubieran torturado todos y cada uno de los músculos de mi cuerpo.

—Qué exagerada, por Dios —resoplé.

—Oye, ¿vendríais a la fiesta en casa de Daniela si le pregunto si os invita?

—Claro que sí, Sofía, queremos ser testigos de primera mano de vuestro inicio de romance —le hice un guiño.

—Y luego la llamas loca a ella —rio—. No sé quién está peor.

—Nos vemos, chicas.

Nos despedimos de ellas con un beso y Elena y yo fuimos a nuestros coches para llegar al gimnasio antes de que empezara la clase, y por suerte lo hicimos a tiempo.

En cuanto nos cambiamos de ropa entramos en la sala y vimos a muchas de las habituales ya en posición esperando a que llegara el resto.

—Diana, ¿qué tal estás, cielo? —le preguntó Elena.

—Ya ves, hija, aquí que me ha traído la niña a pasar el rato.

—Y qué rato, mamá, te quejarás de cómo lo pasaste el otro día.

—No, cariño, si me reí un montón.

—Y acabaste con agujetas, ¿a qué sí? —reí.

—También, también, a base de Aquarius me tuvo Mariola toda la semana.

—Muy bien chicas, si estamos todas, empezamos —dijo Nadia con una palmada.

—Eso, déjanos hoy también para el arrastre, Nadia, no te cortes —contestó Victoria.

Y como cada semana, empezamos calentando y después de cinco minutos estábamos todas deseando que llegara el momento del descansito para beber agua.

—Esta cabrita disfruta viéndonos sufrir —murmuró Elena a mi lado.

—¿No eras tú la que decía que quería un culo como el de JLo? Pues dale, dale a la zumba.

—Dios, debería haber querido el culo de cualquier otra. Me está dando flato, nena.

—¡Vamos ahí, chicas! —gritó Nadia— Muy bien, y un, dos, tres, salto a la izquierda, palmada, giro, dos pasitos al centro y salto a la derecha.

—¿Esto es zumba o nos está entrenando para las olimpiadas? —jadeó Elena.

“Y se formó la gozadera... Y el arroz con habichuela...”

Se escuchaba a Gente de Zona cantando, mientras seguíamos los pasos de Nadia.

—Sí, claro, para comerme yo ahora un arroz con habichuelas estoy, acabaría en urgencias —dijo Diana con ese desparpajo, y nos echamos todas a reír.

Desde luego que las tardes en clase de zumba con Nadia se nos pasaban rápidas entre risas y locuras, eso sí, que acabábamos para el arrastre y con falta de sales minerales como decía Elena, también.

Capítulo 10



Estaba en el despacho revisando un par de casos, era miércoles y en menos de una hora podría irme a comer.

Desde que el lunes vi la noticia en la que decían que era la nueva conquista del codiciado abogado, estaba intranquila. Por no hablar de la charla que mantuve con mi padre aquella misma noche.

Al parecer la había visto Minerva por casualidad y él tan solo quería saber cuánto era verdad y cuánto no, puesto que conocía bien a la prensa y sabía que muchos de los rumores eran infundados, aunque la foto en la que se nos veía a Alex y a mí besándonos no dejara lugar a las dudas.

Le calmé explicándole lo que ocurrió, aclaré que se trató de una tontería puesto que me picó a hacer una puesta con él y mi padre se echó a reír.

—*Ese abogado fiero, siempre teniendo que ganar, igual que su padre* —dijo él, en un tono divertido.

Hablamos de David, el padre de Alex, a quien él conocía bien desde hacía años. A pesar de ser rivales, por así decirlo, en algún que otro juicio durante algunos años, mantenían una buena relación e incluso me dijo que asistió al funeral de su esposa cuando esta falleció durante el parto de su hija pequeña, así como el padre de Alex había asistido al de mi madre.

No eran íntimos, pero sí conocidos cordiales que se saludaban e incluso reían y tomaban una cerveza cuando no tenían ningún juicio en común.

Me dijo que conocía a Alex y también habían coincidido en algún juicio, y me aseguró que era un hombre de fiar.

Estaba tan inmersa en el trabajo que apenas me di cuenta de que estaba sonando el teléfono de mi despacho hasta que me sobresalté.

—Dime, Gloria —respondí sabiendo que era la secretaria quien me llamaba.

—Jimena, tienes una llamada. Es un tal, Alex —contestó, y solo con escuchar el nombre de aquel abogado, sentí que me estremecía.

—Pásamela.

—Bien.

La música de espera sonó durante unos breves instantes, y entonces, silencio, momento en el que yo debía hablar.

—Buenos días, Alex —conseguí decir después de unos segundos.

—Hola, Jimena —noté la sonrisa en su voz.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunté mientras cerraba todos los documentos que tenía abiertos en el ordenador, quería poner toda mi atención en ese abogado por si llamaba para hablar de algún asunto legal.

—¿Tienes planes para comer? He pensado que podíamos vernos y hablar de la noticia que publicaron el lunes.

—Yo... No, no tengo planes, de hecho, pensaba ir a casa y quedarme trabajando desde allí esta tarde.

—¿Nos vemos en el restaurante que hay junto a los juzgados? Estoy terminando aquí.

—Vale, sí, ¿en media hora te parece bien? —respondí mirando mi reloj.

—Perfecto. Si no estoy espérame, no te vayas.

—No, tranquilo. Adiós.

—Adiós, Jimena.

Colgamos y me quedé mirando el teléfono mientras pensaba en lo que iba a hacer. ¿Y si alguien volvía a vernos y nos hacía alguna foto? Me arriesgaría, aunque sabía que no iba a volver a besarlo porque no había motivos para hacer ninguna apuesta.

Antes de apagar el ordenador me invadió la curiosidad y caí en la tentación de teclear el nombre de Alex en el buscador de Internet, miles de resultados aparecieron al instante, muchos de ellos noticias de casos que había llevado y había ganado.

Desde luego no le faltó razón al decirme que él nunca perdía, había cientos de titulares suyos como letrado que ganaba un caso mediático, lo que le convertían en el abogado de treinta y cinco años más solicitado de la ciudad.

Y luego estaban esas noticias de las revistas de cotilleos en las que, como había dicho Víctor, lo

relacionaban con diversas mujeres en estos dos últimos años.

Fue entonces cuando vi la noticia de la ruptura con la modelo, y otra en la que ella confesaba que seguía enamorada de él y estaba muy arrepentida de lo que había pasado.

Cerré el ordenador y tras recoger mis cosas, salí del despacho para ir al aparcamiento por el coche y marcharme a comer con él.

No estaba lejos de los juzgados, así que iba con tiempo de sobra, y cabía la posibilidad de que me tocase esperarlo.

Aparqué cerca del restaurante, cerré el coche, caminé mientras me colgaba el bolso al hombro y entré en el restaurante donde una chica muy sonriente me preguntó si comería sola o acompañada.

—Acompañada, pero no lo veo en ninguna de las mesas —sonreí—. Dijo que tal vez se retrasaría.

—Puede esperar en una mesa, o en la barra si lo prefiere.

—En la barra estará bien, gracias.

Ella asintió devolviéndome la sonrisa, y fui hacia la barra donde me senté y pedí una Coca Cola para tomarme mientras esperaba, si había algo que no me gustaba hacer era beber cuando me tocaba conducir.

Escuché el sonido de un aviso de mensaje de móvil y lo saqué del bolso comprobando que era Elena.

Elena: *Hola, cariño, ¿qué tal la mañana? La mía ha sido agotadora, esta tarde me encierro en casa y no salgo hasta que tenga que ir al despacho mañana. ¿Por qué se casa la gente si después se divorcia? No lo entiendo. En fin, que me he cruzado con Alex en los juzgados y me ha dicho que lo de la noticia del lunes lo tenía resuelto, solo quería que lo supieras. Nos vemos, te quiero.*

Jimena: *Mi mañana, en el despacho entre expedientes, ahora estoy en el restaurante junto a los juzgados esperando a Alex, quería hablar conmigo precisamente de esa noticia. Gracias por hacerme spoiler. Descansa, mañana hablamos. Te quiero.*

Elena: *¿Vas a comer con él? Y yo que pensaba que huirías de ese hombre como del Diablo. Bueno, ya sabes una parte de lo que quiere comentarte. Sí, hoy descanso, pero el viernes tú y yo salimos de marcha que necesito quitarme el estrés de toda la semana. ¿Sabes algo de la fiesta que nos comentó Sofía? Porque tendremos que ir pensando en qué ponernos.*

Jimena: *Hecho, el viernes salimos. Y no, aún no me ha dicho nada de la fiesta, cuando llegue a la casa le pregunto.*

Me pareció escuchar la voz de Alex en ese momento, miré hacia la puerta y ahí estaba, con un traje azul marino, corbata del mismo color y camisa blanca, sosteniendo un maletín en la mano.

La chica que me había recibido sonrió cuando él le indicó que me había visto, y caminó hacia mí. Guardé el móvil y di un sorbo a mi vaso para quitarme esa sensación de tener la garganta seca con solo haberle visto. ¿Cómo era posible que ese hombre fuera tan condenadamente atractivo?

—Hola —saludó mientras se inclinaba para darme un par de besos—. Dime que no te he hecho esperar demasiado, pero la secretaría del juzgado estaba hasta arriba y han tardado en coger mis papeles y sellarlos.

—Tranquilo —sonreí—, no llevo mucho y Elena me ha mantenido distraída con unos mensajes.

—Me la crucé en los juzgados, creo que se ha pasado allí toda la mañana, igual que yo —sonrió de medio lado.

—Sí, eso me ha dicho. Y que le has comentado que tienes resuelto lo de la noticia.

—Vaya, se me ha adelantado —hizo chascar la lengua—. ¿Vamos a una mesa?

—Claro —cogí mi vaso que aún estaba casi lleno y lo seguí hasta una mesa libre.

No tardaron en venir a ver qué queríamos beber y Alex pidió una botella de agua para los dos, al igual que yo, me dijo que no bebía cuando tenía que conducir.

Eché un vistazo a la carta y me acabé decantando por unas brochetas de tomates cherry y queso mozzarella con aceite y orégano, y carne a la brasa con puré de patatas que había visto en una mesa cercana y tenía muy buena pinta.

Alex pidió las brochetas y pescado al horno.

—Y dices que el tema de la noticia está solucionado —comenté cogiendo mi vaso de refresco para dar un sorbo.

—Sí. Hablé con el redactor jefe de la revista, le comenté que por el ángulo de la foto parecía que nos estábamos besando, pero no era así, y le pedí que desmintieran lo que habían dicho.

—¿Y se lo creyó? —Elevé ambas cejas, incrédula.

—Sí, me conoce bien y sabe que no suelo mentir —me hizo un guiño.

—Vale, lo que entre líneas entiendo como que sabe quién eres y que podrías demandar a la revista y ganar ante un juez.

—También —sonrió.

—Sea como sea, gracias. No me gusta salir en la prensa, la verdad.

—Lo sé, te vi acompañando a tu padre en alguno de sus juicios más mediáticos, y huías de la prensa.

—Solo iba con él como ayudante, nada más.

—Tu padre es un buen hombre, mi padre aún sigue contándome algunos de los juicios en los que se vieron las caras. Ya sabes que muchas veces como abogados nos toca defender a clientes de dudosa reputación, y tanto mi padre, como el tuyo han estado en alguna ocasión en esa tesitura, por lo que unas veces ganaba uno por la parte demandante, y otras, el otro.

—Sí, aún recuerdo alguno de esos casos en los que mi padre era defensor de lo que muchos consideramos indefendible, pero en casos de turno de oficio es lo que toca, unas veces defender al inocente y otras, al no tan inocente —me encogí de hombros.

—Buena manera de describirlo.

Nos trajeron el primer plato en ese momento y comenzamos a comer mientras hablábamos sobre nuestros respectivos trabajos. Alex volvió a alabar lo que hacía por esas personas que necesitaban ser defendidas de sus verdugos y le agradecí los halagos.

Al igual que mi padre, y el suyo, Alex era abogado penalista, y, como ellos, muchos de los criminales a los que se había enfrentado acabaron con una condena impuesta de muchos años de encierro.

—Dejemos el trabajo a un lado, que estamos ya en tiempo de descanso —dijo con una leve sonrisa.

—Yo aún tengo trabajo por hacer cuando llegue a casa.

—Pero eso será después, señorita, ahora está aquí, con la mejor de las compañías, degustando una deliciosa carne que, por lo que veo, es jugosa.

—Oh, sí, mucho. Se deshace en la boca. ¿Quieres probarla?

—Me encantaría —contestó con un brillo intenso en los ojos mientras me miraba fijamente, y yo sentí un escalofrío recorriéndome de pies a cabeza.

Di un sorbo a mi vaso de agua para pasar el nudo que se me había formado en la garganta, corté un pedazo de carne y se lo acerqué.

Alex no apartaba la mirada de la mía mientras se llevaba la carne a la boca, y durante una décima de segundo mi mente divagó a tal punto que quise volver a besarlo.

—Jugosa, como intuía —sonrió tras degustar el bocado.

—Sí —murmuré volviendo a mirar hacia mi plato, nerviosa y con las mejillas rojas como dos tomates.

—Tenemos una cena pendiente —dijo de pronto, y lo miré con el ceño fruncido.

—No, no la tenemos. Y aunque así fuera, bueno, ya estamos comiendo juntos.

—Por supuesto que tenemos una cena pendiente, pequeña. Me gustaría mucho que aceptaras mi invitación.

—Alex, en serio, ya he aceptado comer contigo, hemos hablado de la noticia y me has librado de lo que seguramente habría sido una estampida de periodistas en la puerta del bufete o de los juzgados para saber qué había entre nosotros. No puedo aceptar una invitación a cenar.

—¿Tienes pareja? Porque si es así...

—No, no tengo pareja, yo... No —suspiré—. La última vez que salí con alguien fue hace como dos años y medio o así, lo dejamos hace un año y medio.

—¿Puedo preguntar qué pasó?

—Preferiría que no, hay cosas que no me gusta recordar.

—Jimena —noté que cogía mi mano por encima de la mesa—, me dijiste que ninguna pareja te había maltratado, pero si ocurrió eso, puedes hablar conmigo.

—Te dije la verdad, nunca he pasado por eso en carne propia. Es solo que no me gusta recordar cómo la persona que dijo estar tan enamorada de mí, solo me utilizó para su propio beneficio. No le importó nada que no fuera él.

—Estoy aquí, pequeña —murmuró mientras me acariciaba los nudillos—. Si algún día quieres hablarlo, seré todo oídos.

Seguimos comiendo y pasamos a hablar de esa fiesta que daría su padre en casa y que Sofía nos había mencionado la noche del evento de la bodega, me dijo que por supuesto que Elena y yo estábamos invitadas a asistir.

Me comentó que mi padre, había ido a alguna de esas fiestas que a su padre le gustaba dar en esos primeros días de verano, y tras acabar con el segundo plato pedimos los postres y el café. Mi tartaleta con crema pastelera, chocolate, nata y almendras laminadas estaba buenísima y juraría que hasta me escuché gemir.

Después de aquella comida en la que había conocido un poco más a Alex, y que no me dejó pagar, salimos del restaurante y me acompañó hasta el coche donde me dio un beso a modo de despedida, un beso demasiado cerca de la comisura de mis labios.

—Ten, mi tarjeta —dijo entregándomela—. Espero que me llames para decirme que aceptas cenar conmigo el sábado.

—No te garantizo que lo haga.

—Yo, en cambio, creo que sí lo harás —sonrió—. Adiós, Jimena. Me ha encantado volver a verte.

Se fue caminando hacia la izquierda y poco después lo vi subir a su coche, un deportivo negro con el que se alejó de allí mientras yo simplemente observaba cómo se perdía en la distancia.

Subí al coche y puse rumbo a casa, donde pretendía trabajar un par de horas antes de ducharme, ponerme el pijama y prepararme un sándwich vegetal para cenar, ver un par de capítulos de la serie e irme a dormir.

Capítulo 11



Llegué al bar de tapas donde había quedado con Elena para cenar antes de ir a tomar una copa, diez minutos antes de la hora.

Ocupé una de las mesas vacías, pedí un par de copas de vino blanco, una ración de patatas fritas, otra de pescaíto frito y una tabla de quesos para empezar la noche.

Veinte minutos después la vi entrar con una sonrisa en los labios. Ambas habíamos optado esa noche de viernes por ponernos unos shorts vaqueros, una blusa de tirantes finos y las sandalias de tacón.

—Ya llegó la reina de la noche —dijo pasándome el brazo por los hombros para darme un beso en la mejilla.

—La reina de la noche llega tarde, diez minutos para ser exacta.

—Y tú has llegado antes, como si no te conociera —resopló mientras se sentaba—. El taxi se retrasó un poquito, lo siento. ¿Qué has pedido, además del vino?

—Pescaíto, quesos y patatas.

—Buen menú —sonrió—. ¿Has hablado con tu padre?

—Anoche, después de cenar le mandé un mensaje para ver si podían hablar, y me hizo una videollamada. Estaban cenando en la terraza de un restaurante con unas vistas preciosas. Minerva me dijo que nos traen regalitos para las cuatro.

—Es que tu madrastra es un encanto, nada que ver con la de la pobre Cenicienta. ¿Tienen ganas de volver o se quedarían allí una semana más?

—Ella se quedaba, mi padre está deseando volver al bufete —reí—. Sabe que puede confiar en los abogados que tenemos para llevar sus casos, pero ya le conoces.

—No se queda tranquilo si no lo hace él —rio—. Y hablando de abogados, ¿qué tal fue la

comida con Alex? Que ayer no pudimos ni vernos ni tomar un café, qué mañana tuve —suspiró.

—Bien, la verdad es que es un hombre bastante agradable. Hablamos del trabajo, me dijo que tenía el tema de la noticia bajo control, y eso es todo. Ah, sí, también sacó el tema de la fiesta de su padre que comentó Sofía, nos invitó a ir.

—Mira qué bien, ya tenemos plan para el próximo sábado.

La camarera dejó los platos que había pedido en la mesa y se fue con una sonrisa a atender a los que estaban al lado llamándola.

—También insistió en querer cenar mañana conmigo —comenté cogiendo un trocito de queso.

—Así que tienes una segunda cita con él, esto promete —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—No, no tengo una segunda cita porque no he aceptado aún. Es más, ¿cuándo fue la primera?

—¿Cómo? ¿No has aceptado? Madre mía, Jimena, es que es para matarte. Dile ahora mismo que sí, que aceptas cenar con él mañana.

—Elena...

—Ni, Elena, ni nada. Cariño, te quiero, pero no todos los hombres del mundo que se interesen por ti van a ser como ese gilipollas de abogado con el que saliste y que se acercó por interés. Alex no me da la sensación de que sea igual, y conoce a tu padre, no quiere joderle un caso.

Suspiré, porque ahí estaba de nuevo esa historia de mi pasado por la que había perdido la confianza en los hombres. Sí, una infidelidad dolía como el infierno y lo sabía por Elena, pero lo que yo viví con mi último novio, fue la mayor de las traiciones.

Era abogado, y lejos de acercarse a mí porque le gustara y porque realmente me amara, lo hizo por el mero hecho de obtener información sobre un caso que llevaba mi padre y que, de ganar, haría que el cliente del bufete en el que trabajaba fuera a la cárcel.

Consiguió hacer que mi padre ganara el caso y que ese cliente quedara en libertad, me utilizó para su beneficio y el de sus socios, y eso me dejó hecha una mierda y diciéndole a mi padre que renunciaba al bufete.

Obviamente no me lo permitió, pero me prometí a mí misma no volver a involucrarme con nadie con el que compartiera profesión.

Lo mejor de todo es que ni los clientes de mi padre, ni él mismo, se dieron por vencidos y acabaron llevando a la cárcel a aquel tipo seis meses después, demostrando que sus abogados habían jugado sucio para librarle de la cárcel.

—Nena, te lo digo en serio, Alex no parece la clase de escoria que era aquel abogadoucho.

—Y tú, ¿qué? ¿Has vuelto o vas a volver a ver a Víctor?

—Lo he visto en los juzgados, ha sido la parte contraria en dos de mis juicios esta semana. ¿Te puedes creer que no hacía más que mirarme con esa sonrisilla diabólica que tiene? Es insufrible, en serio.

—Pero te gusta —sonreí.

—Pero me gusta —admitió.

—Y te pone, tal como dijo él.

—Mucho, Jimena, ese hombre con unos pocos besos y un par de caricias aquella noche, consiguió que me planteara arrastrarlo a mi cama. Pero no quiero ser una más de ese porcentaje de conquistas que tiene.

—Ya lo eres, te lo dije.

—Y me odio a mí misma por eso. ¿Después de dos años evitándolo, voy y caigo? Es que me daba contra la pared, en serio. Esta mañana me dijo que si quería comer mañana con él.

—¿Le has dicho que sí? —curioseé mientras cogía un par de patatas.

—Claro, igual que tú a Alex —volteó los ojos—. Me dijo que, si cambiaba de opinión, lo llamara.

—Pues hazlo, que te mueres de ganas.

—Quedo con él para comer, si tú quedas con Alex para cenar.

—Eso es chantaje, Elena.

—No, no lo es. Se llama mandar a la mierda nuestros miedos y quedar con alguien del sexo opuesto, que parecemos dos monjas —resopló.

—¿Desde cuándo las monjas visten así? —reí, mirándonos.

—Quién sabe, igual llevan una doble vida que desconocemos. ¿Qué?, ¿sacamos los móviles y aceptamos?

—Yo no debería, por mucho que mi padre me dijera que Alex es un buen hombre. La última vez que me fíe de un abogado, mira cómo acabó mi padre —suspiré.

—Vamos a hacer una cosa, aceptas cenar con él, sin contarle lo de ese capullo que se hace llamar abogado, puedes conocerlo, salir más veces a tomar algo y, si en algún momento ves que se interesa demasiado por tu padre o sus casos, adiós muy buenas.

—No sé si es buena idea, Elena.

—Es una idea estupenda. Venga, saca el móvil y envíale un mensaje para decirle que aceptas cenar mañana con él. Yo voy a escribir a Víctor —dijo con su teléfono en la mano y empezando a teclear.

—Si esto no sale bien, no sé lo que te hago —protesté.

—Pero si sale bien, igual acabamos organizando una boda —me hizo un guiño.

—La tuya, ¿cierto?

—Vale, dos bodas —añadió.

Negué mientras cogía el móvil y abría un chat de mensajes en el nombre de Alex, a quien había agendado dos días atrás cuando me dio su tarjeta.

No sabía ni cómo empezar ni si sería tarde para aceptar esa invitación a cenar, así que con eso empezó.

Jimena: *Buenas noches, Alex, espero no molestarte. Soy Jimena. Quería saber... ¿Sigues en pie la invitación a cenar mañana? Si es así, acepto encantada.*

—Listo, ya he enviado mi mensaje. ¿Y tú? —curioseó Elena dejando el móvil en la mesa.

—Sí, pesada, se lo acabo de enviar —suspiré.

Solo unos segundos después recibí un mensaje, y era él.

Alex: *Buenas noches, pequeña. Por supuesto que sigues en pie, y me alegro que hayas aceptado. ¿Te recojo a las ocho y media en tu casa?*

Respiré hondo mientras releía el mensaje, tecleé la respuesta incluyendo mi dirección, y tras enviarlo y leerlo al momento, pues estaba en línea, contestó que nos veíamos al día siguiente.

—Me recogerá a las ocho y media en casa —informé a mi amiga.

—Genial —sonrió—. Víctor pasará a buscarme a la una y media. Tenemos una cita, nena.

—Quién te iba a decir después de dos años de negativas que acabarías quedando a comer con él —reí.

—Desde luego, con lo insistente que ha sido, aun saliendo con otras mujeres. No me reconozco, nena, no me reconozco —reí.

—Mucho te tiene que gustar y me lo has estado ocultando estos dos años.

—Mmm, qué rico está este queso.

—Sí, tú cambia de tema, capulla —volví a reír.

Ella era así, cuando no le interesaba una conversación, salía con otra cosa.

Después de cenar cogimos un taxi para ir a la zona donde había varios locales de copas y entramos en uno de nuestros favoritos, donde el camarero, un cubano de lo más simpático, hacía los mejores mojitos y caipiriñas de toda Málaga.

Allí entre bailes y copas nos quitamos un poco de ese agotamiento por el trabajo e incluso hablamos de qué ponernos al día siguiente para nuestras citas.

La loca de Elena me dijo, a modo de consejo, que me pusiera un conjunto de lencería sexy por si el abogado me besaba hasta hacerme perder la cabeza y me decidía a dejarme llevar y pecar con él.

Me conocía de sobra y sabía que no era yo muy dada a tener sexo en las primeras citas, así que sabía que me lo había dicho en broma.

Decir que se nos pasaron las horas tan rápido que cuando quisimos darnos cuenta eran las cinco de la mañana, no era ninguna locura, y acabamos cogiendo otro taxi para ir a la churrería de los padres de Paula, una antigua compañera de instituto, donde te ponían una jarra de chocolate y una bandeja de churros con los que aliviar los síntomas de lo que acabaría siendo una resaca mala, pero mala, muy mala.

Capítulo 12



A las ocho y cuarto estaba lista y esperando a que llegara Alex, nerviosa como un flan, que todo había que decirlo.

Me había puesto un vestido blanco de estilo ibicenco, las sandalias de tacón negras y el bolso a juego, llevaba el cabello recogido en una coleta alta y acabé aplicándome maquillaje en tonos naturales, eso sí, realzando el color de mis ojos.

Eché un vistazo al móvil y comprobé que seguía sin tener noticias de Elena, algo extraño, ya que sabía que, habiendo quedado para comer con Víctor, seguramente tendría cosas que contarme. Quizás esperaría al día siguiente y así nos pondríamos al día con ambas citas.

Suspiré al haber pensado en esta cena con Alex como una cita, porque no lo era, solo se trataba de una cena, y nada más.

Guardé el móvil en el bolso, cogí las llaves de casa y bajé a la calle para esperar a Alex, quien no tardó en aparecer en el deportivo negro que vi días atrás.

—Hola —sonreí abriendo la puerta para sentarme.

—Hola, estás preciosa —se acercó y me dio un beso en la mejilla.

—Gracias, tú te ves guapo así, sin el traje.

—Voy más cómodo, te lo aseguro.

Llevaba un pantalón vaquero, un polo blanco y las deportivas, se veía igual de atractivo que con el traje, lo que me hizo comprobar que a ese hombre cualquier cosa que se pusiera, le sentaría bien.

Se incorporó al tráfico y me dijo que le había sorprendido mi mensaje, puesto que ya pensaba que no iba a aceptar su invitación.

—Y no iba a hacerlo, pero se lo comenté a Elena y ella puede ser muy insistente cuando se lo

propone —suspiré—. Así que cuando la veas ya puedes darle las gracias por animarme a escribirte ese mensaje y aceptar la cena.

—Lo haré —sonrió.

Condujo mientras charlábamos sobre mi salida con ella la noche anterior, le comenté que ella también aceptó comer ese mismo día con Víctor y me dijo que no sabía nada al respecto, pero que le preguntaría el lunes cuando lo viera en el bufete.

Llegamos a un restaurante cerca de la playa, aparcó y vino a abrirme la puerta como todo un caballero para ayudarme a salir, guiándome hacia la entrada con una mano en la parte baja de mi espalda.

Entramos y uno de los camareros nos llevó hasta la mesa que había reservado, situada en la zona de la terraza con vistas a la playa y desde donde se podía acceder a ella.

Se notaba que era un lugar elegante, con un toque de decoración de lo más marinero. Paredes blancas, mantelería azul marino, y en las paredes del interior había visto algunos timones de barco colgados.

—No había venido nunca aquí, es un lugar precioso —sonreí una vez sentada.

—Yo suelo venir a menudo, con mi padre y con mi hermana, o con Víctor.

—Las vistas son una maravilla. El reflejo de la Luna en el agua es casi mágico.

—Me alegro de haber acertado con el sitio —sonrió—. Y espero que te guste el marisco, es la especialidad.

—Sí, me gusta comer de todo, no soy exquisita.

—Es bueno saber que te gusta comer de todo —comentó con un tono ligeramente juguetón arqueando la ceja—. A mí también me gusta.

—Me refiero a comida, platos cocinados, salados o dulces.

—Y yo también hablaba de comida, ¿en qué estabas pensando, pequeña diablesa?

—Dios mío, ¿estás intentando ponerme nerviosa?

—No, no lo estoy intentando, ya lo he conseguido —me hizo un guiño que acompañó de esa leve sonrisa, y resoplé.

El camarero se acercó a tomarnos nota, y yo con los nervios no había mirado ni la carta. Menos mal que Alex conocía el sitio y lo dejé pedir por los dos.

—Nos traes una copa de vino de blanco para cada uno, una bandeja de marisco a la brasa y una

de ostras.

—Enseguida, señor —contestó con una leve inclinación de cabeza, y se fue.

—Creí que no bebías cuando tenías que conducir —dije.

—Solo es una copa, es con lo que mejor marida el marisco.

—¿De verdad has pedido ostras?

—Ajá, ¿no las has probado?

—Una o dos veces. Elena dice que son afrodisíacas.

—Ah, ¿sí? —elevó ambas cejas— Entonces la noche promete —hizo otro guiño.

—Alex, por favor, no me mires así que me pones nerviosa.

—Te lo dije en el evento, no tengo otra mirada.

—Pues ponte gafas de sol, así me intimidarías menos —incliné la mirada hacia mi plato vacío.

—No va a ser posible, porque me gusta contemplar lo que tengo enfrente.

—¿Es tu manera de conseguir sexo? ¿Invitas a las chicas a cenar, pides ostras, coqueteas, les dices cosas bonitas y luego caen rendidas ante ti en la cama? Porque no soy de esas.

—Jamás pensarías que fueras de las que se van a la cama con alguien en la primera cita.

—Esa es otra, esto no es una cita. Es... no sé ni lo que es.

—Una cita —sonrió—. Pero si consideramos la comida del otro día como una cita, esta sería nuestra segunda cita.

—¿Tú has hablado de esto con Elena? Porque pensáis lo mismo, y esto no es una cita.

—Pequeña, admite que estás teniendo una cita con un simpático y atractivo abogado. Una segunda cita.

—Señor —el camarero hizo que Alex se echara un poco hacia atrás en la mesa para que pudiera dejar su copa de vino, después dejó la mía y se marchó dejándonos solos de nuevo.

—Vale, aceptando que esta sea una cita, ¿qué esperas de mí, Alex?

—¿Tener más citas? ¿Conocerte mejor? Es lo que todos buscamos cuando salimos con alguien.

—Claro, sí —cogí mi copa y di un sorbo—. Discúlpame, es que, desde mi última relación no he tenido citas ni he conocido a nadie.

—En ese caso, ya es hora de acabar con el tiempo de no citas —sonrió.

Nos sirvieron el marisco y las ostras y ambos cogimos una, no es que fuera de mis cosas favoritas que comer, pero me gustaban.

Cenamos mientras me hablaba de su madre, hacía veinte años que había fallecido, pero seguía recordando muchas cosas de ella, como el perfume que más le gustaba, el modo en el que sonreía o se tocaba el pelo, el cariño con el que le cantaba cuando era un niño antes de que se acostara, y esa felicidad que vio en sus ojos cuando le dijo que iba a tener una hermana.

—Tenía quince años y ella había pasado por dos embarazos fallidos antes de Daniela. Perdió a los bebés en el primer trimestre y cuando se quedó embarazada de ella, la escuché llorar una noche mientras hablaba con mi padre diciendo que tenía miedo de que esa vez tampoco llegara al final. Mi padre dijo que no se preocupara porque estaba seguro de que sí sería un embarazo completo. Y lo fue, pero ella no vio a su preciosa bebé más de un par de minutos que la sostuvo en brazos. Tenía una fuerte hemorragia y no pudieron controlarla.

—Lo siento mucho, Alex —le cogí la mano por encima de la mesa.

—Daniela se parece tanto a ella, que mi padre dice que es como verla cuando tenía su edad, cuando se enamoró de ella.

—¿La conoció con veinte años?

—Sí, bueno, veinte años tenía mi madre, mi padre tenía cinco más. La vio en una cafetería, rodeada de libros y tazas vacías de café. Ella estudiaba empresariales, y estaba en época de exámenes. Volvió a esa misma cafetería días más tarde y allí la encontró de nuevo. Estuvo así un mes hasta que se atrevió a hablar con ella —sonrió—. He oído esta historia tantas veces que es como si yo mismo hubiera estado en aquella cafetería. La invitó a salir después de un mes viéndose allí para estudiar, fueron al cine, la besó y le dijo que iba a casarse con ella. Mi madre se echó a reír, pero mi padre, le dijo que era una promesa. Y la cumplió. Cuatro años después de aquello se casaron, y al año siguiente nació yo. Estuvieron juntos veinte años, los mejores de la vida de mi padre, según dice siempre.

—Debió ser una buena madre.

—La mejor. Yo tuve la suerte de conocerla, Daniela solo la ha visto en fotos y en las grabaciones de vídeos familiares.

—Tu hermana es un encanto.

—Pero me vuelve loco —suspiró—. Tiene a nuestro padre, pero yo me siento como si también lo fuera, y a veces me pide cosas a mí en vez de a él. Como lo de ser influencer. Ella no quería ni oír hablar del Derecho, tampoco de Empresariales como estudió nuestra madre. Siempre le ha gustado la moda, el estilismo, el maquillaje, hacer experimentos con peinados nuevos. Me dijo que quería ser influencer y que intercediera por ella con mi padre, obviamente lo hice, pero yo sabía que él no se opondría a que hiciera lo que le gustara. Unos meses después me habló de

Sofía, que la seguía desde hacía tiempo, que la estaba enseñando algunas cosas de este mundo, y hasta hoy —sonrió—. Estoy orgulloso de ella.

—Se te nota, se te está cayendo la baba —reí, y él se unió a mí.

Después de cenar y pagar, cosa que tampoco me dejó hacer en esa ocasión, propuso dar un paseo por la playa, así que accedimos a ella desde la terraza del restaurante.

Me quité las sandalias antes poner un pie en la arena, y caminé con ellas en la mano hacia la orilla, donde suspiré al sentir el agua fresca mojándome los pies.

—Adoro pasear así, de noche por la orilla —comenté mientras él caminaba a mi lado, también con las deportivas en la mano y los pantalones un poco arremangados para no mojarlos.

—Yo suelo salir a correr de noche por la playa, no vivo muy lejos de esta zona.

—Elena y yo siempre que podemos cogemos la bolsa de playa, y pasamos el sábado o el domingo en ella, eso cuando no hemos salido la noche anterior y estamos todo el día como figurantes de una película de zombis —reí.

—¿Hace mucho que os conocéis? —preguntó, y noté que se acercaba más a mí, tanto que pude notar su mano rozando la mía.

—Desde el colegio, así que, imagínate —reí.

—Una amistad de toda la vida, como Víctor y yo. Aunque él es un año mayor.

—Se os ve muy unidos.

—Lo estamos. Cuando perdí a mi madre, fue él quien me animaba a salir de casa y despejarme.

—Elena también me obligaba a salir a mí.

Poco a poco sentí los dedos de Alex buscando los míos, me estremecí y finalmente acabó entrelazando nuestras manos.

Caminamos en silencio bajo la Luna por la orilla, acompañados del sonido del mar, hasta que dejamos el restaurante donde habíamos comido a lo lejos.

—Creo que hemos paseado demasiado —sonreí mirando por encima del hombro antes de detenerme—. Deberíamos volver, se hace tarde —miré a Alex y sus bonitos ojos marrones brillaban bajo la luna.

—Vivo cerca de aquí, podemos tomar una copa tranquilos, si te apetece —dijo con un tono de voz ligeramente ronco—. O puedo llevarte a casa si estás muy cansada.

—La verdad es que estoy bien. Estoy... a gusto.

—Yo también estoy a gusto, Jimena —murmuró dando un paso hacia mí, acortando la poca distancia que nos separaba—. Y no quiero que termine la noche.

Tragué con cierta dificultad mientras sus ojos seguían fijos en los míos, escuché como Alex dejaba caer las deportivas al suelo y noté las yemas de sus dedos en la mejilla, acariciándome.

—Voy a besarte —susurró, y terminó de inclinarse antes de hacerlo.

El contacto de sus labios en los míos fue electrizante como la primera vez que me besó, bueno, yo lo besé a él, puesto que era una apuesta que yo había perdido.

Cerré los ojos dejando que mi cuerpo y mi mente disfrutaran de ese momento. Noté que soltaba mi mano y llevaba la suya hasta agarrarme por la cintura de modo que me pegó más él.

El corazón no latía en mi pecho, no, literalmente estaba sonando como si fuera un tambor de guerra avisando que venía el enemigo.

No recordaba que me hubieran dado un beso y que me sintiera así, nunca.

Cuando se apartó, continué con los ojos cerrados y apoyó su frente en la mía.

—No sé si será buena idea que nos arriesguemos a ir a mi casa y tomar una copa —dijo cuando nos miramos.

—¿No se fía de sí mismo, abogado? —Arqueeé la ceja.

—¿Quiere que le sea sincero, abogada?

—Por favor.

—No, no me fío de mí mismo porque eres lo que más deseo en este momento.

—Tendremos que correr el riesgo, entonces.

Capítulo 13



Llegamos a casa de Alex y tras dejar el coche en el garaje, accedimos desde ahí al interior.

Me llevaba de la mano y fue guiándome por el pasillo, que se iluminaba según pasábamos con los detectores de movimiento, hasta la primera estancia, que resultó ser una cocina bastante amplia.

Las paredes eran de azulejos blancos con líneas grises y negras como si simularan los dibujos del mármol, la encimera hacía forma de U de modo que una parte estaba destinada a ser barra de desayuno con un par de taburetes para sentarse.

Me llevó hasta el salón, una estancia amplia y luminosa con puertas de cristal que daban acceso al jardín, donde podía ver una piscina en el centro y una mesa con sillas en el porche.

Había algunas fotos en uno de los muebles y vi una que me llamó especialmente la atención. Un joven Alex acompañado de la que debía ser su madre, en avanzado estado de gestación, sonreía feliz mientras ambos se abrazaban.

—Era muy guapa —dije observando a su madre, quien ciertamente se parecía mucho a Daniela, pues era como ver a su joven hermana dentro de veinte años.

—Sí que lo era —sonrió—. ¿Qué quieres beber?

—De aquí tendré que irme en taxi —reí.

—O puedes quedarte a pasar la noche y te llevo mañana a tu casa.

—¿Tienes habitación de invitados? —curioseé.

—Mi cama es más cómoda, te lo aseguro —susurró con un tono ronco y sensual antes de darme un beso rápido en los labios.

—Vino —dije cuando se apartó—. Una copa de vino está bien.

Alex asintió y regresó a la cocina. No era cotilla, pero eché un vistazo al resto de fotos y sonreí al ver a Alex con Daniela de muy bebé en brazos. También vi una foto de él con sus dos padres, se parecía mucho a su padre y sí que recordaba haberlo visto alguna vez por los juzgados.

—Aquí tienes —dijo poco después cuando volvió.

—Gracias —cogí la copa y le di un sorbo—. Mmm, este es de la bodega del evento —dije mirándolo, pues recordaba aquel sabor.

—Beneficios de ser su abogado —sonrió.

—Ya veo.

—Ven, te enseñaré el resto de la casa —me cogió de la mano y fuimos hacia un pasillo donde me enseñó su despacho y un aseo, antes de subir las escaleras a la planta donde estaban las habitaciones.

Era un chalet de dos plantas y contaba con tres habitaciones, dos de ellas de igual tamaño en el lado izquierdo de aquel rellano, con un pequeño cuarto de baño cada una, y la de Alex.

Ambas habitaciones eran iguales, con paredes blancas, muebles de madera oscura y cortinas beige.

—El chalet tenía cuatro habitaciones, pero decidí unir dos de modo que la mía fuera más grande y así poder tener vestidor y un cuarto de baño más amplio —comentó cuando entramos.

Se notaba que era su rincón privado, pues cada centímetro de aquella habitación estaba impregnado de su esencia.

Al igual que las otras, la habitación de Alex tenía las paredes blancas y los muebles de madera oscura, la ropa de cama y las cortinas eran en un tono gris que contrastaba bien, y en el cuarto de baño tenía ducha y jacuzzi.

—¿Es ahí donde te relajas después de un día interminable de juicios? —curioseé dando un sorbo a mi copa y señalando el jacuzzi.

—Así es, acompañado de una copa de vino y un poco de música jazz.

—Puedo imaginarlo —sonreí.

—Podrías verlo también, y disfrutar de las burbujas masajeando tu cuerpo.

—¿Esa es una proposición para esta noche, o una invitación para que vuelva a querer quedar contigo?

—Tal vez ambas cosas, quién sabe —me dio un beso rápido en los labios y tiró de mí para ir al vestidor.

—Si lo viera Elena, te diría que te cambia su piso por el chalet sin pensarlo. Este es el sueño de mi loca amiga.

—Entonces es probable que le cambie la casa a Víctor, él hizo lo mismo en la suya.

—Con un vestidor así, tu amigo gana puntos con ella, eso seguro —sonreí.

—Ven, he dejado mi rincón favorito para el final —dijo volviendo a llevarme de la mano hacia la habitación.

Llegamos a la pared donde estaban las cortinas y cuando las abrió, vi que era una puerta con una terraza cubierta de lo más coqueta, donde había una mesa con dos sillas.

—Como te dije, uní dos habitaciones, y quise hacer este balcón, donde me gusta sentarme alguna que otra noche a tomarme una copa de whisky viendo el mar.

—Claro, tienes la playa bastante cerca —sonreí—. Es un rincón muy agradable.

Me acerqué a la barandilla donde apoyé la mano que no tenía la copa, cerré los ojos y respiré hondo disfrutando de la brisa que, a esa hora de la noche, y en aquella segunda planta, podía sentir acariciando mi cuerpo.

No tardé en notar el brazo de Alex rodeándome por la cintura y posar la mano sobre mi vientre, haciendo que un escalofrío me recorriera por entera.

—Tienes una casa preciosa, aunque se nota que vives solo, le falta un toque femenino.

—Eso dice Daniela, y está deseando que la deje meterse aquí y redecorar, cosa que no voy a hacer porque acabaría llenando todo de cosas en tonos pastel, o rojo.

—¿Qué tienes en contra de los tonos pastel? —Arqué la ceja— Porque a mí me gustan para muchas cosas. Y el rojo, sobre todo para los labios.

—A ti los labios rojos te quedan de escándalo, pequeña —susurró mirándome y no tardó en inclinarse para volver a apoderarse de ellos.

Otro beso de esos que me hacían perder el *sentío*, como decía la loca de Elena, pero cuánta razón tenía.

Y llegados a ese punto, incluso creí que se me acabaría cayendo la copa y haciéndose añicos.

—Alex —murmuré apartándome—. La copa.

—Dámela —extendió la mano que tenía libre y se la di.

Dejó ambas en la mesa que había a nuestra espalda, y regresó con un brillo en los ojos que no daba lugar a dudas sobre sus intenciones.

Me alzó en brazos por la cintura haciendo que le rodeara con las piernas por sus caderas, apoyando mis nalgas en la barandilla, y volvió a besarme mientras recorría despacio cada centímetro de cuerpo que encontraba con sus manos.

Le rodeé con ambos brazos y jugué con su cabello, ese que de suave que era me hacía cosquillitas en las yemas de los dedos.

Aquel beso unido al modo lento con el que se deslizaban sus manos por la piel erizada de mis muslos, hizo que gimiera al sentir una punzada de deseo en mi zona íntima.

Incluso juraría que él gimió en mi boca al escucharme, por no hablar de que noté cómo se movía haciendo que su entrepierna rozara la mía.

—Alex —jadeé entre besos, y no estaba segura de si era para pedirle que parara, o que siguiera.

—¿Quieres que pare? —preguntó y sentí sus labios en mi cuello, dejando suaves besos en esa zona— Dime, Jimena, ¿quieres pare?

No podía hablar, me mordí el labio inferior y dejé caer ligeramente la cabeza hacia atrás dándole mayor libertad de movimientos para que siguiera besando, lamiendo e incluso mordisqueando mi cuello. Me estremecía con cada nueva cosa que hacía y mi deseo, así como la excitación que empezaba a sentir, iban en aumento.

—Jimena, si no quieres que siga, si no quieres que pase nada esta noche, detenme, o te juro que yo no voy a poder hacerlo, pequeña —murmuró.

¿Quería que parase? ¿Era eso lo que quería? Dios, estaba bastante excitada en ese momento, como para querer que se detuviera.

—No, Alex, no quiero que pares —respondí al fin.

—Entonces prepárate, porque te voy a hacer ver las estrellas.

—Ya las he visto —reí.

—Muy lista tú —entrecerró los ojos mientras me cogía en brazos y caminaba de vuelta a la habitación—. En ese caso, señorita, le aseguro que va a tocar el cielo con las manos.

Noté la suavidad de la ropa de su cama en la espalda, me quitó las sandalias, se deshizo de sus deportivas y el polo dejando un torso perfecto ante mis ojos, como si lo hubieran esculpido en mármol. Se arrodilló en la cama y deslizó los dedos por mis muslos hasta alcanzar la tela de mis braguitas, esas que comenzó a quitarme despacio.

En cuanto las vi salir volando hacia alguna parte del suelo, me mordí el labio mientras Alex me separaba las piernas y se acomodaba entre ellas.

Sostuvo mi tobillo izquierdo con la mano y dejó un beso suave en él, subiendo poco a poco,

dejando un camino de besos hasta que lo sentí en mi zona íntima.

Tragué con fuerza mientras me agarraba a la cama con ambas manos en el momento en el que deslizó dos dedos entre mis pliegues, acariciando el clítoris despacio y haciéndome jadear.

Lo siguiente que hizo fue separar los labios vaginales dejando expuesto ese pequeño y sensible botón en el que sentí la yema de su pulgar haciendo fricción.

Otro jadeo por mi parte, y una suave risa por la suya.

—Oh, por Dios —gemí cuando lo que sentí sobre mi clítoris fue la punta de su lengua, al mismo tiempo que llevaba un dedo de la mano con la que no tocaba mi sexo al interior de mi vagina.

Y empezó a moverlo despacio, entrando y saliendo al mismo ritmo lento con el que su lengua jugaba sobre mi clítoris, haciendo que me estremeciera de pies a cabeza y que no dejara de jadear y gemir.

Fue aumentando el ritmo poco a poco, tanto con su traviesa lengua como con sus hábiles y juguetones dedos, llevándome hacia el orgasmo.

Casi sin darme cuenta yo misma estaba moviéndome en busca de ese placer que me hiciera estallar en pedazos al alcanzarlo, y fue lo que ocurrió apenas unos instantes después.

Grité mientras liberaba un orgasmo tan intenso como agotador después de tanto tiempo sin estar con un hombre, y cuando acabé sentí que Alex se movía. Abrí los ojos notando que me pesaban los párpados y tenía la vista ligeramente nublada por lo ocurrido, y vi cómo se levantaba para quitarse el pantalón y el bóxer, quedándose completamente desnudo.

Me pasé la lengua por los labios mientras mis ojos vagaban curiosos contemplando su cuerpo, su figura masculina y el tamaño de su miembro erecto.

Regresó a mi lado en la cama, me ayudó a quitarme el vestido y el sujetador mientras me besaba y acariciaba, y cuando me tuvo desnuda me estrechó entre sus brazos, besándome con una mezcla excitante de ternura y pasión.

Sentí su miembro palpar sobre mi sexo, gemí arqueando la espalda y moviendo las caderas dándole a entender lo que quería, y sonrió en mi boca.

—Tranquila, pequeña, que ahora mismo me sentirás ahí dentro —murmuró dándome un beso rápido.

Alargó el brazo y vi que abría uno de los cajones de la mesita, del que sacó un pequeño paquetito azul, lo rasgó y se arrodilló entre mis piernas para colocarse el preservativo.

Volvió a inclinarse sobre mí, acarició mi mejilla mientras rozaba su nariz con la mía, me dio un beso suave y sentí la punta de su miembro en mi entrada.

Poco a poco y mientras me besaba fue adentrándose en mi cuerpo, abriéndose paso despacio de modo que mi vagina, ese lugar que como decía Elena era una cueva inexplorada desde hacía meses, se fuera acostumbrando a la invasión, a la placentera invasión debía admitir.

Una fuerte embestida final y ambos gemimos cuando quedamos unidos por completo. Alex no se movió, seguíamos besándonos y notaba su mano entre mi cabello al igual que las mías recorrían despacio su fuerte espalda.

Sentí que comenzaba a moverse, lo hacía lentamente, entrando y saliendo sin prisa, dejando que nuestros cuerpos se acostumbraran a esa unión con la que ambos estábamos de acuerdo. Me estremecí cuando noté que se movía un poco más rápido y acabó por ir aumentando el ritmo poco a poco.

Y al igual que sus movimientos eran más rápidos y fuertes, mis gemidos también aumentaban de volumen, resonando en su habitación y mezclándose con sus suaves, pero varoniles jadeos.

Cogió mi pierna izquierda por la rodilla de modo que la pudo llevar alrededor de su cadera, se apartó de mí, apoyando la mano en la cama y mirándome fijamente a los ojos mientras seguía penetrándome una y otra vez, más rápido y fuerte, más profundo, moviéndose a un ritmo que me hacía temblar y estremecerme de pies a cabeza.

Mis manos bajaban tocando sus brazos, le daba algún leve apretón en ellos mientras arqueaba la espalda y lo sentía aún más, dejando caer la cabeza y cerrando los ojos gimiendo con más fuerza a cada minuto que pasaba.

Alex me miraba sin dejar de penetrarme, era como si con solo mirarme pudiera entrar en mi alma, en mi cabeza incluso, como si mis ojos le dijeran lo que no expresaban mis labios, penetrándome más y más fuerte cada vez.

Apreté con fuerza en sus brazos y noté que se clavaban ligeramente mis uñas en su carne, por lo que aflojé para no dejarle marcas.

Alex se inclinó devorando mis labios en ese momento mientras me penetraba una, y otra, y otra vez, con fuerza, con intensidad, profundamente y llenándose de él, hasta que sentí que me envolvía el placer y todo mi ser se dejaba llevar.

Él fue consciente de que estaba a punto de llegar al final, de que mi cuerpo se preparaba para esa nueva oleada de intenso placer y que el orgasmo me golpearía mucho más intensamente que la primera vez.

Se movía rápido, con penetraciones fuertes e intensas, apartó sus labios de los míos y apoyó su frente en mi hombro mientras jadeaba con un tono ronco, casi gutural, empujándose contra mí, adueñándose de mi cuerpo y de mi ser por completo.

Entraba y salía cada vez más rápido, consiguiendo que mi orgasmo fuera un hecho, y tal como había dicho, que sintiera que tocaba el cielo con las manos.

Me agarré con fuerza a él, clavando los dedos en su fuerte y ancha espalda. Grité preparándome para esa nueva sacudida que se acercaba, para un segundo intenso en una noche que, estaba segura, no iba a olvidar en mucho tiempo y que no estaba planeada para nada.

Alex se movió más y más fuerte, más rápido y profundo, y en apenas unos minutos los dos liberábamos al unísono ese orgasmo que nos había alcanzado con fuerza.

Nos quedamos abrazados, jadeando y agotados en la cama esperando a recobrar el aliento y recuperarnos de aquel intenso, excitante y placentero encuentro, hasta que noté un beso suave y tierno en el hombro.

—Creo que tendrás que quedarte a dormir —dijo y nos miramos—. Al final se ha hecho tarde —chascó la lengua.

—Esta era tu intención desde el principio, ¿verdad? —Entrecerré los ojos.

—No, no, palabra de abogado.

—Ya —sonreí, y se inclinó para besarme.

—De verdad me gustaría que te quedaras, Jimena —susurró mientras me acariciaba la mejilla y colocaba un mechón de cabello que se había escapado de mi coleta, tras la oreja.

—Pero me iré por la mañana —le advertí, jugueteando con mis dedos en su cabello.

—Después del desayuno, yo mismo te llevaré a casa, prometido.

—Más te vale que no me estés mintiendo.

—Nunca miento, pequeña —dejó un beso rápido en mis labios y se levantó para ir al cuarto de baño.

Me acomodé en la cama cubriéndome con la sábana y recostándome de lado, mirando hacia aquel balcón por el que entraba la luz de la Luna y una leve brisa, y no tardé en sentir a Alex metiéndose conmigo.

Pasó el brazo por mi cintura para rodearme, se pegó a mi espalda y me besó en el hombro antes de desearme buenas noches.

Yo jamás me había ido a la cama con un hombre en la primera, o en la segunda cita, pero Alex tenía algo que me atraía a él de un modo que no podía explicar.

Tal vez Elena tuviera razón y ya era tiempo de que nos dejáramos llevar y saliéramos con alguien.

Porque sí, no todos los hombres iban a ser igual de cabrones que había sido mi ex.

Capítulo 14



Noté un leve cosquilleo en la espalda y me removí en la cama, pero me encontraba tan relajada en ese momento, y tan cómoda, que no quería levantarme, aún no.

Pero ese cosquilleo seguía estando ahí, subiendo y bajando despacio. ¿Sería un insecto? ¿Una araña? Dios, me moriría si era así.

Abrí los ojos y al ver el cielo a través de las puertas de aquella terraza, recordé dónde había pasado la noche. En casa de Alex.

Un vistazo por encima del hombro y lo vi a él, concentrado mirándome la espalda, esa en la que parecía estar haciendo alguna figura o dibujo de líneas intrincadas con las yemas de los dedos.

—Buenos días —dije en un susurro y un tanto somnolienta.

—Buenos días, pequeña —me miró y se le dibujó una preciosa sonrisa en los labios—. ¿Has dormido bien?

—Sí, tienes un colchón muy cómodo.

—Vaya, y yo que pensaba que había sido por la compañía —chasqueó la lengua.

—Te voy a confesar algo —me giré y noté su mano deslizándose por mi cintura y el vientre hasta que me rodeó por completo con el brazo y me pegó a él—. Cuando duermo, no me entero de nada —jugué con los dedos entre su cabello.

—¿De nada?

—Absolutamente de nada. Ya puede llover, tronar, producirse un terremoto o que llegue el Apocalipsis, que no me despierto. Mi padre dice que soy un caso digno de estudio —reí—. Eso sí, antes de que suene el despertador, ya tengo los ojos abiertos.

—Interesante. O sea, que podría hacerte cosquillas mientras duermes, y seguirías dormida.

—Sí. Ahora me he despertado porque debe estar cerca la hora en la que me levanto los fines de semana.

—Estoy de suerte entonces —se inclinó y sentí sus labios sobre los míos, esos que notaba ligeramente hinchados por los besos de la noche anterior, y algo me decía que... sí, aquel hombre se había despertado juguetón.

Deslizó la mano por mi costado hasta alcanzar mi pecho desnudo, lo cubrió con ella y lo masajeó despacio, con suavidad, pasó la palma por el pezón a modo de fricción y consiguió que este se pusiera erecto mientras un escalofrío de placer atravesaba mi cuerpo entero.

Dio un leve mordisquito en mi labio inferior y bajó dejando besos por mi barbilla y cuello hasta que sentí la punta de su lengua en el pezón. Gemí ante aquello y arqueé la espalda.

Alex se llevó el pecho a la boca y comenzó a succionar y morder el pezón tirando de él y provocándome leves gritos de placer.

Noté que bajaba su mano por el costado hasta adentrarla entre nuestros cuerpos, separó mis labios vaginales con dos dedos y comenzó a jugar con el pulgar haciendo fricción en el clítoris.

De lo más profundo de mi ser salía un gemido tras otro, y mi cuerpo se estremecía y temblaba bajo el tacto de Alex. Me penetró con un dedo y yo misma comencé a moverme en busca de más placer.

Y lo encontré, porque él decidió darme lo que mi cuerpo le pedía y aumentó el ritmo de sus penetraciones al tiempo que seguía jugando con el pulgar.

Sentí la punta de su lengua deslizándose desde el pezón hacia el vientre, bajaba despacio y terminó por separar aún más piernas hasta que su rostro quedó sobre mi sexo. Me miró con esos iris marrones con esas motitas ámbar, brillantes por el deseo, y sin apartar la mirada vi cómo abría la boca y comenzaba a deslizar la lengua hacia afuera, inclinándose hasta lamer mi clítoris.

—Oh, por Dios —gemí con ambas manos sobre sus hombros.

Alex siguió lamiendo y mordiendo mi clítoris alternadamente mientras sentía cómo me penetraba con dos dedos. Mis gemidos pasaron a ser gritos desesperados por la necesidad de liberar el orgasmo, y ese momento no se hizo mucho más de rogar.

El escalofrío que me recorrió de pies a cabeza cuando liberé el clímax, hizo que me erizara por completo mientras gritaba y me movía de manera casi desenfrenada.

Cuando la oleada de placer se fue disipando, sin que Alex dejara de lamer mi clítoris con ansia, lo miré y él seguía con los ojos fijos en mí, con ese brillo que me decía cuánto me deseaba y lo mucho que disfrutaba dándome placer.

Se retiró tras darme un beso en la parte interna del muslo, fue gateando despacio hasta colocarse sobre mí y me besó mientras me acariciaba la mejilla.

Cogió un preservativo del cajón de la mesita, me pidió que me pusiera de rodillas y me sujetara con ambas manos al cabecero y lo hice mientras se colocaba la protección. Me besó el hombro mientras con un brazo me rodeaba por la cintura, y así comenzó a penetrarme.

Ambos gemimos al sentir que había llegado a lo más hondo de mi ser, y mientras entraba y salía con un ritmo rápido y fuerte, me besaba el cuello y el hombro al tiempo que sus manos masajearan mis pechos y pellizcaba los pezones tirando de ellos hasta hacerme gritar.

Nos movíamos al unísono, él penetrándome y yo en busca de esas embestidas que me hacían estremecer y gemir de placer. Le miré por encima del hombro, llevé la mano a su mentón, lo acaricié con los dedos y lo atraje hacia mí para besarlo.

Alex gimió en mi boca, seguimos moviéndonos de manera rítmica y sincronizada, hasta que comenzó a penetrarme mucho más rápido y fuerte mientras me agarraba por las caderas.

Pronto sentí ese estremecimiento que predecía al éxtasis, volví a llevar mi mano hacia el cabecero de la cama para sujetarme con todas las fuerzas de las que disponía, y Alex se dejó llevar de tal modo, que los dos gemíamos y gritábamos moviéndonos de manera frenética.

Liberamos el clímax instantes después, él seguía penetrándome y yo moviendo las caderas yendo al encuentro de esas últimas embestidas, hasta que ambos nos fuimos deteniendo poco a poco y nos quedamos allí, de rodillas y jadeando bañados en sudor y envueltos por el calor que desprendían nuestros cuerpos.

—No sé a ti, pero a mí el ejercicio me ha dado hambre —dijo, y noté que me daba un mordisquito en el hombro.

—¿Y piensas comerme a mí? —Arqueé la ceja.

—Lo haría gustoso una vez más, puedes estar segura de ello —me dio un beso en los labios y cuando se apartó, noté un azote en la nalga—. Vamos, a la ducha y a desayunar.

—Debería irme a casa, Alex.

—No vas a salir de aquí hasta que desayunes, así que, andando.

Acabamos duchándonos juntos, compartiendo besos mientras nos deleitábamos con la vista sobre el cuerpo del otro y lo tocábamos con ambas manos, nunca antes una ducha me resultó tan placentera.

Nos vestimos, en mi caso con la ropa que había llevado la noche anterior, y me llevó hasta la cocina donde hizo que me sentara en uno de los taburetes mientras él preparaba el desayuno.

Café, zumo de naranja recién exprimido, tostadas y un poco de fruta troceada.

—Vaya, esto es como el buffet de un hotel —sonreí.

—Ya sabes lo que dicen, el desayuno es la comida más importante del día.

—Y tú te lo tomas a pecho, desde luego.

—Solo los fines de semana. Cuando toca trabajar, me tomo un café rápido y una tostada, y salgo casi corriendo.

—Yo a veces solo el café, pero porque voy a desayunar en la cafetería con Elena.

En ese momento me llegó un mensaje de ella y sonreí al ver su nombre.

Elena: *Buenos días, cariño. ¿Qué tal fue tu cita de anoche? Cuéntame todo, no omitas ningún detalle.*

Jimena: *Buenos días. ¿Y si empiezas por contarme tú? Pensé que lo harías por la tarde, puesto que lo tuyo era una comida y lo mío, una cena.*

Elena: *Digamos que la sobremesa después de comer se alargó un poco tomando café y hablando, y al final fuimos a cenar a su casa y... Acabo de terminar de vestirme, estoy en su habitación. Vamos a desayunar y me llevará a casa.*

Jimena: *Yo estoy desayunando con Alex, y después me lleva a casa.*

Elena: *¿Estás en su casa? Nena, eso sí que no me lo esperaba. ¿Qué tal fue la noche? ¿Sudorosa, excitante y apasionada?*

Jimena: *Exactamente igual que cuando he despertado.*

Se me dibujó una sonrisa en los labios, y noté los brazos de Alex rodeándome la espalda.

—Así que ella ha dormido en casa de Víctor —sonrió.

—Eso parece —lo miré por encima del hombro.

—Habrá que organizar una cena de parejas, yo tengo que celebrar que él, al fin ha conseguido ablandar a tu amiga, que me ha dado dos años que para mí se quedan.

—Tranquilo, que ella también. No dejaba de hablarme de él, que si era un insistente, que si no lo aguantaba —reí—. Pero en el fondo yo sabía que un poquito tenía que gustarle.

El móvil de Alex empezó a sonar, lo cogió y me ofreció una disculpa pues tenía que atender la llamada, dijo que era un cliente suyo.

Y mientras él hablaba en el despacho, yo seguí mensajeándome con Elena, contándonos cómo nos había ido en nuestras respectivas citas con ese par de abogados.

—Pequeña, tengo que irme, me ha surgido trabajo —dijo Alex, regresando a la cocina.

—Oh, claro, no te preocupes, me iré a casa en taxi.

—¿Qué? No, de eso nada, te llevo yo, tengo tiempo.

—No quiero retrasarte, Alex —contesté mientras recogía las cosas del desayuno para meterlas en el lavavajillas.

—Que te quede claro —me rodeó por la cintura con el brazo pegándome a él—: tú vas antes que nadie, ellos pueden esperar —y me besó.

Aquellas palabras me hicieron sentir que era especial para él, aunque también podía ser que, como un buen amante, se preocupaba de dejar a sus conquistas en casa sanas y salvas después de haberse acostado con ellas.

Salimos de su casa y subimos al coche después de que cogiera el maletín de trabajo, condujo con la mano entrelazada a la mía y ambas descansando en mi rodilla hasta y una vez en la puerta de mi edificio, paró y me dio un beso en los labios.

—Te llamo en estos días para comer, ¿de acuerdo? —dijo.

—Claro —sonreí al tiempo que asentía abriendo la puerta.

—Jimena —me cogió la mano para evitar que saliera, y volví a mirarlo—. Gracias por esta noche.

Me sonrojé hasta la punta de las orejas y fui incapaz de decir una sola palabra, tan solo sonreí y asentí de nuevo.

Bajé del coche y se alejó para ir donde fuera que lo necesitaran, pues así era nuestro trabajo, en cualquier momento podían llamarnos requiriendo nuestros servicios.

Entré en casa, me cambié de ropa y me dispuse a poner algunas lavadoras y preparar pasta con salsa boloñesa para comer, cuando sonó mi móvil y vi que era una videollamada de mi padre.

—¡Hola! —saludé con una amplia sonrisa.

—Hola, mi niña, ¿cómo estás? —preguntó él, y vi que tenía el mar de fondo, estaba en la terraza de la casa que había alquilado.

—En casa, a punto de ponerme a hacer la comida.

—Te veo muy sonriente, ¿qué motivos hay?

—¿No puedo estar feliz de ver a mi padre? Te recuerdo que llevas dos semanas fuera.

—Así que me echas de menos, vale —rio—. Yo también te extraño, mi niña. Estoy deseando volver y darte un abrazo.

—Yo también, papá. ¿Cómo está Minerva?

—Preparándose para irnos, he alquilado un barco y no lo sabe.

—Pues verás qué sorpresa se lleva.

—Eso espero. ¿Qué tal en el bufete?

—Todo bien, tranquilo. Cuando regreses verás que continúa todo en su lugar.

—Vale, me alegro de saberlo. El próximo lunes me incorporo al trabajo.

—Lo sé. Regresáis el sábado después de comer, ¿verdad?

—Así es.

—¿Quieres que vaya a recogeros al aeropuerto?

—No, cariño, cogeremos un taxi e iremos directos a casa, necesitamos descansar ese día y medio para empezar la semana con fuerza. Y si vienes, acabaremos llamando a tus hermanas para que vengan a casa y tomar café con las tres, prefiero que nos veamos para comer el lunes.

—Vale, entonces me despreocupo y así descanso yo también antes de la fiesta.

—¿Vas a una fiesta?

—Sí, el sábado por la noche. David, ese amigo tuyo abogado.

—El padre de Alex —sonrió, dándome a entender que intuía algo.

—Ese. Pues resulta que su hija pequeña, Daniela, es influencer y amiga de Sofía y Lorena, y nos invitó a ir a la fiesta que da su padre todos los veranos, tú has ido a alguna de ellas, lo recuerdo de cuando era más pequeña.

—Sí, sí que he ido sí. De hecho, me invitó a esta también, pero le dije que era justo cuando regresaba de la luna de miel y no podría ir. Quedaré con él para tomar café un día, o para invitarlo a cenar con Minerva y conmigo.

—Amor, ya estoy lista —escuché la voz de Minerva y no tardé en verla—. Ay, Jimena, hola cariño —sonrió—. Qué guapa te veo, ¿te has hecho algo en el pelo?

—No —reí.

—Yo creo que es porque esta noche ha debido de dormir mejor —comentó mi padre, y ahí sí que confirmé que intuía algo de lo que pasaba con Alex.

—Bueno, os dejo que disfrutéis de vuestro día —dije, notando cómo empezaban a arder mis mejillas.

—El lunes nos vemos para comer todos juntos, ya se lo diré también a tus hermanas —comentó Minerva.

—Vale. Hablamos en estos días, adiós —me despedí de ellos con un leve gesto de la mano.

—Adiós, cariño. Te quiero —dijo mi padre.

Me conocía de sobra, y estaba segura de que sospechaba algo, aunque no me lo hubiera dicho.

Dejé el móvil en la encimera y preparé la comida, con la idea de pasar el resto del día en el sofá viendo la televisión y descansando, no sabía por qué, pero tenía la sensación de que la semana que iba a empezar, vendría cargada de trabajo y de alguna que otra pequeña sorpresa.

Capítulo 15



Esa mañana de lunes llegué al juzgado a primera hora pues tenía la vista del juicio de una de las chicas que había pasado por la casa de acogida de Camila. Incluso ella estaría allí para apoyarla.

Era una mamá joven de solo veinticuatro años con un hijo de cuatro a su cargo, quien había pasado por todo un calvario desde que nació el pequeño, pero como muchas otras mujeres en estos casos, no había denunciado pensando que todo se calmaría.

Hasta que una noche en la que él llegó a casa bastante pasado de copas, creyó que acabaría con su vida y la del niño y dijo basta.

Entré en los juzgados y la encontré con Camila y su tía, la única de la familia que quiso creerla, puesto que su ya expareja se mostró siempre muy encantador con su madre y consiguió ganarse a su padre.

—Buenos días —saludé sonriendo.

—Jimena, buenos días —Camila me dio un abrazo.

—¿Qué tal, Miriam? ¿Cómo te va? —le pregunté a la chica.

—Bien, gracias —sonrió—. No ha incumplido la orden de alejamiento en estos meses, y quiero acabar ya con esto.

—Voy a ver si está lista la sala y os aviso —dije, y las tres asintieron.

Fui hacia la puerta que teníamos a unos pasos, llamé con un par de golpecitos y al abrir encontré a la secretaria preparando todo.

—Jimena, en diez minutos es toda vuestra.

—Perfecto, gracias.

Regresé con ellas, se lo comenté y repasamos todo lo que tenía del caso. Informes médicos, el

parte de lesiones donde se podían ver las fotos de los moratones que aún ni siquiera habían desaparecido de las últimas veces que la golpeó días antes de aquella noche en la que se fue de casa y puso la denuncia, y los nombres de los vecinos que estaban dispuestos a hablar de lo que escuchaban cuando se producía una nueva discusión.

Vimos llegar a su expareja con el abogado y para sorpresa nuestra, los padres de Miriam también estaban allí.

Carolina, su tía, miró a la hermana con tanta rabia que se podía percibir en el ambiente, pero la madre de Miriam pasó como si la cosa no fuera con ella.

—Creo que van a hablar mis padres —dijo Miriam.

—Pues que hablen todo lo que quieran, hija —le contestó Carolina—. Tu madre no vería lo que te hacía ese desgraciado, pero tus vecinos escucharon todo. No entiendo cómo pueden ponerse de parte de él y no de su propia hija, es que no puedo con tus padres, de verdad.

—Ya sabes cómo son, el qué dirán y esas cosas. Y él siempre fue el favorito de mi padre en la empresa.

Ahí estaba la clave de todo, para los padres de Miriam su yerno era tan bueno que seguramente dirían que sudaba agua bendita, pero era tan vil y salvaje como no podrían llegar a imaginar.

La puerta de la sala se abrió y fuimos entrando todos. Camila y la tía de Miriam se sentaron en uno de los bancos de la parte donde estábamos nosotras, y los padres de ella en la parte de su expareja.

Por lo que sabía de él, perdió a sus padres hacía años, era el único hijo del mejor amigo del padre de Miriam y al final el roce hizo el cariño al punto de que se enamoraron, pero del amor a los golpes pasaron solo unos meses.

La jueza, a quien conocía bien porque había llevado otros muchos casos míos, tomó asiento y poco después empezamos con aquella vista.

Le expuse las pruebas, las vio con detenimiento al igual que el abogado de la expareja, quien miraba a su cliente con esa cara de incredulidad total porque hasta ese momento no había visto las fotos de la noche de la última paliza como tampoco las que Miriam se había hecho con anterioridad cuando su tía la animó a poner fin a esa relación.

En casos como estos sabía lo difícil que tenían mis compañeros de profesión defender lo indefendible, solo que con el aire de prepotencia que tenían el denunciado y los padres de mi clienta, no me quedaba duda que no querrían ponérselo fácil.

—Señoría, como puede ver, la pareja de mi clienta no solo se excedió aquella noche, sino que lo había hecho con anterioridad. Ella trató de buscar ayuda en su familia —miré a la madre, que volvió la cara como si la cosa no fuera con ella—, y no la encontró. Cansada de los golpes, los desprecios y los gritos, así como de las palabras de sus progenitores, y cito según consta en la

denuncia —cogí el papel y leí—: el matrimonio a veces es así, hija, hay que soportar lo que venga y tirar juntos en una misma dirección, una bofetada no es nada del otro mundo. ¿Acaso crees que tu padre no me dio nunca una? —Miré a los padres y después a la jueza— Disculpe mi atrevimiento, señoría, pero eso no es lo que define al matrimonio.

—Desde luego que no, letrada —contestó ella, dejando el papel sobre su mesa—. Nadie es dueño de nadie y no tiene que soportar vejaciones como esa. Letrados, les informo que con las pruebas que tengo...

—¡Es inocente! —gritó la madre de Miriam, y noté cómo ella se tensaba a mi lado— Jamás vimos un mal gesto suyo para con mi hija, siempre fue cariñoso, le dio lo que quería, la cuidaba.

—Señora, le ruego que se siente —le pidió la jueza.

—Es una desagradecida —dijo él—. Nunca me vio como el hombre al que amar, era como si...

—Letrado, le aconsejo que controle a su cliente y a esa señora, o los denuncie a todos por desacato.

—¿No ves el daño que estás haciendo a tu marido y a tu familia? —gritó la madre acercándose a ella, pero por suerte el vigilante que teníamos la detuvo— No te criamos así, lo hicimos para que fueras una esposa devota y fiel.

—¿Como tú, mamá? —murmuró mirándola— ¿Querías que fuera una mujer callada y que me aguantara con los golpes? Pues no, no puedo hacer eso porque aprecio mi vida y la de mi hijo.

—Esa es otra, pienso luchar para quitarte el niño —soltó su madre.

—No te atrevas, mamá, porque no quiero una pelea con vosotros.

—Orden, por favor —pidió la jueza.

—Miriam, cálmate —le pedí y volvió a sentarse—.

—Bien, tengo pruebas suficientes aquí como para no hacer juicio y dictaminar sentencia — escuchamos a la jueza y se hizo el silencio, incluso la madre de Miriam abrió los ojos y la boca con incredulidad—. Señora, usted y su marido no verían nunca lo que su yerno le hizo a su hija, pero tengo varias declaraciones de vecinos que aseguran que los gritos, los insultos y los ruidos de cosas rompiéndose, así como el llanto de su nieto, no se los inventaba, y tampoco se hacía ella misma los moratones que algunos de esos vecinos pudieron ver días después de la discusión. La orden de alejamiento sigue en pie, el divorcio surtirá efecto esta misma mañana, le condeno a un año de prisión sin posibilidad de fianza ni revisión de condena, y al pago de una indemnización para ella de veinte mil euros que deberán ser depositados en este juzgado como fecha límite, el viernes. Y a usted, señora, le aconsejo que no intente quitarle a su hija la custodia del niño, porque con los antecedentes del padre y los suyos propios, no se la darán.

Sonreí, Miriam tenía los ojos vidriosos y le di un apretón en la mano antes de recoger todo para

irnos.

Mientras salíamos por la puerta las cuatro, la madre seguía protestando y diciendo que había arruinado la vida de un buen hombre, y a mí no me cabía en la cabeza que una madre diera así la espalda a su hija.

La jueza pedía orden y como no se calmase esa mujer, acabaría detenida.

Me despedí de ellas quedando con Camila en vernos pronto, y tras pasar por la secretaria del juzgado para pedirles que por favor me notificaran cuando el demandado hubiera hecho el depósito de la indemnización, fui hacia la calle para coger el coche.

Llegué al bufete, saludé a Gloria y fui directa al despacho donde encontré un jarrón con unas rosas.

Cogí la nota y sonreí al leer que eran de Alex.

«Elena me ha dicho que tenías un juicio a primera hora. Espero que haya ido bien. Alex»

Eran preciosas, rojas y anaranjadas, y estaban dejando un delicado aroma en el despacho.

Me senté, encendí el portátil y revisé el correo que me habían dejado en la mesa, algunas cartas eran para mí y otras para mi padre, así que seleccioné las suyas para llevarlas al despacho.

Una de ellas me llamó la atención, no tenía remitente y eso era extraño. Abrí el sobre, saqué el papel cuidadosamente doblado y leí el contenido quedándome completamente en shock.

«Hola, abogado. ¿Me echabas de menos?»

Han pasado algunos años, pero yo no me he olvidado de ti, ni de la condena que me pusiste, ni de cómo llevaste a toda mi gente tras las rejas.

Si creías que podías acabar conmigo, lamento decirte que te equivocabas, como bien sabes, la gente como yo nunca está eternamente en la cárcel. Así que...

Sorpresa, abogado, he salido, y a modo de consejo, mantén siempre vigilada tu espalda.»

Sentí un escalofrío recorriéndome de pies a cabeza. ¿Quién había mandado aquello? No tenía remitente y tampoco sello. ¿Cómo diantres llegó la carta al bufete?

Con la nota doblada y el sobre en la mano, fui hacia la recepción donde se encontraba Gloria para preguntarle.

—Gloria, ¿quién ha venido hoy además del cartero? —pregunté.

—¿Pasa algo, Jimena?

—Respóndeme, por favor.

—Pues... un mensajero con un sobre con una documentación para Luisa y otro para Saúl, el repartidor de la floristería que ha traído tu ramo, y algunos posibles clientes que querían concertar una cita.

—¿Nadie más? Por Dios, Gloria, haz memoria.

—Jimena, ¿qué es lo que pasa?

—Alguien ha tenido que dejar este sobre en la bandeja del correo sin que te dieras cuenta —levanté el sobre—. No tiene remitente, no tiene sello, y solo aparece el nombre de mi padre, y del bufete con la dirección.

—No ha podido ser ninguno de los clientes, no los he perdido de vista, te lo aseguro.

—¿Y no ha entrado nadie más?

—Mientras yo estaba aquí, no. Quizás quien sea que la ha dejado llegó cuando fui a dejarte las flores en el despacho.

—Joder, es una posibilidad, sí —me pasé la mano por la frente.

—¿Qué contiene esa carta, Jimena?

—Si te soy sincera, no lo sé, y eso que la he leído. Voy a llamar a mi padre. Por favor, Gloria, estate muy atenta a cualquier persona que entre aquí y que creas que puede ser un poco sospechosa.

—Claro, si veo a alguien, te aviso.

—Pero no solo hoy, cualquier día.

Ella asintió, y yo regresé al despacho para llamar a mi padre, pero me entró una llamada de una de mis clientas y no tuve más remedio que aplazar esa conversación.

Capítulo 16



Después de varias llamadas y enviar algunos e-mails, me quedaba libre al fin para llamar a mi padre.

Sabía que aquello podría estropear sus últimos días de luna de miel, pero necesitaba hablar con él y ponerlo al corriente de lo que había pasado.

Tras un par de todos, su voz me saludó con tono sonriente al otro lado de la línea.

—Hola, cariño.

—Hola, papá. ¿Te pillo bien?

—Sí, estoy esperando a que Minerva se arregle para salir a comer y dar un paseo. ¿Ha pasado algo en el bufete?

—Pues la verdad es que sí, papá —suspiré mientras miraba la carta que tenía en mi escritorio.

—¿Qué pasa, hija?

—Te han enviado una carta.

—De Hacienda, seguro, estamos en fecha —dejó salir una leve risa.

—No, papá, no es de Hacienda. Ni siquiera sé quién la ha enviado.

—¿Cómo qué no?

—No tiene remitente, y tampoco sello. Solo viene tu nombre, el del bufete y la dirección. Alguien la ha dejado en recepción, en la bandeja del correo, sin más.

—¿Quién?

—No lo sé. Gloria me ha dicho que aparte del cartero, han venido un mensajero, un repartidor, y

algunos clientes para concertar citas.

—¿Y no se ha dado cuenta de que dejaban ese sobre?

—Creemos que fue cuando se ausentó un momento.

—¿Qué pone en esa carta, Jimena? Porque no me estarías llamando si no fuera algo importante.

Suspiré y leí cada palabra que quien fuera el responsable había escrito. Se me encogió el corazón de nuevo al leer aquello que, bajo mi punto de vista, era una amenaza.

—Seguro que tiene que ser una broma que ha querido gastarme alguien.

—¿Una broma, papá? ¿En serio? A mí no me lo parece, ¿sabes?

—Tengo varios colegas que suelen gastar bromas, así que no le des mayor importancia.

—Papá, has conseguido que los jueces lleven a la cárcel a suficientes criminales como para que esto que tengo en la mano, sea considerada una amenaza.

—Jimena, hazme caso, no te tomes en serio ni una sola de esas palabras. Cuando me incorpore al trabajo el lunes, verás como no es más que una broma de alguno de mis colegas, ahora que me he casado.

—Pero...

—Cariño, no tienes que temer nada, te lo prometo.

—Si tú lo dices —suspiré.

—Tengo que dejarte, Minerva ya está aquí —la escuché murmurar algo y él se echó a reír—. Te manda un beso, cariño.

—Dale otro a ella. Te quiero papá.

—Y yo, mi niña.

Colgamos, y miré aquella carta durante unos segundos más. Por mucho que mi padre me asegurara que debía tratarse de una broma de alguno de sus conocidos, yo no podía verlo así.

Volví a meterla en el sobre y la guardé en mi bolso, recogí todo y apagué el ordenador para marcharme, había quedado a comer con Elena.

Llegué a la cafetería donde me esperaba con un poco de retraso porque había un pequeño atasco en una de las calles, un repartidor había pinchado la rueda y estaba en todo en medio cambiándola.

—Ya creí que no venías —dijo cuando le di un beso en la mejilla, y le expliqué lo ocurrido—.

He pedido la comida para ambas.

—Vale, mejor porque no estoy para decidirme entre varios platos. ¿Qué vamos a comer?

—Pues vamos a compartir unas croquetas, unos huevos rotos con jamón y pescado al horno.

—Vamos, que de aquí a la clase de zumba lo mismo llegamos rodando.

—No, lista, porque luego vamos al centro comercial —me hizo una burla con la lengua.

En ese momento nos sirvieron la comida que ella había pedido y nos dispusimos a comer.

Elena me hablaba de su cita con Víctor y yo quería prestar atención a sus palabras, de verdad que sí, pero no podía dejar de pensar en la carta que llevaba en el bolso.

Por mucho que mi padre quisiera convencerme de que era algún tipo de broma, eso no se lo creería nadie.

¿Quién podría haberla enviado, y por qué?

Vale, sí, el motivo estaba claro, era una amenaza para nada sutil de que cuando menos lo esperase podría pasarle algo, pero de la larga lista de posibles responsables ¿quién querría asustarnos así?

—Y me ató con unas esposas al cabecero de la cama, me puso una mordaza en la boca, comenzó a penetrarme con un vibrador de dimensiones descomunales, y a darme azotes con una pala de madera con pinchitos.

—Ajá —contesté mientras cogía un pedazo de comida que llevarme a la boca.

—Pero eso no fue todo, nena, cuando menos lo esperaba, se unió un amigo suyo a la fiesta, y me follaron entre los dos. Ahí estaba yo, en brazos del abogado que me daba estocadas por delante, con el amigo dándomelas por detrás.

—Ajá —movía la comida en el plato, y entonces—. Espera, ¿qué acabas de decir? —exclamé con los ojos muy abiertos.

—Coño, al fin reacciones, ya pensaba que me iba a tener que inventar que habíamos hecho una orgía con otros dos o tres más.

—Elena, ¿qué me estás contando? ¿Tú has dejado que ese hombre te hiciera...?

—Jimena, no pasó nada de eso, pero no me estabas escuchando, y prueba de ello es que ni reaccionaste al oír lo de las esposas y la pala azotadora —volteó los ojos—. ¿Dónde estabas hace unos minutos?

—Lo siento, es que tengo la cabeza en otra parte.

—¿De verdad? No me digas, no me había dado cuenta —resopló—. ¿Qué te pasa? ¿Tan mal fue con Alex el sábado?

—No, no es por eso. Es que... —por un momento dudé en si contarle a mi mejor amiga o no lo que me tenía con la cabeza perdida, pero ella también era parte del bufete y en algún momento se acabaría enterando, así que mejor si lo hacía ahora.

Empecé a hablar de la carta, le dije que Gloria no sabía quién podría haberla dejado allí, y se la enseñé tras comentarle que mi padre lo veía como una broma de algún colega de los juzgados.

—Si esto es una broma, yo vuelvo a ser virgen, ya te lo digo —me devolvió la carta—. ¿De verdad tu padre cree que alguien le gastaría una broma así? ¿Qué clase de conocidos tiene? Mira, a mí se me han puesto los pelitos de punta de pensar que pueda pasarle algo. Lleva treinta años como abogado, ha metido entre rejas a una larga lista de delincuentes y eso —señaló el sobre que estaba guardando en mi bolso— tiene toda la pinta de que sí es de alguno de ellos. La cuestión es saber quién.

—Pues eso pensaba yo. Pero, ¿y si tiene razón y no es más que una broma?

—Si es así, te aseguro que si me encuentro al responsable le hecho una maldición con dos velas negras, que está con diarreas fuertes un mes. Ahora, si es una amenaza de verdad...

—Mi padre tiene que vigilar su espalda —acabé por ella.

—Y mucho, ya sabes que esa clase de gente no se anda con chiquitas ni tonterías. Que, si te quieren dar pasaporte, basta con que se te acerque uno por detrás y —se llevó el dedo índice al cuello y sacó la lengua mientras se lo pasaba simulando ser un cuchillo.

Sonreí porque con ella no podía no hacerlo, aquello de lo que estábamos hablando era un tema serio, pero Elena siempre había sido experta en quitarle hierro a esos asuntos.

Seguimos comiendo y dejando el tema de la carta a un lado mientras me contaba, ahora sí, su maravilloso sábado en compañía de Víctor, y la noche que tuvieron en su casa. Se me pasó por la cabeza que si aquello había sido cosa de alguno de los criminales que mi padre consiguió meter en la cárcel, tal vez pudiera tener la ayuda de alguien que le conociera bien y que hubiera conseguido pasar desapercibido para entrar en el bufete, acercarse a la mesa de recepción cuando no estaba Gloria, y dejar el sobre en la bandeja del correo.

Preferí olvidarme de ese asunto y seguí escuchando a Elena, le conté mi cita con Alex, y se emocionó cuando le dije que me había enviado rosas al bufete esa mañana.

Después del café fuimos al centro comercial, echamos un vistazo en algunas tiendas y tomamos un batido de frutas antes de ir al gimnasio a nuestra próxima clase de zumba.

—Buenas tardes, chicas, ¿estáis listas? —preguntó Nadia, cuando entró en la sala al vernos a todas allí, charlando.

—Sí, y a ver si hoy la cosa es más relajadita, que salgo de aquí como Rambo —contestó Elena.

—Agua con azúcar para las agujetas, ya lo sabes, Elena.

—Si no tengo agujetas, Nadia, pero las piernas me tiemblan como si hubiera estado horas subida a una plataforma vibratoria. Que digo yo, ¿no podrías ponernos hoy un vals, o una melodía así de música clásica?

—Para que os quedéis dormidas —rio Nadia—. Venga, todas en posición. Vamos con el calentamiento, chicas.

“Un, dos, tres, un pasito pa’lante María. Un, dos, tres, un pasito pa’trás...”

—Pues empezamos bien, de tranquila nada, me da a mí, ¿eh? —rio Victoria.

No fue tranquila, no.

Capítulo 17



La semana había pasado entre citas con clientes, visitas a los juzgados, conversaciones de mensajes con Alex, y algunos días desayunando con Elena y hablando de la fiesta a la que iríamos al día siguiente.

También vimos a mis hermanas a quienes acabamos contándoles que habíamos salido con ese par de abogados y que el propio Alex me invitó a ir a la fiesta.

Llamé a mi padre el martes por la mañana desde el bufete y ayer jueves por la noche para ver cómo estaba y así me aseguraba de que no le hubiera pasado nada.

Porque sí, no iba a negar que estaba de los nervios con el tema de la carta sin saber quién la había dejado allí y quién la había escrito, dado que no podía ser la misma persona.

Ningún delincuente que se preciara cometería la torpeza de ir a dejar el mismo una carta con amenazas.

Seguía dando vueltas a ese asunto y no conseguía quitármelo de la cabeza.

Estaba en el despacho, eran las once y media y acababa de hablar con el juzgado que me había llamado para confirmar que el abogado del ya exmarido de Miriam, la chica con la que tuve el juicio el lunes temprano, había hecho el depósito del dinero de la indemnización en el juzgado y necesitaban el número de cuenta de ella para poder hacerle la transferencia, se lo di y la llamé para notificárselo, me dio las gracias de nuevo por haberle llevado el caso sin cobrar nada.

Colgué con una sonrisa en los labios y me sobresalté al escuchar una voz que reconocería en cualquier parte.

—Esa es la sonrisa más bonita que he visto en mi vida —miré hacia la puerta y me sonrojé al ver a Alex con una mano en el bolsillo del pantalón y sosteniendo el maletín con la otra.

—Alex, ¿qué haces aquí? —pregunté levantándome, se acercó al escritorio y noté que me temblaban las piernas cuando me rodeó por el brazo atrayéndome hacia él para besarme.

Y qué beso, madre mía, de esos que Elena veía en la tele y decía que seguro que te dejaban con la mente en blanco.

—Quería verte, y acabo de salir de una reunión con un cliente que tengo en las oficinas de enfrente.

—Oh.

—¿Cómo estás, pequeña? —susurró mientras me colocaba un mechón de cabello tras la oreja.

—Bien, contenta porque el juicio del lunes fue bien y hoy por fin lo damos por terminado —sonreí.

—Me alegro. ¿Quieres tomar un café? Tengo tiempo hasta mi próxima cita.

—Vale, sí, podemos ir a la cafetería de abajo.

—Suenas bien —susurró de nuevo y volvió a besarme.

Noté que dejaba el maletín sobre mi escritorio, sentí su mano en la nalga bajando despacio y acabó agarrándose por el muslo hasta hacer que le rodeara con la pierna, de modo que la falda se me subió un poco.

Alex me acariciaba la piel desnuda del muslo pasando por debajo de la tela y noté que mi cuerpo se estremecía. Apoyé ambas manos sobre su pecho, deslizándolas despacio por la tela de la camisa y notando el calor que emanaba de él, así como el modo en el que latía su corazón, con tanta fuerza como lo hacía el mío propio en ese instante.

—Alex —gemí en su boca cuando se apartó un poco para besarme el cuello.

—Dime que aquí que no nos molestará nadie, pequeña —murmuró mientras me mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

—Si cierro la puerta, no —dije entre jadeos.

Bajó mi pierna de nuevo al suelo y cuando se apartó, tuve que apoyarme en el escritorio para no caerme, ese hombre tenía la capacidad de hacer que mi cuerpo temblara como una hoja movida por el viento y que se me nublara la razón.

Regresó a mi lado, volvió a besarme con intensidad y pasión antes de hacerme girar y que me inclinara sobre el escritorio con las manos apoyadas en él, levantó la falda, me quitó la braguita y comenzó a besarme la pierna subiendo poco a poco hasta que noté que me las separaba y lamía mi sexo.

—Oh, Dios —gemí tan bajo como pude, no era plan que me escucharan.

Siguió lamiendo unos minutos más y escuché cómo se desabrochaba el pantalón, se irguió

quedando a mi espalda y me penetró.

—Ah, Alex —jadeé.

—Shhh, no queremos que sepan lo que está pasando aquí, pequeña —dijo sosteniéndome la barbilla y me besó mientras comenzaba a penetrarme con fuerza, rápido y profundo.

Se me debía haber ido la cabeza sin duda alguna, porque jamás había hecho eso en mi despacho, pero claro, ese rubio de ojos marrones y motitas ámbar conseguía que mi razón y buen juicio se fueran de paseo cuando lo tenía así, besándome, tocándome el clítoris y penetrándome con tanta vigorosidad, que comencé a sentir que me corría.

Lo hicimos juntos apenas unos segundos después, y mientras jadeábamos para recobrar el aliento, Alex apoyó la espalda en mi hombro.

—Siento mucho esto, pequeña, pero no me he podido contener. Te echaba de menos —dijo antes de besarme el cuello y apartarse.

—No lo sientas, ha estado bien —sonreí—. Y creo que tú vas a ir un poco más relajado a tu próxima cita —le coloqué bien la corbata y él me ayudó a ponerme de nuevo el tanga.

—Vamos a tomar un café, porque si nos quedamos aquí, no prometo quedarme quieto —me dio un beso rápido en los labios y cogió el maletín.

Tras recoger mis cosas salimos del despacho después de comprobar que estábamos decentes y presentables, y fuimos al ascensor, donde me pasó el brazo por los hombros y me dio un beso en la sien.

Al salir en la planta baja caminamos el uno al lado del otro como dos profesionales, como si no acabáramos de tener un momento de intimidad rápido y prohibido en mi despacho.

Cuando llegamos a la cafetería me senté en una de las mesas y Alex fue a pedir nuestros cafés, regresó unos minutos después con ellos y una tostada para mí.

—¿Y esto? No lo he pedido —dije cuando la dejó delante de mí.

—Me ha dicho Elena que no estás comiendo bien, que hay algo que te preocupa —contestó mientras se sentaba a mi lado.

—¿Y puedo saber por qué Elena y tú habláis de mí? —Arquee la ceja.

—Nos encontramos hace un par de días en los juzgados, me dijo que estaba al corriente de que tú y yo hablamos a menudo y me pidió que hiciera algo para animarte, que estabas preocupada. ¿De qué se trata, pequeña? —preguntó cogiéndome la mano por encima de la mesa— Tal vez pueda ayudarte.

—No tenía que haberte dicho nada, quizás no sea nada, como dijo mi padre —suspiré.

—¿Tu padre? ¿Está bien? La última vez que nos vimos no me dio la sensación de que estuviera enfermo.

—No, no, Alex, no es eso. Mi padre está bien —sonreí—. Anoche hablé con él y mañana ya estarán de vuelta de su luna de miel. Es que hay algo que me preocupa, pero él me dijo que seguramente se tratara de una broma.

—No te sigo.

Suspiré de nuevo y saqué aquella carta que aún llevaba en el bolso desde el lunes. Se la entregué y le dije que podía leerla. Así lo hizo, mientras fruncía el ceño.

—Jimena, esto no tiene pinta de ser una broma —levantó la carta.

—Mi padre estaba muy seguro de que sí.

—¿Y dices que no sabéis quién la dejó? —negué— Alguna de las cámaras de los comercios cercanos tuvo que grabar algo.

—Pues no había pensado en eso, la verdad. Llevo toda la semana dando vueltas a la carta y comiéndome la cabeza con quién ha podido ser.

—Imagino que la lista de personas que tu padre ha mandado a la cárcel, es tan extensa como la de mi padre y la mía propia.

—Eso es lo que me preocupa, que de entre todos los que hay seguro que es uno de ellos y mi padre no le da apenas importancia.

—No es que no se la dé, pequeña, es que no quiere preocuparte. Quien haya sido ni siquiera sabía que tu padre no estaba en el bufete.

—Mi padre sabe que no me gusta que me mientan, y que quisiera quitar hierro al asunto diciendo que era una broma, no tiene gracia la verdad. ¿Y si le pasa algo?

—Jimena, no soy quién para meterme en esto, pero —lo miré cuando me dio un apretón en la mano— voy a llamar a un conocido que tengo en la empresa de alarmas y cámaras de vigilancia que tiene uno de los comercios que no queda muy lejos de tu bufete, tal vez pueda conseguirme las grabaciones de la mañana del lunes y veamos algo.

—No quiero que te metas en líos, Alex.

—No te preocupes, pequeña, por mi trabajo como abogado penalista hago esto a menudo —sonrió—. A modo de favor me lo hará, pero tendré que conseguirle algo para su sobrina que es fan de una actriz juvenil que conoce mi hermana. Ya lo he hecho otras veces. Lo llamaré en cuanto termine con la reunión a la que voy ahora, y cuando tenga algo te llamo.

Asentí, y nos tomamos el café mientras hablábamos de la fiesta que daba su padre. Incluso me

dijo que pasaría a recogerme y que llevara algo de ropa para que me quedara a dormir en su casa y pasar el domingo juntos.

La verdad era que me apetecía, y dado que no iba a ver a mi padre y a Minerva hasta el lunes, me pareció una buena idea.

Me acompañó al bufete y una vez allí se inclinó para darme un beso en la mejilla.

—No te preocupes más por esa carta, ¿de acuerdo? Es posible que quien quiera que haya sido incluso escriba otra.

—¿Qué? —Abrí los ojos entrando en pánico.

—Pequeña, esa clase de gente es así, vengativa, y si quiere conseguir su objetivo ya sabes que lo hará. Pero, tranquila, que seguro que encontramos algo en las grabaciones.

—Temo por mi padre, Alex —empezaba a temblar, y sentía un nudo en la garganta con unas ganas de llorar impresionantes.

—Ey, no va a pasar nada, ¿ok? Si vemos algo, se lo enseñamos a él el lunes, tal vez reconozca a quien fuera que entró a dejar esa carta. Y estoy aquí, ¿vale? Si me necesitas, solo tienes que llamarme.

—Vale, gracias.

—No me las des, pequeña, haría lo que fuera por ti —me besó la frente.

—Será mejor que te vayas o llegarás tarde a tu reunión por mi culpa —le dije mirándole a los ojos.

—¿Sabes? Estaba pensando... ¿Y si te recojo esta noche, cenas en mi casa, duermes conmigo, y mañana vamos a la fiesta de mi padre desde allí?

—No, mejor no. Tengo algunas cosas de trabajo que revisar esta noche.

—Ah, veo que eres como tu padre, como el mío y como yo, siempre llevándote trabajo a casa —sonrió, y en ese momento me di cuenta de que me gustaba ver su sonrisa.

—Gajes del oficio —sonreí a mi vez.

—Nos vemos mañana entonces. ¿Te recojo a las ocho?

—Vale, sí, perfecto.

—Bien —otro beso en la frente—. Hasta mañana entonces.

—Adiós.

Lo vi alejarse caminando hacia donde hubiera dejado el coche, y entré en el bufete. Sonreí al ver a Gloria en su puesto hablando por teléfono y me fui hacia el despacho para terminar el trabajo que había dejado cuando recibí la llamada del juzgado.

Si era cierto que Alex podía conseguir aquellas grabaciones y veíamos quién había entrado en el bufete, que no fuera ninguna de las personas que vio Gloria, tal vez mi padre sí pudiera reconocerlo y averiguar quién, de esa larga lista de posibles personas que habían enviado la cárcel, habría sido.

Sí, era como buscar una aguja en un pajar, pero al menos tendríamos un hilo del que poder tirar para empezar.

Capítulo 18



Habían pasado dos horas por la mañana en una videollamada con Elena para ver qué nos poníamos para ir a la fiesta.

También le dije que Alex me había invitado a quedarme en su casa a pasar la noche y el domingo, y la muy loca empezó a dar saltitos de alegría.

Finalmente me aconsejó ponerme un vestido en color salmón que tenía desde hacía un par de años y que aún me sentaba bien. Tenía el corpiño con el escote en forma de corazón, era de tirantes finos y se cruzaban en la espalda que quedaba descubierta, de modo que no podía llevar sujetador. La falda, que era de gasa, tenía una caída elegante y suave, y se movía con delicadeza a cada paso.

Escogí las sandalias de tacón blancas y el bolso a juego, me hice una coleta alta, apliqué maquillaje en tonos naturales, y utilicé un gloss labial en rosa suave.

A la hora que habíamos quedado me avisó Alex que ya estaba esperándome abajo, así que cogí la bolsa donde había metido algo de ropa para el día siguiente, y salí de casa.

Lo vi apoyado en su coche, con los tobillos cruzados y las manos en los bolsillos mirando hacia el parque que había a unos pocos metros de mi edificio, y sonrió mientras veía a los niños gritando, riendo y corriendo unos detrás de otros.

Se veía guapísimo con el traje gris oscuro y la camisa blanca desabotonada, sin corbata. Cuando se percató de mi presencia, miró hacia mí y noté el modo en el que sus ojos cambiaban a un brillo que parecía tener solo al verme a mí.

—Vaya, estás preciosa —dijo cuando me acerqué y llevó ambas manos a mi cintura, me sostuvo entre ellas y se inclinó para besarme.

Cerré los ojos disfrutando de su perfume, ese que había quedado revoloteando en mi despacho cuando estuvo el día anterior conmigo. Tenía toques a océano y era como estar en alguna playa paradisíaca con él.

—¿Es tu ropa? —preguntó al ver la bolsa que tenía en la mano.

—Sí.

—No llevas mucha, por lo que veo.

—El pijama para dormir hoy, y la ropa que me pondré mañana.

—¿No vas a trabajar el lunes? —Frunció el ceño mientras cogía la bolsa y la llevaba al maletero.

—Claro que voy a trabajar, además es cuando se incorpora mi padre.

—¿Y por qué no has guardado ropa para el trabajo?

—Porque no voy a quedarme mañana en tu casa a dormir, Alex. Dijiste que me quedara esta noche, y pasara el domingo contigo.

—Fallo mío entonces, debí añadir que durmieras también mañana. Pero aún podemos arreglarlo. Ve por ropa para el lunes.

—No, no voy por ropa. Prefiero dormir mañana en mi casa y el lunes ir tranquila al bufete para hablar con mi padre.

—El próximo fin de semana, te vienes conmigo desde el viernes y yo te llevo el lunes al bufete —dijo dándome un beso antes de abrir la puerta—. Ah, y el pijama que llevas para dormir —se inclinó hasta que sentí sus labios en el lóbulo de mi oreja— no te va a hacer falta.

Noté que me estremecía de pies a cabeza ante ese tono ronco con el que había susurrado, pero es que Alex conseguía ese efecto en mí.

Subí al coche, me acomodé y mientras abrochaba mi cinturón lo vi caminar hacia su asiento y sentarse con esa elegancia que le caracterizaba.

Tras poner el motor en marcha se incorporó al tráfico y apenas unos instantes después entrelazó nuestras manos, sonreí al verlas sobre mi rodilla y sentí de nuevo ese cosquilleo que me provocaba tenerle cerca.

—Tengo las imágenes de la cámara —dijo, llamando mi atención.

—¿En serio te las dio así, sin ser por un caso que tú lleves?

—Ajá, todo buen abogado que se precie debe tener contactos —hizo un guiño y sonreí—. Las tengo en casa, podemos verlas mañana.

—¿No las has visto?

—No, no sabría qué buscar, y supuse que tú tendrías una idea de la hora a la que pudo ser que entrara.

Asentí, y aunque no quería seguir pensando en eso, la verdad es que no dejaba de darle vueltas al asunto, me preocupaba mi padre.

Al menos sabía que había regresado de su luna de miel a la hora prevista y ya estaban en casa.

Tras unos minutos conduciendo hasta una zona de la playa donde se situaba una de las urbanizaciones más caras, Alex entró en la casa de su padre y vi que había varios coches aparcados, tanto dentro como en el exterior.

—Las fiestas de verano de mi padre son conocidas por ser las que más invitados tienen —sonrió cuando me ayudó a bajar del coche.

—Ya lo veo.

Entramos y escuché la música que parecía provenir de todas partes, así como los invitados que estaban charlando en grupos o por parejas en el pasillo por el que avanzábamos, donde vi varios cuadros de artistas reconocidos decorando las paredes blancas, y el salón, al que acabábamos de entrar.

Hombres con traje y corbata, mujeres con vestidos de cóctel, todos con una copa de vino en la mano, charlando relajados y sonrientes.

Había camareros y camareras deambulando entre los invitados con bandejas de bebida y comida, y cuando uno de ellos pasó por nuestro lado, Alex cogió dos copas de vino blanco y me ofreció una.

—Gracias —sonreí antes de dar un sorbo.

El salón de la casa de su padre era amplio, contaba con varios sofás negros, muebles blancos, paredes en color crema y el suelo de un blanco reluciente que parecía estar recién pulido.

Al igual que en casa de Alex, en este salón había algunas fotos familiares que observé y sonreí al verlo de nuevo feliz en una foto con su madre.

—Ven, salgamos al jardín —me dijo, con la mano en la parte baja de mi espalda—. Seguro que allí encontraremos a mi hermana.

Asentí y dejé que me guiara hasta las enormes puertas dobles de cristal que daban al jardín, donde tenía una piscina en el centro y una zona de barbacoa y mesa con sillas a modo de porche a un lado.

No tardé en ver a mis hermanas, guapísimas con sus vestidos, blanco el de Lorena y rojo el de Sofía, hablando con Daniela junto a un par de palmeras donde había varias tumbonas, allí estaban las tres sentadas riendo.

—¡Hermanito! —gritó Daniela poniéndose de pie, y al correr hacia Alex su melena pelirroja se movía con gracia.

El verde aguamarina de su vestido le sentaba bien, haciendo resaltar el color de su cabello.

—Ya creí que no venías —dijo tras abrazarlo.

—Pasé a recoger a Jimena —contestó él, mirándome por encima del hombro, y Daniela sonrió.

—Oh, ¿eso quiere decir que vosotros dos estáis...? —puso una cara de pillita que no pude reprimir una leve risita.

—Nos estamos conociendo, sí —respondió Alex con una sonrisa.

—Genial, ya era hora de que quisieras conocer —dijo haciendo el gesto de comillas en esa última palabra— a alguien. Hola, Jimena. Estás guapísima —me dio un abrazo.

—Gracias, tú también.

—Hermanita, me alegro de verte —Lorena me dio un abrazo.

—Ni que lleváramos meses sin vernos —reí.

—Te sigue quedando bien ese vestido —me dijo Sofía tras darme un par de besos—. Es el que llevaste para la fiesta de cumpleaños de mamá hace un par de años, ¿verdad?

—Sí, ese mismo.

—¿Ya has visto a papá, Alex? —curioseó Daniela— Me ha preguntado por ti unas cien veces —volteó los ojos.

—No, no lo he visto. Voy a ver si lo encuentro —me miró y se inclinó para besarme en la mejilla—. Ahora vuelvo.

—Vale —sonreí.

—Mi hermano está coladito por ti —dijo Daniela con esa sonrisilla—. Quiere disimularlo, pero no puede, le conozco bien.

—¿Habéis visto a Elena? —pregunté para cambiar de tema.

—Justo por ahí viene —contestó Sofía, señalando a mi espalda hacia la puerta por la que yo había salido poco antes.

—¡Chicas! —gritó acercándose— Madre mía, qué cuatro bellezones, por favor —dijo saludándonos a todas con un par de besos y un abrazo.

—Tú no te quedas corta, que ese vestido negro te sienta genial —le dijo Daniela—. ¿Vosotras os habéis planteado ser influencers? —Nos miró a Elena y a mí.

—No, nosotras somos más de pelear en los juzgados —rio ella.

—¿Dónde te has dejado a Víctor? —curioseé.

—En el salón, hablando con Alex y su padre.

Asentí, di un sorbo a mi copa y Daniela nos fue hablando de algunos de los invitados de su padre. Había gente de la alcaldía, de la policía, fiscales, abogados, médicos, empresarios, muchos de ellos clientes del bufete, y nos contó algún que otro cotilleo del que se había ido enterando con el paso de los años, como el escándalo que envolvía al matrimonio de un empresario del que se decía tenía una amante y un hijo con ella.

Desde luego que líos de faldas y demás siempre había habido, y siempre los habría.

—Cariño, ¿estás bien? —le pregunté a Lorena tras acercarme a ella después de ver que se sentaba en una de las tumbonas, con la mirada perdida, y bebiendo de su copa de vino.

—Sí —sonrió—. No es nada.

—A tu madre puedes mentirle, incluso a mi padre y tal vez a Sofía, pero a mí, no. ¿Qué te pasa? ¿Es por Nico? —deduje, y el suspiro de mi hermana pequeña me lo confirmó.

—Nos vimos el otro día, me llamó para vernos y lo invité a casa, no me apetecía salir, acababa de ducharme y de grabar unos vídeos para las redes, quería cenar y ver la tele, así que sí, vino y trajo pizza —sonrió—. Quería hablar sobre una colaboración que le habían ofrecido y que buscaban una chica para que la hiciera con él, pensó en mí y después de saber de qué era, acepté. Cuando estamos solos hay algo que nos atrae sin que podamos evitarlo, siempre acabamos compartiendo un beso, alguna caricia tierna en la mejilla, y nos frustramos porque queremos más y no podemos. Pero, esa noche...

—Pasó algo más que solo unos besos, ¿me equivoco? —sonreí acariciándole el brazo, y ella asintió.

—Me hizo el amor, Jimena —contestó en un susurro con la voz casi quebrada y los ojos vidriosos—. Fue tan tierno, tan especial, me sentí tan bien, que no quise que se marchara. Nunca lo habíamos hecho, pero esa noche dijo que no quería irse sin sentirme. Lo peor fue que después de aquella magia, volví a la realidad y me eché a llorar sabiendo que es ella quien le tiene, que le hace lo mismo que me hizo a mí. Y desde esa noche he ignorado todos sus mensajes y llamadas.

—Cariño —la abracé y sentí cómo su cuerpo se sacudía mientras lloraba en silencio.

Sofía miró hacia nosotras al ver que Elena fruncía el ceño, sonreí quitándole importancia con un leve gesto de cabeza y me quedé allí con mi hermana pequeña siendo su paño de lágrimas, como otras veces que me ha necesitado.

—Sé que él no está enamorado de ella, y que ella ni siquiera siente algo por él, es solo la avaricia y el ansia por el dinero y el estatus lo que la hace estar con él, o retenerlo, en este caso —dijo entre sollozos—. Yo lo quiero, Jimena, lo quiero.

—Ya, cariño, no llores, que, como se te corra el rímel...

—Es *waterproof*.

—Ah, vale, entonces no corres peligro de ser un mapache, vale —dije y la escuché reírse—. Nadie dijo que el amor fuera fácil, pero si Nico y tú estáis destinados a estar juntos, lo estaréis y nadie podrá impedirlo.

Cuando se calmó nos unimos de nuevo a las chicas, todas miraron a Lorena con esa pregunta silenciosa en la mirada, pero ella se limitó a decir que estaba bien, solo un poco más sensible de lo normal.

—Jimena —me giré al escuchar la voz de Alex, que se acercaba acompañado de Víctor y de su padre, lo reconocí por las fotos y por el parecido entre ambos—. Él es David, mi padre —lo señaló con la copa y sonreí.

—Encantada de conocerlo, señor —le tendí la mano.

—De señor, nada —sonrió—. Llámame David, que soy amigo de tu padre desde hace años —me estrechó la mano y se inclinó para darme un par de besos—. Eres la viva imagen de tu madre, ¿lo sabías?

—Eso dice mi padre —me sonrojé.

—Fue una tragedia lo que le ocurrió, pero tu padre le hizo justicia. ¿Cómo está? Lo invité a venir, como otras veces, pero me dijo que regresaba hoy de la luna de miel y prefería descansar.

—Sí, han vuelto hoy. Está bien, feliz, y enamorado de Minerva como el primer día.

—Me alegro por él, de que encontrara alguien con quien compartir el día a día y llegar a envejecer. Yo no tuve esa suerte, o no busqué bien —sonrió.

—Papá, tú nunca buscaste enamorarte de nuevo —le dijo Daniela, que no dudó en colgarse de su brazo.

—Me consta que su padre tampoco —me señaló.

—No, simplemente ocurrió —sonreí de nuevo.

—Dicen que así es el amor, nos llega cuando menos lo esperamos —comentó Sofía, mirado a Daniela que se sonrojó mientras se mordisqueaba el labio.

—Y veo que a mi hijo le ha llegado ahora —comentó David, dándole a Alex una leve palmada en el hombro—. Hacéis una bonita pareja, Jimena, y me gustas como nuera, más que aquella modelo...

—Papá —Alex protestó.

—¿Qué? Es cierto. Esa mujer no te convenía, hijo. Igual que a Jimena no le convenía aquel abogado sin escrúpulos que la utilizó de la peor manera para conseguir ganar un caso.

Abrí los ojos ante las palabras del padre de Alex, esas que no esperaba que dijera porque no quería hablar de aquel tema de mi pasado. Alex y Víctor me miraron con el ceño fruncido, y mi rubio particular se acercó a mí sosteniéndome por la cintura.

—¿De qué abogado habla, pequeña? —preguntó.

—No tiene importancia, Alex, eso es parte del pasado —negué sin mirarlo.

—Lo conoces bien, hijo —comentó su padre—, has coincidido con él y con alguno de sus socios en los juzgados en varias ocasiones —Alex miró a su padre sin entender, y este finalmente dijo quién era—. Oscar, del bufete Leiva y Andrade.

Alex me miró, no lo veía, pero podía sentir sus ojos puestos en mí. Me estremecí al notar sus dedos en la barbilla y me encontré con su mirada.

—¿Esa escoria hizo qué? —Tenía la mandíbula apretada, y por el modo en el que se habían oscurecido sus ojos, parecía que estaba molesto.

—Me utilizó para conseguir información sobre un caso en el que trabajaban mi padre y uno de sus socios, hizo que mi padre perdiera.

—Esa rata de cloaca —resopló Víctor—. Todavía me acuerdo de la jugarreta que te hizo en uno de tus juicios. Se ve que es así como ganan en su bufete.

—Mi padre consiguió que meses después se supiera la verdad y su cliente sí fue a la cárcel —dije.

Alex me miró, no sabía qué estaba pensando, pero sin duda, algo se le había pasado por la cabeza.

—Ahora volvemos —dijo, tirando de mi mano, y me llevó por el jardín hasta el interior de la casa.

Caminamos por el salón y pasillo hasta llegar a una puerta al fondo, que debía ser el despacho de su padre.

—Jimena, ¿y si ese tipo es el que envió la carta a tu padre?

Capítulo 19



Miré a Alex después de que dijera aquello, fruncí el ceño y pensé en las posibilidades de que realmente fuera aquel hombre.

—¿Me has escuchado, pequeña? —preguntó en un susurro acercándose a mí.

—Sí, te he escuchado, Alex, pero no creo que sea ese hombre.

—¿Por qué? La lista de personas encarceladas tras un veredicto judicial en un caso en el que tu padre era la parte de la acusación, dijimos que era bastante extensa. Ese hombre forma parte de esa lista.

—Sí, pero no hace tanto que lo metió en la cárcel, no creo que haya sido él quien escribió esa carta.

—Pero es una posibilidad —dijo de nuevo.

—Lo es, pero no voy a tomarla. Ya te digo que no hace tanto que fue a la cárcel, y no tenía opción a reducción de condena ni revisión. Todavía debe estar allí.

—Ok, pero no daremos nada por sentado, vamos a seguir teniendo en cuenta que ese hombre es un posible candidato.

—¿Por qué te involucras en esto? No tiene nada que ver contigo.

—Porque tiene que ver contigo —me acarició la mejilla—. Y no me gustaría que te hicieran daño.

Me abrazó y noté que me besaba en la coronilla. Nunca había sentido algo así, estar cerca de un hombre y que fuera como un refugio anti miedos.

Desde Oscar, el miserable que me utilizó en beneficio de su bufete, no había salido con nadie y mi confianza en los hombres había disminuido, más aún en los hombres que ejercían la abogacía.

Miré hacia la pared del despacho y sonreí al ver dos fotos de la madre de Alex. En ambas estaba embarazada, pero se notaba el tiempo que había pasado entre una y otra.

—Tu madre era una mujer muy guapa —dije, y él miró hacia donde yo lo hacía—. Y su sonrisa, era preciosa.

—Sí que lo era, sí. Esas son las fotos favoritas de mi padre. Dice que en ellas está lo más valioso de su vida. Su esposa, y sus dos hijos, aunque no hubiéramos nacido.

—Por lo que ha dicho antes, debió de quererla mucho.

—La amaba con locura, perderla fue lo peor que le ha pasado.

—Para mi padre también, y si te soy sincera, nunca creí que volviera a sentir nada por otra persona, pero así fue.

—A veces nos negamos a nosotros mismos a sentir algo por alguien, sobre todo cuando nos han hecho daño.

Suspiré, porque con esas palabras me identificaba totalmente.

Me dio un último beso y entrelazó nuestras manos para llevarme de vuelta al jardín, donde nos reunimos con las chicas y Víctor, David había ido a hablar con unos clientes.

En nuestro pequeño grupo no faltaron las risas, ni tampoco las bandejas de comida que Daniela y Víctor no dudaron en quitarles a algunos de los camareros que pasaban por allí y picotear mientras charlábamos.

No había podido evitar mirar a Sofía y comprobé que seguía observando a Daniela con esa sonrisa y ojitos de enamorada. Le hice una seña y cuando me miró, le pedí que me acompañara al cuarto de baño.

Nos excusamos con los demás y me llevó hasta la casa, por donde me fue guiando hacia un cuarto de baño que había cerca del despacho de David.

—¿Has hablado con ella? —curioseé.

—¿Con quién?

—Con la reina, no te fastidia —volteé los ojos—. Con Daniela, ¿le has dicho algo?

—No, aún no.

—¿Y a qué esperas, a que acabe la fiesta?

—Al momento adecuado, a eso esperaba.

—Pues ese es ahora, hermana, así que, ya sabes.

Negó con un leve movimiento de cabeza mientras salíamos del baño para regresar al jardín, cogió una copa de vino y le dio un buen sorbo antes de que llegáramos. Le pidió a Daniela que la acompañara un momento y se fueron juntas hacia una zona apartada del jardín.

—¿Se ha decidido ya? —me preguntó Lorena.

—Más bien la he empujado a que lo haga —sonreí.

—¿Va a hacerlo ahora? —chilló Elena.

—¿Qué pasa? —curioseó Alex.

—Ahora lo verás —contesté.

Algunos teléfonos empezaron a sonar, miramos hacia los invitados y por lo que dijo Víctor, eran policías, por lo que probablemente se tratara de alguna urgencia que desconocíamos.

Sofía y Daniela se acercaron sonrientes, Elena preguntó si tenían algo que contar y fue la pelirroja quien dio la noticia.

—Se me ha declarado al fin, y mira que le ha costado —sonrió—. Yo venga lanzarle señales y ella, haciéndose la despistada.

—No, cariño, la despistada no, es que te veía tan joven y con ganas de vivir...

—Como si no pudiera vivir lo que quiero contigo, vamos —resopló Daniela—. Hermano, dale a tu cuñada la bienvenida a la familia.

—Bienvenida, bienvenida —rio Alex.

El barullo de voces hizo que todos miráramos de nuevo hacia donde se habían reunido los policías, uno de ellos estaba hablando por teléfono y no tardó en coordinar al resto, saliendo de la casa prácticamente corriendo.

—Papá, ¿qué ocurre? —le preguntó Alex a David cuando lo vio, y este se acercó.

—Han herido a un policía que estaba fuera de servicio —contestó—. Al parecer un coche pasó por donde iba él con su mujer. Lo han llevado al hospital bastante grave.

—¿Un coche disparando a un policía? —cuestionó Elena— Pero, no tiene sentido...

—Ya sabes que la policía, debido a su trabajo, puede ganarse algunos enemigos —le respondió David—. Tal vez sean miembros de alguna banda a los que detuvo, quién sabe —se encogió de hombros.

—Pues como todas las bandas se tomen la justicia por su mano, ir por las calles va a ser terrible —comentó Daniela.

David asintió, y es que mi nueva cuñada tenía razón. Veíamos noticias casi a diario de bandas o clanes que se enfrentaban entre sí y que se tomaban la justicia por su mano, pocas veces atentaban contra cuerpos de seguridad, pero también lo habían hecho.

El resto de la noche desde ese momento lo pasamos pendientes de que David recibiera noticias de alguno de esos policías que habían estado en la fiesta y que se fueron para ver cómo se encontraba su compañero.

A medianoche muchos de los invitados ya se habían marchado, así que nosotros decidimos hacer lo mismo.

—Jimena, me encantaría que vinieras a comer a casa algún día —me dijo David cuando nos despedimos.

—Claro, estaré encantada de venir —sonreí.

—Bien, pues habla con mi hijo, y cuando os venga bien, os esperaré con gusto. Y cuando veas a tu padre, que lo verás antes que yo, dile que me llame, a ver si tomamos café y me cuenta qué tal su viaje.

—Se lo diré, no te preocupes.

—Hijo, ten cuidado con el coche —le pidió a Alex.

—Descuida, papá —ambos se abrazaron y cuando se separaron, Alex entrelazó nuestras manos para salir de la casa.

—A papá lo has conquistado, cuñada —rio Daniela.

—No es para menos, nuestra hermana es una auténtica belleza, y simpática —dijo Lorena.

—Y mi hermano le ha echado el ojo, y el lazo —Daniela hizo un guiño y no pude evitar reír mientras negaba.

Nos despedimos de todos, quedando en que debíamos hacer una salida para cenar y tomar algo, y Elena dijo que avisaría a las chicas para tener una de nuestras tardes de café y hablar sobre el tema.

Subí al coche de Alex sin poder quitarme la sonrisa de los labios, en el momento en el que se sentó y puso el coche en marcha, llevó la mano sobre mi rodilla y dio un leve apretón, para poco después subirla despacio acariciándome el interior del muslo.

Me estremecí, porque así reaccionaba mi cuerpo cuando me tocaba, y me mordí el labio al pensar lo que iba a pasar cuando llegáramos a su casa.

Tenía ganas de dormir con él, sí, porque esa sensación de tener su brazo alrededor de mi cintura, notar su respiración en el cuello y la calma con la que subía y bajaba su pecho al dormir, en ese

estado tranquilo y relajado, era una sensación que me daba paz, mucha paz.

—Mi hermana tiene razón —dijo haciendo que lo mirara, y fruncí el ceño—. A mi padre le has gustado.

—Más que tu ex, la modelo, sí —sonreí.

—Mucho más —me aseguró.

—Bueno, al menos si entre nosotros ocurre algo más que solo sexo, sabemos que nuestros padres se llevarán bien.

—Pequeña, esto ya es algo más que solo sexo. Te he presentado a mi padre —dijo mirándome cuando se detuvo en un semáforo—, y te aseguro que con la modelo tardé mucho más en hacerlo.

Tragué saliva con fuerza sintiendo que me ponía nerviosa, y es que no podía ser cierto que en apenas unos días Alex considerase que lo nuestro iba a ser algo más duradero que unos encuentros de sexo.

Aunque por mi parte también estaba segura de que a mi padre le gustaba él, y que sin haberle dicho nada, sabía que entre nosotros estaba empezando algún tipo de historia.

Capítulo 20



Entramos en la casa de Alex y me llevó de la mano hacia el salón, donde se quedó un instante parado, mirando a la escalera.

—¿Qué? —pregunté ante su silencio.

—¿Quieres tomar algo, o vamos a la cama?

—Hum, ¿y si te digo que me apetece un baño en el jacuzzi?

—Buena idea, para dormir más relajada. Pero, además, llevaremos vino. Espera aquí —me dio un beso rápido mientras dejaba mi bolsa de ropa en el suelo, y fue a la escalera.

Caminé hacia la puerta que daba al jardín y miré al cielo, donde varias estrellas brillaban. Sonreí al recordar las veces que mi madre y yo nos habíamos quedado horas y horas en el jardín de nuestra casa en las noches de verano, tumbadas en una sábana en el césped, mirando las estrellas y contando historias que ella se inventaba.

La echaba de menos a pesar del tiempo que hacía que la perdí.

—Jimena.

—¿Sí? —me giré al escuchar a Alex, que ya estaba de vuelta con una botella de vino abierta en una mano, y dos copas en la otra.

—¿Vamos?

Asentí y volví a su lado para subir a la habitación.

Entramos y dejó mi bolsa en el sillón que había junto a la puerta de la terraza, fuimos al cuarto de baño y llenó el jacuzzi de agua a la temperatura adecuada, llenó las copas de vino y me ofreció una.

Di un sorbo, me senté en el borde del jacuzzi, y observé a Alex que comenzaba a quitarse la

chaqueta.

Se desnudó bajo mi atenta mirada sin un ápice de vergüenza, y tragué con fuerza al verlo como su madre le trajo al mundo.

—Llevas demasiada ropa, pequeña —dijo con un tono ronco y sensual mientras se acercaba a mí.

Me quitó la copa y la dejó junto a la suya y la botella de vino en un lado del jacuzzi.

Se arrodilló y me quitó las sandalias, me cogió de la mano para hacerme levantar y, tras girarme hasta que quedé de espaldas a él, comenzó a bajarme los tirantes del vestido despacio mientras me besaba el hombro.

Desabrochó la cremallera y no tardé en ver el vestido caer alrededor de mis pies. Alex llevó las manos desde mis hombros hasta mi cintura y fue quitándome el tanga poco a poco.

Sentí los suaves besos que me iba dando desde el tobillo mientras subía por la pierna, y acabó el cuello.

—Ahora sí podemos meternos en el jacuzzi —murmuró.

Se metió él primero y me ayudó a entrar, Alex se sentó apoyando la espalda en el jacuzzi y tiró de mi mano para que me sentara entre sus piernas.

—¿Estás cómoda? —preguntó.

—Sí, y las burbujitas dan masaje —sonreí.

—Toma —me dio la copa de vino y la cogí para dar un sorbo, igual que hizo él con la suya.

—No me extraña que te relajes aquí, esto es una maravilla —suspiré acomodando mi cabeza en su hombro.

—Cuando pensé en unir las dos habitaciones, tenía claro que quería un jacuzzi.

—Yo también estoy pensando que, si alguna vez vendo el piso y me compro un chalet, pondré un jacuzzi en el cuarto de baño. Ah, y me haré un vestidor que será la envidia de Elena —me llevé el dedo a los labios a modo de silencio, y se echó a reír.

—Sabes que estáis las dos un poquito locas, ¿verdad?

—Pero solo un poco, no es hereditario.

—Me quedo más tranquilo —me dio un beso en la mejilla y me quitó la copa, para dejarla junto con la suya al lado de la botella.

—Oh, qué bien —gemí al notar sus manos masajeándome los hombros, quitando esa presión que

sentía y que me cargaba por completo cada músculo.

—Tienes esta zona muy tensa.

—Será porque con eso de la carta, estoy más nerviosa que de costumbre.

—Entonces hagamos que te olvides de ello por una noche —me besó la mejilla y siguió con el masaje en mis hombros y cuello.

Se le daba bien, y podía notar el modo en el que parecía estar menos agarrotada esa zona.

Poco después bajó las manos por mi espalda, apretando en esa zona también y quitando la tensión acumulada, hasta que noté que las llevaba hacia el vientre y subía poco a poco para masajearme los pechos.

—Ahí no hay tensión —susurré con una leve sonrisa.

—¿Estás segura? Yo creo que sí.

Gemí mientras me estremecía y cerraba los ojos cuando pellizcó ambos pezones y tiró levemente de ellos. Ya sabía qué podía esperar de ese hombre en los próximos minutos.

Siguió jugando con ellos hasta hacer que estuvieran completamente erectos y excitados, y deslizó las manos por mi vientre llegando a la zona entre mis piernas.

Con una mano separó mis labios vaginales dejando el clítoris totalmente expuesto, y llevó los dedos de la otra a ese pequeño botón para torturarlo a base de roces y fricción de lo más placentera.

Me penetró con uno de ellos durante unos instantes y volvió a centrarse en el clítoris. Jadeaba y gemía notando cómo un escalofrío me recorría de pies a cabeza y llevé una de mis manos al cuello de Alex hasta notar su cabello entre los dedos, y con la otra me agarré a su muslo.

Mi corazón latía con fuerza y estaba segura de que iba a acabar corriéndome en cualquier momento, pero entonces Alex se detuvo y retiró las manos de mi excitado sexo.

—¿Qué pasa? —pregunté entre jadeos.

—Que voy a hacer otra cosa —sonrió—. Siéntate aquí, y apoya las manos atrás —me dijo dando una palmadita en la zona más ancha del borde del jacuzzi, donde él estaba apoyado.

Me incorporé sintiendo las gotas de agua cayendo por mi cuerpo y me sonrojé al ver la expresión de deseo en los ojos de Alex.

Cuando me senté donde me había pedido, no tardó en separarme las piernas, arrodillarse entre ellas y acercarse para lamer mi clítoris.

Ver cómo me observaba mientras su lengua se deslizaba entre mis pliegues me pareció lo más sensual y erótico que había vivido nunca hasta ese instante.

Mantenía mis piernas separadas agarrándome a los muslos con fuerza evitando que pudiera juntarlas, y comenzó a moverla mucho más rápido.

Para ese momento mi cuerpo había subido de temperatura de tal modo que, si me pusieran un termómetro, se volvería loco sin poder decir cuánto tenía.

Empecé a moverme al ritmo que él marcaba y fue tal la excitación que sentí en ese instante, que no pude ni quise controlarme y comencé a gritar con los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia atrás, liberando el orgasmo que Alex y su juguetona y perversa lengua me habían provocado.

—Ven aquí, pequeña —dijo con un tono ronco y autoritario cogiéndome por la cintura, y no dudó en hacer que me sentara sobre sus muslos.

Gemí en cuanto noté su miembro abriéndose paso en mi vagina, llenándome por completo, y me sostuve con ambas manos a sus anchos hombros manteniendo el equilibrio para no caerme.

Alex me agarraba con fuerza por las nalgas y comenzó a moverme sobre él, arriba y abajo mientras toda yo me estremecía de placer.

Hundí los dedos en su cabello y lo atraje hacia mí para besarlo, necesitaba sentir el calor y la suavidad de sus labios sobre los míos.

Gemimos al unísono mientras nos entregábamos al placer y nuestras lenguas se entrelazaban compartiendo ese beso húmedo y excitante.

Comenzó a moverme más rápido, llevándome de arriba abajo como si no fuera más que una pequeña pluma entre sus manos. Me sentía temblorosa y con ese escalofrío recorriéndome por entera mientras me abandonaba al placer.

Cuando sus movimientos haciendo que mi cuerpo subiera y bajara sintiendo cómo su miembro me llenaba hasta lo más hondo, ambos rompimos el beso y apoyamos la frente en la del otro.

En ese momento nos miramos fijamente y ambos supimos que nos acercábamos al clímax, a esa liberación que habíamos querido experimentar desde que sus manos tocaron mi sexo.

Alex gemía de manera casi inaudible mientras yo gritaba todo lo que podía sintiendo cómo cada célula de mi cuerpo temblaba entre sus manos, mientras notaba mi corazón latiendo con fuerza en el pecho como si de un caballo galopando se tratara.

Estaba atrapada completamente por Alex, y no me refería solo al modo en el que sus manos ejercían presión en mis caderas mientras me movía sobre él, sino por todo lo que él representaba.

Me había atrapado con su presencia, con su forma de ser, por el modo en el que me miraba, me tocaba y me hacía sentir en calma y en paz conmigo misma.

Sus ojos eran aquello en lo que quería verme reflejada cada noche antes de dormir, y cada mañana al despertar.

¿Sería posible que me hubiera enamorado de él en tan poco tiempo? ¿Sería él ese hombre que mi madre me dijo una vez que llegaría a mi vida para quedarse en ella y hacer que el dolor que otro hombre hubiera dejado, desapareciera?

Volví a besarlo y él gimió en mi boca, me estrechó con fuerza entre sus brazos y comencé a moverme yo, de todas las maneras que podía para darle placer y sentirlo yo misma, hasta que noté que su miembro palpitaba en mi interior al mismo tiempo que sentía el orgasmo formándose en mi vientre.

Y liberé el clímax dejando caer la cabeza hacia atrás mientras mis gritos se mezclaban con sus gemidos al liberar su propio éxtasis.

Continuamos moviéndonos sin parar mientras el orgasmo estaba en su grado máximo y según iba disipándose, con nuestras respiraciones entrecortadas y el corazón a mil, latiendo como si alguien estuviera tocando un par de tambores.

En el momento en el que todo acabó, Alex me abrazó con fuerza y besó mi cuello antes de que los dos nos quedáramos allí, unidos, inmóviles en el jacuzzi, jadeando completamente exhaustos.

Notaba la boca tan seca que cuando pude moverme, cogí mi copa de vino y me bebí lo que quedaba de un solo trago.

—Qué rico así fresquito, para el calor que tengo —dije mientras me retiraba y ambos nos sentamos de nuevo.

Alex cogió la botella y llenó las dos copas.

—Seguro que esto para ti es lo más normal —comenté tras beber otro poco.

—¿Estar en el jacuzzi tomando vino? Ya te dije que sí.

—Me refería a lo otro, al sexo —me sonrojé y di otro pequeño sorbo.

—Ah, eso. Pues la verdad es que no.

—¿No lo haces a menudo? —no sabía por qué estaba preguntando, ¿qué más me daba a mí?

—Eres la primera mujer que traigo aquí —lo miré con los ojos muy abiertos cuando escuché aquellas palabras.

—¿En serio?

—Ajá. Vivía en un ático cerca del bufete, compré el chalet unos meses antes de que la modelo me fuera infiel, y como empezaron con las reformas para unir las dos habitaciones, nunca vino,

no se la llegué a enseñar.

—¿Querías que fuera una sorpresa para ella?

—Pues, ahora que lo pienso, no especialmente. Solo que pensé que mejor sería que lo viera cuando estuviera la obra acabada.

—Bueno, ella se lo pierde —me encogí de hombros—. Porque beber vino mientras las burbujitas del jacuzzi te dan un masaje, es una pasada.

—¿Y qué hay del sexo?

—Ah, eso —sonrió cuando me escuchó decir lo mismo que él—. No ha estado mal.

—¿Cómo dices? —Arqueó la ceja— Creo que vamos a tener que repetir para que tus próximas palabras al respecto sean, que ha estado increíble.

—¿He dañado su ego, abogado?

—No, pequeña, simplemente me he tomado tus palabras como un reto.

Me besó como si esa fuera nuestra última noche juntos y, tras dejar las copas de vino con la botella, volvió a llevarme al borde de la locura con sus manos y su lengua, por no hablar de que esa segunda vez juntos, no solo fue increíble, sino excitante e impresionante.

Capítulo 21



Desperté notando el cuerpo más relajado que de costumbre, pero también me notaba un poquito cansada debido a los tres momentos de pasión desenfrenada que habíamos compartido Alex y yo la noche anterior.

No sabía qué hora era, y cuando estiré el brazo para tocar a mi rubio favorito, fruncí el ceño al notar ese lado de la cama vacío, y frío.

Abrí los ojos y comprobé que no estaba, tampoco escuchaba ruidos en el baño por lo que, sin duda, se había ido de la habitación, lo que no sabía era cuándo había pasado eso.

Cogí el móvil de la mesita de noche y vi que eran casi las once de la mañana, demasiado tarde para mí, que incluso los fines de semana me levantaba temprano.

Salí de la cama tras desperezarme, cogí el pijama que había llevado en la bolsa y con el que no había dormido, puesto que estaba desnuda, y tras asearme un poco y vestirme, bajé a la cocina donde encontré a Alex, usando solo un pantalón de chándal, preparando el desayuno.

—Buenos días —saludé al entrar.

—Buenos días —sonrió, recibíendome con un beso en los labios.

—¿Por qué no me has despertado antes? —pregunté cogiendo un trozo de fruta del cuenco que había sobre la encimera.

—Te vi agotada.

—Pues parece que sí, que estaba un poquito agotada, sí. Pero el masaje y las burbujitas del jacuzzi, me sentaron bien, no tengo el cuerpo tan tenso.

—Me alegro. Vamos, siéntate antes de que el café y las tostadas se enfríen.

Nos acomodamos en los taburetes, cogí una tostada y tras ponerle mantequilla y mermelada, gemí al dar el primer bocado. Se ve que tenía un poquito de hambre, entre el ejercicio nocturno y

que apenas comimos nada en la fiesta de su padre.

Y entonces recordé lo que me dijo Alex cuando me recogió en casa.

—¿Vamos a ver ahora las grabaciones de la cámara? —curioseé.

—Después de desayunar, sí —asintió.

—Vale.

Volví a pensar de manera inconsciente en ese asunto y en quién podría haber sido la persona que escribió esa carta, por no hablar de que la posibilidad que barajó Alex diciendo que quizás pudo ser el hombre al que mi padre llevó a la cárcel después de que el socio de Oscar lo impidiera con sus artimañas poco éticas y sumamente cuestionables, no se me iba de la cabeza.

—Oigo cómo se mueven los engranajes de tu cabeza desde aquí, pequeña —dijo llamando mi atención.

—Es que me preocupa todo esto. ¿Y si mi padre realmente está en peligro? Por mucho que él diga que solo se trata de una broma, está claro que tenemos que considerar la posibilidad de que no lo es.

—Termina de desayunar, y no lo pienses más. Cuando veamos las imágenes quizás saquemos algo en claro.

—Eso espero, porque esas palabras dejaban claro que quien sea, va a por mi padre.

Me tomé el café y acabé mi cuenco de fruta, recogimos todo y Alex entrelazó nuestras manos para llevarme hasta el despacho, donde tenía el maletín del trabajo.

Se sentó en el sillón frente al escritorio, me acomodó sobre sus piernas y mientras se encendía el portátil, me dio un beso en el hombro.

Tecleó la contraseña, accedió a su correo electrónico y una vez apareció en la pantalla la bandeja de entrada, pinchó uno de los últimos mensajes que había recibido y abrió el archivo que contenía las imágenes.

—Vale, las nueve, hora a la que me dijiste que suele llegar el cartero a dejaros el correo —comentó mientras veíamos juntos la pantalla.

—Sí, y ahí está él a punto de entrar —señalé al verlo.

Seguimos atentos y sin perder la pantalla de vista, vimos cómo el cartero volvía a salir y cómo quince minutos después entraban un par de mujeres, que serían parte de esos clientes que Gloria mencionó que fueron para concertar una cita con alguno de los abogados. Ambas salieron cinco minutos más tarde.

Poco después entró una pareja joven que salió también tras unos pocos minutos allí.

Alex puso el vídeo en reproducción rápida hasta que vimos llegar al mensajero que esa mañana entregó dos sobres, salió y avanzamos hasta ver al repartidor de la floristería con su ramo de rosas.

Y ahí dejamos el vídeo reproducirse esperando ver a alguien. Fue en el momento en el que el repartidor salía ya sin las flores cuando Gloria se dirigió a mi despacho para llevarlas, y teniendo en cuenta que subía y bajaba en el ascensor, ir hasta allí le supondrían unos diez minutos.

Apenas habían pasado tres cuando vimos a un hombre entrar en el bufete, los dos nos acercamos más, pero no podíamos ver nada, salvo que llevaba un pantalón vaquero, una camiseta negra y una gorra.

Estaba de espaldas y no distinguimos nada, así que esperamos hasta verlo salir.

Para desgracia nuestra llevaba gafas de sol y se mantenía ligeramente oculto, como si supiera que podría ser captado por alguna de las cámaras.

—No se ve quién es —suspiré, pasando la imagen hacia atrás, y haciendo que se reprodujera a cámara lenta para tratar de verle la cara, pero después de tres intentos ambos nos dimos por vencidos.

—Con esto podríamos poner una denuncia en comisaría, y tal vez ellos con sus medios, puedan hacer un reconocimiento facial. Porque, tu ex, no es, ¿no?

—No, no es él. Y no tendría sentido que hubiera sido él quien dejara esa carta.

—Tal vez se ha pasado al bando de los malos, pequeña, qué sé yo.

—Dudo que se la jugara de ese modo, sabe que no es bien recibido en el bufete. Además, se fue de la ciudad poco después de que su cliente fuera encarcelado, ni mi padre, ni yo, hemos vuelto a saber nada de él. Ni queremos tampoco, la verdad sea dicha.

—Pues poco podemos hacer con esto si tu padre sigue diciendo que se trata de una broma.

—Lo sé, pero gracias por conseguirlas, al menos sé que fue alguien que entró después de saber que no había nadie en la recepción. Seguramente esperó allí para ver cuál era el momento adecuado y al ver al repartidor con las flores, se acercó para ver si podría entrar y aprovechó que sí podía para hacerlo.

—Si como dices estuvo merodeando por allí hasta asegurarse de que era el momento de entrar, tal vez por eso sabía dónde estaban las cámaras de cada comercio y procuró no ser captado con nitidez.

—Seguro que fue lo que hizo —suspiré.

—Al menos sabemos que de una broma, no se trata, si se escondía de las cámaras.

—Tengo que hablar con mi padre de esto, no puede seguir tan tranquilo y diciéndome que no me preocupe que será una broma de algún conocido.

—Si quieres llámalo, te llevo a su casa, que vea las grabaciones y decida esta tarde qué hacer.

—¿No te importa? Íbamos a pasar el día aquí juntos y...

—Pequeña, ya habrá más días para estar juntos —me dio un beso en la mejilla y vi cómo cogía un pendrive para grabar las imágenes en él.

Llamé a mi padre para decirle que quería hablar con él en casa y me dijo que allí me esperaba, que estaban preparando un arroz para comer y no iban a salir.

Alex y yo fuimos a la habitación y, tras darnos una ducha rápida y vestirnos, salimos de su casa para ir a la de mi padre.

Le indiqué dónde tenía que ir y condujo todo el camino con la mano en mi rodilla, dándome ligeros apretones de vez en cuando para tranquilizarme, pues debía admitir que estaba un poquito nerviosa y la pierna se me movía sola.

Aparcamos el coche frente a la puerta de la que había sido mi casa desde el momento en el que llegué al mundo, y cuando nos bajamos, Alex me cogió de la mano hasta llegar a la puerta, donde llamé y esperamos a que nos abrieran.

—Jimena, cariño —Minerva sonrió al verme y me dio un abrazo, ese que le devolví solo con una mano pues Alex no me soltaba—. Qué ganas tenía de verte. Oh, hola.

—Minerva, él es Alex, es abogado y papá lo conoce.

—Encantado de conocerte, Minerva —dijo tendiéndole la mano.

—Lo mismo digo —contestó desviando la mirada a nuestras manos unidas—. Pasad, tu padre está en la cocina con la paella. Espero que tengáis hambre.

—No pensábamos quedarnos a comer, no queremos molestar —le dije una vez dentro, mientras ella cerraba la puerta.

—¿Y desde cuándo molestan mis hijas en casa, si puede saberse? Vamos, adentro —nos dio un empujoncito y sonreí.

Alex seguía sin soltarme y, cuando llegamos a la cocina, fue Minerva quien advirtió a mi padre de nuestra llegada, y claro, con disimulo, pero no mucho, le hizo a mi padre un gesto para que se fijara en nuestras manos, así que él también sonrió.

—Alex, me alegro de verte —le dio un apretón de manos.

—Lo mismo digo, Aitor, hacía mucho que no coincidíamos en los juzgados. Ni siquiera sabía

que te casabas.

—Ya ves, uno de vez en cuando debe mantener las intimidades en secreto.

—Di que no es por eso, que no quería invitar a nadie a la boda. Porque, según sus palabras —comentó Minerva—, si invito a fulanito del bufete tal, tendré que invitar a menganito del bufete cual, y se va a juntar mucha gente, cariño.

—Hiciste bien —sonrió Alex.

—La familia y los más cercanos de mi bufete y su tienda, poco más —dijo mi padre—. Mi niña, dame un abrazo —me pidió al fin, y dejé que mi querido padre me mimara unos instantes envolviéndome en sus acogedores y paternales brazos—. ¿Cómo estás, hija?

—Bien —sonreí.

—¿Has venido para presentarme a tu novio?

—¡No, por Dios, papá! —protesté.

—¿No vas en serio con mi niña? —Mi padre arqueó la ceja y se puso serio como cuando estaba en juicio.

—Tan en serio como se puede ir cuando dos personas se están conociendo, Aitor. Pero quédate tranquilo, que no soy como aquel que la utilizó para hacerte una putada.

—Mejor ni me nombres a ese sinvergüenza, que me hierva la sangre.

—¿Quién quiere una copa de vino para abrir boca? —propuso Minerva, que ya estaba sacando cuatro copas— Ah, y, por cierto, dile a la niña que no molestan si se quedan a comer.

—¿Molestar? Pero si he echado más arroz cuando me has llamado, hija. Tienes unas cosas... —mi padre resopló y sonreí.

Acabamos poniendo un poco de queso para picar con el vino allí mismo en la cocina mientras él vigilaba la paella, y que no se pasara.

Aproveché para decirle por qué quería hablar con él y le pedí que cogiera el portátil para enseñarles las imágenes. Minerva estaba al tanto de la carta y vi que su cara pasaba a ser de preocupación, lo que me dejaba claro que a ella no le había dicho que seguramente se tratara de una broma.

Cuando vio al hombre que entró y salió casi de inmediato del bufete y al que apenas podíamos verle la cara, mi padre suspiró cerrando el portátil.

—Leí la carta, Aitor, y eso no tiene pinta de ser una broma de nadie —le dijo Alex.

—Y no lo es, por desgracia. Pero no quería preocuparte, hija —me miró.

—¿Sabes quién puede ser, papá?

—No, cariño, la lista de candidatos es bastante amplia, muy a mi pesar. Gracias por pedir las imágenes, Alex, yo mismo pensaba ir a la tienda a que me las dieran.

—Usé otra vía un poco menos legal —rio.

—Ya imagino, los abogados tenemos que contar con contactos en cualquier sitio. Iré a poner una denuncia con la carta, ¿está en mi despacho?

—No, esa la llevo en el bolso del trabajo —contesté.

—Muy bien, pues mañana me acompañas por la mañana a comisaría a poner la denuncia, ¿te parece?

—Claro.

—Bien. Solo espero que no tengamos que lamentar nada, porque con esta gente uno nunca puede estar tranquilo, tal como leíste, hija, hay que mantener vigilada la espalda por si acaso.

—La paella está lista, Aitor —dijo Minerva, a quien noté con la voz ligeramente tomada como si estuviera conteniendo el llanto.

—Eh, reina mía —mi padre se puso en pie y la abrazó—. No quiero verte llorar, ¿ok? Ya te lo dije en el viaje, no vamos a dejar que nos asusten más de lo necesario.

—¿Eres consciente de que me moriría si te perdiera?

—Lo sé, mi amor, y no voy a permitir que eso pase —le dio un beso y ella asintió.

Mi padre me miró con una sonrisa y se acercó a besarme en la frente antes de asegurarme que no le pasaría nada, que él tenía todavía mucha vida por delante para poder ver a sus tres hijas casarse.

Y le echó una miradita a Alex cuando dijo aquello, que el pobre por poco y se atraganta con el trozo de queso que se acababa de comer, lo que hizo que mi padre soltara una carcajada.

Alex y yo pusimos la mesa, Minerva llevó esa botella de vino que habíamos empezado y mi padre la paella.

Nos sentamos a comer y al ver a Alex allí, con nosotros, vi que encajaba perfectamente.

Hablaba con mi padre de algunos de los casos que más quebraderos de cabeza les había dado, de los que Alex estaba llevando ahora, y aprovechó para decirle a mi padre que el suyo quería que lo llamara pronto para verse.

—Mañana por la tarde sin falta le hago esa llamada, a ver si podemos tomar café el martes —contestó.

Después de comer y tomar café, Minerva y yo dejamos a ese par de abogados charlando y tomando una copa de licor mientras recogíamos la mesa y nos sentábamos en la cocina a tomarnos un licor también mientras me enseñaba las fotos del viaje.

—Le gustas —dijo de pronto, y la miré con el ceño fruncido—. A Alex, le gustas y mucho —sonrió.

—A mí también me gusta.

—Eso ya lo he visto, y tu padre también. De hecho, me atrevería a decir que ahora debe estar dándole esa charla típica de padre protector —rio.

—Por Dios, que no lo haga —solté una carcajada.

—Si no sale corriendo y vuelve a llamarte para que os veáis, es que va en serio.

—Anoche me dijo que para él no es solo... ya sabes.

—¿Llevarte a la cama? —murmuró— ¿Qué tal se porta? ¿Te deja satisfecha?

—Mamá —reí.

—Lo siento, terreno pantanoso, me queda claro. Pero por tu sonrojo, es bueno en lo que hace, tanto como en los juzgados.

—¿Sabes? Eso de que tú y yo tengamos estas confianzas...

—Soy una madre moderna, aunque mi hija pequeña no me preguntara por el sexo porque le daba vergüenza. Pero continúa, ¿qué te dijo anoche?

—Que no era solo sexo, puesto que me presentó a su padre.

—Oh, entonces la cosa va más en serio de lo que pensaba.

—En realidad me lo presentó porque fuimos a la fiesta que daba en su casa —reí.

—Da igual por qué fuera. ¿Recuerdas cuando tu padre nos presentó?

—Sí, no llevabais mucho tiempo saliendo, si mal no recuerdo.

—Exacto. Y quería que la persona más importante de su vida, conociera a la persona a la que empezaba a amar. Quédate con eso, cariño —sonrió acariciándome la mejilla.

Y me quedé pensando si acaso sería posible que Alex pudiera estar empezando a sentirse enamorado.

Capítulo 22



Llegué al bufete a mi hora habitual, y como mi padre aún no estaba allí, hice tiempo para esperarlo mientras revisaba los e-mails.

Tenía uno de Camila de la tarde anterior en el que me pedía que me pasara a lo largo de la mañana cuando tuviera un hueco por su oficina de Servicios Sociales para hablarme de un caso nuevo.

Estaba enviándole una respuesta cuando un par de golpecitos en la puerta de mi despacho rompieron con el silencio.

—Buenos días, papá —sonreí al verlo allí de pie.

—Buenos días, cariño. ¿Nos vamos?

—Sí, dame un segundo —miré el ordenador, terminé de teclear y envié el e-mail a Camila—. Listo.

Cogí mis cosas y cuando llegué a la puerta le di un beso a mi padre en la mejilla antes de irnos para la comisaría.

Cuando llegamos a la recepción Gloria estaba hablando por teléfono, y al vernos hizo una señal para que esperáramos, así que eso hicimos.

—Jimena era una llamada del juzgado —dijo al colgar—. Te la iba a pasar al despacho, pero no respondías.

—¿Qué pasa, Gloria? —curioseé.

—Cambian la hora del juicio que tenías mañana, en vez de a las diez, la pasan a las once y media.

—Ok, mándamelo a la agenda para que no me olvide.

—Claro, cielo —sonrió.

—Voy a estar fuera casi toda la mañana, cualquier cosa me llamas, ¿vale? —le pedí.

—Descuida.

Nos despedimos de ella y salimos del bufete para ir al aparcamiento donde tenía mi padre el coche, me dijo que después me llevaba él a ver a Camila y cuando acabara de hablar con ella, cogería un taxi para volver al bufete.

En el camino hasta la comisaría le pregunté de qué había hablado con Alex el día anterior, y se le dibujó una sonrisilla en los labios.

—De trabajo —contestó sin perder de vista la carretera.

—Papá, que tú y yo nos conocemos bien. Y Alex no me dijo nada sobre lo que hablasteis. Le diste tu famosa charla, ¿verdad?

—No sé de qué charla me hablas, hija.

—De la charla, papá, esa que le diste a uno de mis novios de la universidad.

—Ah, esa. Puede que mencionara algo, sí.

—Papá, que no tengo diecinueve años.

—Pero sigues siendo mi niña, y lo serás hasta el día que me muera. Te diré una cosa, Alex no es Oscar, así que ese miedo que has tenido desde que lo tuyo con esa garrapata terminó, déjalo a un lado porque no va a hacerte lo mismo. Conozco a su padre desde hace años, nos hemos enfrentado en los juzgados y ante todo somos colegas fuera de ellos, y ese muchacho es igual que él. Además, yo solo quiero que seas feliz.

En ese momento me llegó un mensaje al móvil, lo saqué del bolso y vi que era Alex, lo que hizo que se me dibujara una sonrisa en los labios.

Alex: *Buenos días, pequeña. ¿Estáis en comisaría? Si necesitáis algo, dímelo y voy para allá, hoy no tengo la mañana muy liada y estaré en el despacho.*

Jimena: *Buenos días, Alex. Estamos de camino. Gracias, pero no creo que necesitemos nada. Que tengas un buen día.*

Alex: *Aun así, aquí estoy para lo que necesitéis. Un beso, pequeña. Te echo de menos.*

Sonreí mientras notaba cómo mi corazón comenzaba a latir un poco más rápido que de costumbre. ¿Sería posible que con esas cuatro sencillas palabras Alex me hiciera sentir que sí era especial para él?

—Veo que te ha escrito Alex —comentó mi padre, y cuando lo miré estaba sonriendo de medio lado.

—¿Por qué supones que ha sido él? —Fruncí el ceño.

—Hija, tengo cincuenta y cinco años, he vivido lo suficiente como para saber que una sonrisa así, solo la provoca la persona que te gusta. ¿Qué te ha dicho? No debió afectarle demasiado mi charla de ayer.

—Que, si necesitamos algo, se lo diga.

—Eso no te ha hecho sonreír. ¿Qué ha sido?

—Me mandaba un beso, y ha dicho que me echa de menos —comenté sonrojándome, porque, aunque tuviera confianza con mi padre, igual que con Minerva, no dejaba de darme un poquito de vergüenza hablar con él de ciertos temas.

—Alex no es ningún chiquillo de universidad, y tampoco es un muchacho inmaduro. Tiene treinta y cinco años, y la vida le hizo crecer antes de tiempo. Sé que puedo confiarle a mi hija, y es lo que le dije ayer. Lo sé —me cortó al ver que abría la boca para hablar—, sé que por el momento os estáis conociendo y que tal vez esto no llegue a nada más que un romance de unos meses, pero como hombre que soy, te diré que con el tiempo se verá a dónde os lleva esto.

No dije nada, me había dejado sin argumentos por completo, así que el resto del camino, que no fue mucho, lo hicimos en silencio escuchando las noticias en la radio.

Aparcó cerca de la entrada de comisaría, fuimos hacia el mostrador de información y mi padre preguntó por el comisario Narváez, quien no tardó en aparecer por allí.

—Aitor, qué sorpresa verte por aquí —dijo aquel hombre que tendría la edad de mi padre, más o menos. Era tan alto como él y a pesar de tener unas facciones duras y autoritarias, su mirada, de un bonito color verde, y sonrisa eran de lo más amables.

—Jorge, te veo bien —contestó mi padre, mientras se daban un leve golpecito en la espalda a modo de saludo.

—Amigo, los años no pasan en balde. Pero creo que llevar tanto tiempo tras un escritorio, hace que me vea mejor. Dime, ¿qué te trae por aquí? ¿Algún caso?

—Algo así. Jorge, ella es Jimena, mi hija, ¿te acuerdas de ella?

—Jimena, claro que me acuerdo. Vaya, está hecha toda una mujer, lo que quiere decir que a nosotros nos hace ver más viejos, amigo mío —suspiró, y sonreí—. Hola, Jimena.

—Hola, comisario.

—No, no, por favor. Jorge, solo Jorge —sonrió con afecto y noté su mano en mi hombro—. Te

pareces mucho a tu madre, ella estaría orgullosa de ti, sé que eres abogada y de las buenas. Tu padre presume siempre que puede.

—¿Y qué padre no lo hace? —rio él.

—El mío, por ejemplo —contestó el comisario—. Pero qué vamos a esperar de un pobre diablo que se pasaba más tiempo borracho que sobrio. En fin, ese tema es para otro día. ¿Qué os trae por aquí?

—¿Podemos hablar en tu despacho? —le pidió mi padre— Es un asunto delicado, y necesito que veas algo.

—Claro, acompañadme —hizo un gesto con la mano hacia el pasillo y lo seguimos por él hasta los ascensores.

Entramos en uno y subimos en silencio hasta la segunda planta dado que había un par de agentes allí con nosotros. Una vez llegamos, el comisario nos llevó hasta su despacho, donde mi padre y yo nos sentamos en las dos sillas que había frente al escritorio.

Mi padre no esperó más tiempo y lo puso al día de lo que pasaba, le enseñó la carta, le dio el pendrive para que viera las grabaciones, y el comisario murmuró una maldición por lo bajo.

—Aitor, esto no es bueno. Tienes una larga lista de posibles candidatos a querer tu cabeza.

—Eso ya lo sé, genio. ¿Puedes hacer algo con esas imágenes? No sé, tratar de averiguar quién.

—Puedo intentarlo, aunque no te prometo nada. ¿Quieres que te ponga escolta policial? Esto es serio.

—No, no necesito llamar la atención. Sea quien sea el que ha mandado eso, estoy seguro de que solo quiere asustarme.

—Papá...

—Cariño, no va a pasar nada, ¿de acuerdo? —sonrió mientras me cogía la mano.

—Aquí dice que ha salido de la cárcel, puedo tratar de averiguar quiénes han sido recientemente puestos en libertad. Si coinciden con tus clientes, tendremos algo —dijo el comisario.

—Eso sería genial —contesté.

—¿Aitor? —el comisario miró a mi padre, y él asintió— Bien, pues cuando tenga esa lista, y si averiguo quién es el de la grabación, te llamo.

—Gracias, Jorge, sé que te pido mucho, pero...

—Los amigos están para eso —le cortó él—. Pero a ver si me llamas para hacer una barbacoa en

tu casa o algo —sonrió.

—Eso está hecho. De este verano no pasa.

Nos despedimos de él y salimos de comisaría en silencio, ese que se instaló en el coche cuando nos acomodamos y tan solo quedaba roto por la voz del locutor de radio.

Hasta que decidí hablar yo.

—Papá, tienes que tener cuidado, no sabemos qué puede intentar quien sea que mandó esa carta.

—No te preocupes por mí, ¿de acuerdo? Sé que Jorge dará con algo, no siempre ha sido comisario. Cuando era policía participó en varias redadas y arrestó a algunos de esos tipos que yo ayudé a meter en la cárcel. Y conociéndolo como lo conozco, aunque le haya dicho que no necesito vigilancia policial, sé que mandará a alguien a que vigile mi espalda —sonrió.

—Solo te pido que tengas cuidado, no quiero perderte a ti también, papá —se me quebró la voz y él me dio un leve apretón en la mano.

—Mi niña, te aseguro que tienes padre para rato. Ya te dije ayer que tengo que ver casadas a mis tres hijas —sonrió.

Me dejó en el centro de Servicios Sociales en el que trabajaba Camila y quedamos en vernos después para comer con Minerva y mis hermanas.

Entré en el edificio saludando a la mujer de recepción que estaba a esa hora, y caminé hasta el despacho de mi amiga, donde di un par de golpecitos y esperé a que me diera paso.

—Buenos días, Camila.

—Buenos días, Jimena —sonrió—. Siéntate, cielo. ¿Cómo ha ido el fin de semana?

—No ha estado mal —sonreí.

—Por cierto, me acaba de llamar Melisa, le ha llegado ya la transferencia del juzgado. Te aseguro que pensé que ese tipo no pagaría, seguro que la madre de Melisa se opuso hasta el último momento —volteó los ojos—. No sé cómo una madre puede dar veracidad a alguien que no lleva su sangre, en serio.

—Hemos visto cada caso... —le recordé.

—Cierto, no sé de qué me sorprende ya. En fin, vamos al lío.

Cogió una carpeta con el expediente de una mujer de treinta años, madre de dos niñas de cinco y siete años, que por lo que mostraban las fotos el marido pretendía golpearla hasta dejarla medio muerta. Por lo que leí en las declaraciones del atestado policial, varios vecinos consiguieron entrar en el piso y lo apartaron de ella, de modo que le salvaron la vida.

Las niñas fueron encontradas en el armario de la habitación, escondidas y llorando aterrorizadas.

—Fue el sábado por la noche, estuve con ella en el hospital y le dije que pondría a su disposición a la mejor abogada —sonrió—. Los padres de ella al menos la creen. Esta fue la primera vez y todos se aseguraron de que fuera la última.

—Bien. ¿Cómo se encuentra ella?

—Está en el hospital, tiene para algunos días allí aún.

—Vale, te mando luego los papeles que necesito que me rellenen, con que lo hagan los padres es suficiente. Cuando lo tengas me los envías por mensajero. ¿Tienes aquí los datos del marido?

—Sí.

—Ok, redacto la petición de orden de alejamiento en cuanto llegue al bufete para solicitarla en el juzgado y que nos la den cuanto antes. No creo que vayan a soltarlo, pero mejor prevenimos.

—Perfecto. ¿Quieres que concertemos una cita con los padres de ella?

—No, tranquila. De momento que se centren en las niñas y su hija. Cuando ella esté mejor organizamos todo, mientras iré preparando la demanda a falta de rellenar lo que ella me cuente después.

—Muy bien. Tú eres la que sabe cómo hacerlo mejor —sonrió de nuevo y me apuntó en un papel los datos de ella y del marido para solicitar la orden de alejamiento y comenzar a redactar la demanda.

—Pues me voy para el bufete, estamos en contacto.

Nos despedimos con un abrazo, salí del despacho y fui hacia la calle, donde vi que había un par de taxis en la parada que se encontraba a solo unos metros, subí a uno de ellos y le pedí que me llevara al bufete.

Allí pasaría el resto de la mañana hasta que fuera a comer con mis padres y las chicas como quedamos antes de que se fueran al viaje de luna de miel.

Capítulo 23



Entré en el restaurante y fui hacia la mesa donde ya estaban todos sentados. Mis hermanas sonrieron y Minerva me dio un abrazo y un beso.

—¿Hubo charla? —me preguntó en un susurro, refiriéndose al momento que habían pasado mi padre y Alex, solos en el salón de su casa.

—La hubo —suspiré—, pero creo que fue bien porque ha escrito hoy.

—Así que no va a salir corriendo, eso está bien —sonrió.

—Hermanita, llegas a tiempo para escuchar toda la historia de su viaje —dijo Lorena cuando me senté.

—Ya la escuché ayer.

—¿Ayer?

—Comí con ellos, tenía que hablar unas cosas con papá y...

—Vino con su chico —soltó de pronto mi padre.

—¿Llevaste a Alex a casa? Sí que vais en serio, sí, ya conocéis a vuestras familias —rio Sofía.

—Bueno, él me acompañó, así que se quedó a comer.

—Sea como sea, os veo bien juntos —Lorena sonrió mientras me acariciaba el brazo—. Y ahora mis dos hermanas mayores tienen pareja, así que, hay que celebrarlo.

—¿Tú también, Sofía? —curioseó Minerva.

—Desde el sábado, para ser exactos —sonreí.

—¿Quién es, hija? —se interesó mi padre, cogiendo su copa de vino para dar un sorbo.

Y Sofía les habló de esa pelirroja simpática y pizpireta que nos sacaba una sonrisa a todos cuando estábamos con ella.

No tardaron en decirle que querían conocerla, y entonces a mi padre se le ocurrió una idea.

—Hablaré con David para organizar una cena todos juntos, ¿qué os parece? Teniendo en cuenta que dos de mis hijas están saliendo con su hijo y su hija —sonrió.

—Y porque no tiene un tercero, sino, Lorena también —comentó Minerva.

—Tres hermanas para tres hermanos —reí.

Vino la camarera a tomarnos nota, pedimos la comida y pasamos un par de horas los cinco hablando del viaje, viendo las fotos que se habían hecho, escuchando lo que Minerva nos contaba de las visitas que habían hecho a algunos de los lugares de más interés en las islas griegas.

Después de comer y tomar café, mi padre se fue al bufete para ponerse al día con el trabajo y Minerva regresó a la tienda, por lo que las chicas y yo aprovechamos para ir al centro comercial y ver a Elena antes de nuestra clase de zumba de los lunes.

Allí estaba ella, viendo un escaparate con trajes de baño.

—¿Ya estás pensando en gastar? —dije pasándole el brazo por los hombros.

—Pues sí, me ha gustado ese bikini —señaló uno en rosa chicle con lacitos negros tanto en la bragueta como en la parte del canalillo del sujetador, que era muy mono.

—Oh, mirad, ese rojo con topitos blancos y negros me encanta —dijo Lorena—. Me lo voy a comprar.

Y entró en la tienda, cosa que no tardó en hacer también Elena con una sonrisa de oreja a oreja.

Sobraba de decir que acabamos las cuatro picando entre tanto bikini y nos compramos no uno, sino dos, cada una.

Fuimos a la cafetería donde hacían esos batidos de frutas y de helado que tanto nos gustaban a las cuatro, y mientras disfrutábamos de aquel momento fresco en esa tarde calurosa de verano, charlamos sobre nuestros amoríos.

—He encontrado algunas cosas en el contrato que me pasaste de Nico —le dijo Elena a Lorena—. Seguro que por ahí podemos tirar para hacer que esa bruja se marche para siempre.

—¿Qué cosas?

—Pues, por ejemplo, que bajo ningún concepto se llevaría una comisión por contratos de promoción superior al diez por ciento de lo que perciba Nico, y, ¿recuerdas que te pedí su

número? —Lorena asintió— Hablé con él, le pedí que me permitiera ver los movimientos de las cuentas a las que ella tenía acceso, y resulta que ha cobrado sin que Nico lo sepa, una comisión del quince y otra del dieciocho, con dos de las firmas en varias ocasiones. O sea, que se ha pasado por el arco la cláusula del contrato.

—Entonces eso significa que podría poner fin al contrato que tiene con ella —dije.

—Exacto. Tengo que hablar con Nico, y estoy segura de que querrá hacerlo. Posiblemente ella se negará y cuento con ello, pero tengo el mejor abogado laboralista en mente para llevar la denuncia.

—Saúl —sonreí al pensar en el abogado de nuestro bufete.

—Premio para la señorita.

—Conociéndola a ella, sé que no se lo va a poner fácil —comentó Lorena, mientras movía su batido con la pajita.

—Y Saúl a ella, tampoco. Tú, tranquila, que él se encarga de que ese contrato se acabe.

—Sabes que esa mujer lleva aprovechándose de Nico mucho tiempo, le conocemos desde hace un par de años y ya estaba así de antes de eso —dijo Sofía—. Vio la posibilidad de ganar más dinero sin que él lo sepa, y lo ha hecho. Eso a Nico no le va a gustar y lo sabes.

—Bueno, tú, tranquila, cariño, que antes de lo que imaginas tu chico se ha librado de esa víbora chupasangre —le di un apretón en la mano y asintió.

Y pasamos a interesarnos por Elena y Víctor. Mi mejor amiga no dejaba de sonreír mientras nos contaba que estaba cómoda con ese abogado que en los dos últimos años le pareció un pesado insistente, pero al parecer el mujeriego dijo no tener ojos para nadie más que para ella.

La veía feliz y esperaba que de verdad aquello que había comenzado con Víctor, a pesar de que estuvo tanto tiempo negándose a aceptar un simple café con él por ser conocido en los juzgados por tener una larga lista de conquistas, acabara en una bonita historia.

Nos despedimos de Sofía y Lorena, quedando en organizar algo para salir las cuatro en esa semana, y Elena y yo cogimos los coches para ir al gimnasio.

Nada más aparcar empezó a sonar mi móvil, y al sacarlo del bolso vi que era Alex.

—Hola —saludé.

—Hola, ¿cómo fue en la comisaría? Esperaba que me llamasen.

—Ay, Dios, se me olvidó por completo —me llevé la mano a la frente—. Estuve después viendo a la chica de Servicios Sociales por un caso nuevo, me puse a trabajar, fui a comer con mis padres y las chicas, y se me ha ido la cabeza, lo siento.

—Tranquila —noté que sonreía—, supuse que habías estado liada. ¿Qué os han dicho?

Le conté lo que hablaron mi padre y el comisario y que estábamos esperando que nos dijera algo, y se quedó un poco más tranquilo.

—Por cierto, me ha dicho mi padre que lo ha llamado el tuyo —dijo cuando acabé.

—Ah, sí, es que Sofía ya ha comentado que sale con tu hermana, así que mi padre ha pensado en cenar todos juntos, para que las familias se conozcan —sonreí.

—Han quedado para el sábado por la noche, te lo digo para que no te pille por sorpresa cuando te llame Aitor.

—Para el sábado, genial, pues entonces tendré que decirles a las chicas que nuestra salida para esta semana, tendrá que ser el viernes.

—Vaya, y yo que pensaba tenerte todo el fin de semana para mí solo.

—No sea usted tan avaricioso, letrado, que hay que compartir.

—Pequeña, no comparto lo que es mío. Pero si se trata de la familia no queda más remedio que hacer una excepción.

—Me alegra saber que no me compartirá con otros hombres.

—Nunca, esos labios solo los besaré yo, y ese cuerpo lo disfrutaré yo. ¿Tienes planes para el miércoles por la noche?

—Pues aparte de quedarme en casa viendo la televisión, nada en particular.

—Te invito a cenar en mi casa, y a dormir, obvio.

—Alex, el jueves tengo que ir al bufete...

—Yo te llevo, comemos juntos y te recojo para dejarte después en casa.

—¿Tantas ganas tienes de verme, después de la charla de mi padre?

—¿Qué charla, pequeña? No sé de qué me hablas.

—Otro como mi padre —reí—. Tú ganas, cenamos el miércoles.

—Y te quedas a dormir en mi casa.

—Vale, pero solo porque quiero darme un baño en el jacuzzi antes de dormir.

—Mmm, suena bien. ¿Baño con final feliz?

—Oh, Dios, no puedo contigo —volví a reír—. Tengo que dejarte, me esperan en clase de zumba. Nos vemos el miércoles.

—Contaré las horas. Adiós, pequeña.

—Adiós, Alex.

Colgué y cuando bajé del coche, Elena sonrió al verme llegar.

—Te ha llamado el rubio, ¿a que sí? —dijo mientras entrábamos.

—Quería saber cómo nos ha ido en comisaría esta mañana.

—¿En comisaría? ¿Qué ha pasado?

Le conté que mi padre finalmente sí admitió que la carta no era una simple broma y que había ido para hablar con el comisario y ver si podía ayudarlo a averiguar algo, y Alex estaba al tanto y por eso quería saber qué tal había ido.

Entramos a los vestuarios, nos cambiamos y fuimos hasta la sala donde ya estaban todas las compañeras y Nadia esperándonos.

—Bien, chicas, comenzamos con la clase —dijo la profesora.

—Venga, hora de la tortura para nuestros cuerpos —soltó Elena.

—¿Y lo tonificada que estás ya, cielo? —rio Nadia.

—Tonificada, sí, pero acabo como si me hubiera pasado una estampida de ñus por encima —volteó los ojos.

—Para el arrastre nos dejás, Nadia, querida —dijo Victoria.

—¿Ves? Como a Rambo, sin sentir las piernas —añadió Elena, haciendo que todas riéramos.

Capítulo 24



Acababa de llegar a casa después de pasarme toda la mañana entre el despacho y los juzgados, no había hecho más que dejar las cosas en la mesa del salón y quitarme los zapatos, cuando empezó a sonar mi móvil.

A ver quién me llamaba un martes a las cinco de la tarde.

—Hola, papá —sonreí.

—Hola, cariño. ¿Te pillo bien?

—Sí, sí, acabo de llegar a casa, dime.

—Ayer hablé con David, ya sabes, el padre de Alex. Hemos quedado en cenar el sábado todos juntos. Ya se lo he dicho a tus hermanas, no fuera a ser que tuvieran algún evento y hubiera que aplazarlo.

—Vale, por mí, bien —preferí no decirle que lo sabía desde el día anterior que me lo dijo Alex —. ¿Sabes algo del comisario? —pregunté.

—Lo he llamado y me ha dicho que están con las imágenes, quizá en un par de días me pueda decir algo sobre los que han sido puestos en libertad en estas últimas semanas, o meses.

—Tú, prométeme que vas a tener mucho cuidado, ¿vale?

—Sí, cariño, te lo prometo. No te entretengo más, date una ducha, ponte el pijama de ositos, hazte el moño y tírate en el sofá a comer helado.

—No es bueno que me conozcas tanto —reí.

—Un padre siempre conoce a sus hijos. Te quiero, mi niña.

—Y yo a ti, papá.

Colgué y fui hacia la habitación para hacer justo eso que había dicho él, darme una ducha relajante y refrescante, que con el calor que teníamos no sería de extrañar que cualquier día se me quedara la ropa pegada al cuerpo, y tras ponerme el pijama y hacerme el moño para estar cómoda por casa, fui a coger una tarrina de helado de tiramisú que me volvía loca.

Cogí el mando de la televisión y en ese momento estaban con una noticia de última hora.

—Es el segundo policía al que disparan en los últimos días desde un coche. Todo apunta a que pueda tratarse de alguna banda que quiera vengarse. Los agentes, identificados como L.R.A., y J.V.R., permanecen aún en el hospital. Ambos fueron intervenidos de urgencia y se temió por sus vidas en esas primeras horas críticas. La policía está tomando medidas al respecto, dado que, si fuera una banda en busca de venganza, desde aquí no descartamos que pueda haber más agentes heridos.

Aquello se había puesto más serio de lo que pensaba. En apenas dos días, pues según el titular que se veía en la pantalla el policía fue herido la noche anterior, ya eran dos los agentes contra los que atentaban. Tal como dijo David, los policías solían tener muchos enemigos.

Puse la serie a la que estaba enganchada y disfruté de mi helado mientras la veía.

No llevaba ni diez minutos de capítulo cuando me llegó un mensaje de Sofía.

Sofía: *Hola, hermanita. ¿Te ha dicho papá que tenemos cena familiar el sábado? No podemos quedar ese día para una noche de chicas, así que, ¿cuándo os va bien a Elena y a ti? Nosotras esta semana no tenemos nada que hacer, estamos libres.*

Jimena: *Hola, cariño. Sí, me ha llamado hace poco para decírmelo. Pues si a Elena le parece bien, nos vemos el viernes. Voy a llamarla y te cuento.*

Marqué el número de mi mejor amiga y apenas tardó un par de tonos en responder.

—Dime, nena.

—¿Cómo tienes el viernes? Para quedar con las chicas. El sábado tenemos la cena con el padre de Alex y Daniela.

—Oh, así que vais a tener una cena ambas familias. Qué bien, esto es como en la antigüedad, cuando los padres se reunían para hablar de la dote —rio.

—Qué loca estás, jodida —reí a mi vez.

—Venga, nos vemos el viernes entonces. ¿A qué hora y dónde?

—Te mando un mensaje después cuando lo hable con Sofía.

—Ok. Te dejo que voy camino del super a hacer compra. Cuídate, cariño.

—Y tú. Adiós.

Jimena: *Quedamos el viernes, solo tengo que decirle hora y lugar.*

Sofía: *Perfecto, pues mañana te digo, que me han hablado de un restaurante que tiene muy buena carne. Disfruta de tu tarde.*

Jimena: *Genial, un beso hermanita.*

Dejé el móvil en la mesa y seguí viendo la serie, hasta que aquel primer capítulo acabó y fui a dejar el helado en el congelador.

Saqué una pizza que tenía congelada, encendí el horno mientras la preparaba y la metí para que se hiciera.

Estaba cogiendo una Coca Cola de la nevera cuando me llegó un mensaje, sonreí al ver que era él.

Alex: *Veinticuatro horas para vernos, ¿qué te parece? ¿Tienes ganas?*

Jimena: *¿Y tú? ¿De verdad estás ilusionado conmigo, o solo es para que me enamore de ti y luego darme la patada?*

Vale, tal vez no debería haber sido tan brusca, pero es que no podía no pensar en ello dado que ya me había pasado una vez.

Su nombre apareció en la pantalla junto con el tono de llamada.

—Hola —saludé.

—Pequeña, no soy de los que hace que se ilusionen —fue lo que contestó—. ¿Eso hizo Oscar?

—Justo eso, sí.

—Pues quédate tranquila porque no quiero joderle ningún caso a tu padre. ¿Sabes que ya me había fijado en ti en los juzgados alguna vez?

—¿Qué dices? —Aquello sí que no me lo esperaba.

—Te había visto varias veces. Te pones muy seria cuando estás concentrada leyendo algo, y tienes un tic nervioso, ¿lo sabías?

—¿Un tic? —curioseé.

—Ajá. Te das golpecitos con el bolígrafo en la barbilla, mientras mueves ligeramente la pierna que tienes cruzada sobre la otra.

—Pero, ¿tanto te has fijado en mí para ver eso, que ni yo sabía qué hacía? O al menos, no de

manera consciente porque no me doy cuenta cuando lo hago, la verdad —sonreí.

—También te colocas el pelo detrás de la oreja cuando hablas con alguien y te sientes nerviosa. Y te muerdes el labio inferior antes de resoplar cuando estás agobiada.

—Alex, ¿cuánto tiempo me has estado observando en los juzgados?

—Los últimos dos años, cuando Víctor me decía que había visto a Elena y tú estabas con ella, tanto como para que pudieras considerarme un mirón o un acosador —rio.

—Madre mía, así que ya sabías quién era cuando nos conocimos.

—Siempre he sabido que eres la hija de Aitor, pero te veía como una colega de profesión. No te conocía, pero como te dije, sí sabía de alguno de tus casos. Sobra decir que en este tiempo he ido sintiendo que me gustabas cada día más.

—Alex...

—Ya te lo dije, pequeña, no es solo sexo.

—Que sepa que usted también me gusta, letrado —confesé.

—¿Y qué haces en tu casa sola pudiendo estar en la mía?

—Voy a cenar pizza, ya la tengo en el horno.

—¿De qué es? —curioseó.

—Jamón y queso.

—De las que me gustan. ¿Me invitas a cenar?

—Alex, mañana tenemos trabajo.

—Solo voy a cenar, te lo prometo, voy a ser un buen chico.

—Cuando llegues se habrá quedado fría.

—Estoy saliendo del bufete, ha sido una tarde de reuniones que creí que no terminarían nunca. Te veo en diez minutos.

Y colgó, sin decir más, haciendo que me quedara con una sonrisa de boba enamorada que hacía mucho no tenía.

Puse la mesa pequeña del salón, preparé un cuenco con olivas y un plato de patatas chips para acompañar a la pizza, y justo diez minutos después llegó Alex.

—Hola, pequeña —se inclinó para cogerme por la cintura.

Lo primero que hizo fue darme un beso de esos que me dejaban sin sentido, justo a tiempo de que el horno avisara que la pizza estaba lista.

La puse en un plato grande, cogí un par de los pequeños y cuando llegué al salón Alex ya se había quitado la chaqueta y la corbata.

No tardó en cogerme por la cintura para que me sentara entre sus piernas en el suelo, donde había colocado algunos cojines.

Pusimos la serie que yo estaba viendo y que él también seguía, por suerte se quedó en ese capítulo la noche anterior, y cenamos como si fuéramos una pareja de hacía años.

Me sentía cómoda con él, y sí tenía esa sensación de que lo nuestros no era solo sexo, sino algo más. ¿Amor? Quizás era pronto para usar esa palabra, pero como dijo mi padre, con el tiempo veríamos dónde nos llevaba esto que estaba empezando entre nosotros.

Después de cenar y recoger la mesa no pudimos evitar querer besarnos, y como siempre que estábamos juntos, una cosa llevó a la otra y acabamos haciéndolo allí mismo, en el sofá de mi casa, donde al terminar nos abrazamos hasta quedarnos dormidos.

Capítulo 25



Esa mañana despertamos en el sofá, con las piernas entrelazadas, completamente desnudos y yo notando el latido de su corazón en la palma de la mano, mientras la suya reposaba en mi cadera.

Sonreí como una tonta enamorada al verlo dormido, y no tardó en despertarse cuando le di un beso en la punta de la nariz.

Alex y yo nos dimos una ducha rápida, desayunamos y nos despedimos en la puerta de mi edificio, yo tenía que ir al bufete y él a casa a cambiarse de ropa antes de ir al juzgado.

Cuando entré en el despacho me encontré pensando que no estaría nada mal despertar así cada mañana, me había dado una sensación de paz y felicidad increíbles.

Me concentré en el trabajo, revisé el correo, envié algunos e-mails a mis clientes para confirmar las fechas de vista que me había notificado el juzgado el día anterior, y fui a ver a Camila para comentar con ella que ya había presentado la solicitud de orden de alejamiento para el marido de la mujer que aún seguía en el hospital.

Según le habían contado los padres, estaba mejor, esperaban que le dieran el alta al final de la semana y la llevarían a casa con ellos, donde la ayudarían con los niños y a recuperarse.

También me dijo que querían concertar la cita conmigo para cuando estuviera en casa, y le pedí que me avisara para organizarme.

Después de pasar por el juzgado a recoger unos papeles que me había pedido Ricardo, pues no le iba a dar tiempo a él, regresé al bufete a dejarlos en su despacho y fui a la tienda de Minerva.

Quería comer con ella como habíamos hecho otras veces, a fin de cuentas, era mi madre y a las dos nos gustaba pasar tiempo juntas.

Nos pusimos al día con el tema de Alex, sonrió cuando le dije lo que me había confesado por teléfono y acabó diciéndome que sabía que entre nosotros acabaría habiendo algo más.

También me comentó que una de las dependientas se iba a vivir con su novio a Cantabria, donde

la trasladaban los del banco, e iba a empezar a buscar a alguien para sustituirla.

Y después de un par de cafés, regresar a casa y dormir un par de horas en mi cómoda cama, aquí me encontraba ahora esperando a que Alex me recogiera para ir a cenar a su casa.

No tardó en enviarme un mensaje para avisar que ya estaba esperando en la calle.

Bajé con la bolsa de ropa que llevaría al día siguiente al trabajo, y lo vi dentro del coche hablando por teléfono, así que lo guardé en el maletero y subí.

—Hola —sonreí cuando me vio después de colgar.

—Hola, pequeña —me dio un beso en los labios—. Siento el retraso, tuve una reunión con un cliente.

—Ah, tranquilo. ¿Qué vamos a cenar?

—Buena pregunta. ¿A ti qué te apetece? Podemos pasar por comida china, mexicana o italiana.

—Hum, pues mexicana, me apetecen unas quesadillas y unos tacos.

—Sus deseos son órdenes para mí, letrada —hizo un guiño y sonreí.

Se incorporó al tráfico y llamó con el manos libres del coche al restaurante mexicano que dijo que estaba cerca de su casa, hizo el pedido para que lo fueran preparando y pasamos a recogerlo.

Durante todo el camino llevó mi mano entrelazada con la suya, incluso de vez en cuando se la acercaba a los labios para besarla.

Cuando llegamos a casa él se encargó de la comida y yo de mi bolsa de ropa, y mientras servía todo en platos y preparaba la mesa de café en el salón, fui a la habitación para colgar la ropa en el vestidor para que estuviera perfecta al día siguiente.

—Eso huele de maravilla —dije al regresar al salón, donde lo vi sirviendo el vino.

—¿Vemos la serie?

—Claro —sonreí y, sin poder evitarlo, me puse de puntillas para besarle en los labios cuando llegué a su lado—. Me gusta saber que tenemos gustos en común.

—Tenemos mucho más en común de lo que crees, pequeña —me dio un beso rápido y al igual que la noche anterior en mi casa, nos acomodamos en los cojines que había colocado en el suelo.

Cenamos viendo la serie entre besos, miradas cómplices, caricias, y algo que me pareció muy íntimo y que no había hecho nunca antes, dejándolo que me diera de comer algún que otro bocado.

—Ahora me apetece comer helado —dije cuando terminamos con toda la comida mexicana.

—Tengo algunas tarrinas en el congelador —contestó.

—¿Tienes helado? —pregunté abriendo los ojos, pues no me lo esperaba.

—¿Te recuerdo que tengo una hermana de veinte años, que de vez en cuando viene a cenar aquí? Y no solo eso, cuando Daniela tenía dieciséis años y tuvo su primera decepción amorosa, descubrí que las mujeres soportáis mejor esas cosas con chocolates, helado y hasta alcohol en algunos casos —sonrió.

—Eres un hermano mayor diferente a otros hombres —reí.

—Soy casi como un segundo padre para ella, procuro cuidarla como lo hace él. Y ahora dime: ¿prefieres fresa, vainilla, chocolate con pepitas, limón, o frambuesa?

—Hum, chocolate con pepitas —sonreí.

—Ahora mismo te lo traigo, pequeña —me dio un beso en los labios y se levantó para recoger la mesa e ir a la cocina.

Ni modo que me dejara ayudarlo, pues cuando se lo dije me echó una mirada que me hizo quedarme allí sentada como una buena chica.

Regresó con la tarrina de helado y dos cucharas, volvió a sentarse y seguimos viendo la serie, solo que el señor empezó a besarme en el cuello y ese era un terreno peligroso.

Poco a poco me fue excitando y acabó por desnudarse y desnudarme a mí, quitamos la serie y lo vi sonreír de un modo un tanto peligroso mientras me miraba con esos ojos marrones con las motitas ámbar centelleando con malicia.

—¿Qué se te está pasando por esa cabecita? —pregunté, recostada en el suelo, con las piernas ligeramente abiertas y él arrodillado ante mí.

—Ya lo verás —dijo inclinándose y gemí al notar su lengua deslizándose por mi clítoris en una rápida y sensual lamida.

No tardé en verlo coger la tarrina de helado y la cuchara, con la que cogió un poco y lo puso en mi pezón.

—¡Joder, qué frío! —grité.

—Pues tú estás muy caliente porque se está empezando a derretir —sonrió y acabó inclinándose para llevarse mi pezón con el helado a la boca—. Mmm, delicioso —murmuró mientras se lamía los labios.

—Alex, por Dios, que tengo los pezones sensibles y eso está helado.

—De ahí la palabra, cariño —contestó mientras cogía otro poco con la cuchara y lo extendía en

mi pezón—. Helado, dicese del alimento dulce, elaborado con leche y otros ingredientes, que se consume en cierto grado de congelación.

—Vaya, no sabía que eras un diccionario andante —reí, al ver cómo se lamía los labios antes de abrir la boca para saborear mi pezón y el helado de chocolate.

—Soy una cajita de sorpresas, lo sé —hizo un guiño y negué mientras reía.

Lo vi coger más helado y no dudó en extenderlo desde el canalillo hasta el ombligo, y lo lamió de abajo arriba sin apartar la mirada de la mía.

Ver el deseo en sus ojos hacía que me excitara aún más de lo que ya estaba.

—Alex, no —le advertí cuando vi que su sonrisa se volvía aún más diabólica, e intuí sus intenciones—. No, ahí abajo no lo pongas que está muy frío.

—Mejor, así te refrescas que te veo muy acalorada —contestó el muy jodido mientras extendía el helado en mi zona íntima.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Alex!

—¿Sí, pequeña?

—Por el amor de Dios, lámelo que está congelado.

—Mmm, justo lo que pensaba hacer.

Se inclinó, colocó mis piernas sobre sus hombros y comenzó a lamer despacio, saboreando el helado que había puesto ahí, y cuando terminó de degustar aquel dulce frío de entre mis pliegues, aumentó el ritmo con su juguetona lengua al tiempo que me penetraba.

Me iba a volver loca, de verdad, pero loca de placer por cómo movía su lengua y me penetraba con dos dedos.

Acabé gritando desesperada presa del orgasmo que me envolvía en ese momento, y antes de que se disipara esa última oleada de placer, Alex se adentró en mí con fuerza, llenándome por completo, haciendo que me agarrara a sus brazos clavando los dedos en su piel.

Ambos nos movíamos al unísono, gimiendo y buscando liberar el clímax, que no se hizo esperar.

Cuando acabamos, Alex se dejó caer sobre mí, apoyando la frente en el hombro mientras esperábamos que nuestras respiraciones y pulsaciones se normalizaran.

Mi móvil empezó a sonar y Alex se incorporó para cogerlo, pues lo tenía en la mesa.

—Es tu madre —dijo entregándomelo.

Fruncí el ceño pues me extrañaba que Minerva me estuviera llamando a esa hora, tal vez le había

pasado algo a mi padre.

—¿Minerva?

—Jimena, cariño —la noté alterada.

—¿Qué pasa? —aparté a Alex con una mano en el pecho y se levantó para que pudiera sentarme.

—Es Lorena, no sé... No sé qué ha pasado. Me acaban de llamar del hospital, ha tenido un accidente con el coche.

—¿Qué? —Me levanté buscando la ropa— ¿Dónde estás?

—Me he quedado hasta tarde en la tienda, voy ahora para allá. No localizo a tu padre, no me lo coge.

—¿Y dónde estaba él? —pregunté mientras me ponía las bragas y los vaqueros, viendo cómo Alex también comenzaba a vestirse.

—Creo que iba a verse con el padre de Alex, pero ahora mismo no lo sé. Estoy muy nerviosa, Jimena.

—Vale, cálmate, y no cojas el coche, ¿ok? Ve al hospital en taxi, no conduzcas en tu estado.

—Vale, cariño, nos vemos allí.

—Sí, salgo para allá en cinco minutos.

—¿Qué ha pasado, pequeña? —se interesó Alex mientras se abrochaba los botones de la camisa.

—Mi hermana Lorena ha tenido un accidente con el coche, no sé más. Y Minerva no localiza a mi padre, cree que está con el tuyo.

—Voy a llamarlo —cogió su móvil y lo llamó mientras yo terminaba de vestirme y coger mis cosas para salir de casa.

Por suerte nuestros padres estaban juntos tomando una cerveza y poniéndose al día, así que ambos iban a ir al hospital. Llamé a Sofía para decírselo y quedamos en vernos allí, la había pillado en casa grabando unos vídeos para las redes.

—Tranquila, seguro que está bien —me dijo Alex, cogiéndome la mano y llevándosela a los labios para besarla.

—Eso espero —no dejaba de temblarme la pierna por los nervios, y miraba por la ventana del coche sin saber realmente lo que veía, solo eran puntos en la calle que pasaban rápido ante mis ojos.

Cuando llegamos al hospital aún no había nadie de mi familia, así que pregunté por Lorena, dije

que era su hermana y me llevaron a la sala donde la habían atendido.

—Lorena —grité de alivio al verla viva, en una camilla, con un gotero y la pierna en alto.

—Jimena —sollozó.

—Ya está cariño —la abracé, y vi que tenía algunos cortes en la cara, pero no eran muy graves —. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé, el coche de repente dejó de responderme y di un volantazo para esquivar un coche que tenía delante, me fui por el terraplén y ahí me rescataron. Dicen que tengo un esguince en el tobillo, además de estos cortes. Voy a tener que usar muchas cremas para disimular las cicatrices en los vídeos —suspiró.

—Madre mía, pues para lo que podía haber sido, desde luego que no te has hecho nada. Tienes un ángel de la guarda que se ha ganado el cielo —sonreí.

—Ese pobre está ya de mí hasta el moño, cada vez que me ve salir de casa debe decir: ahí va la intrépida otra vez —resopló.

—Tu madre está que se come las uñas, no le han dicho cómo estabas, y claro, nos tienes a los cuatro cagados de miedo.

—Lo siento.

—Estás bien, y es lo que importa.

—Lorena, ¿cómo te sientes? —preguntó un médico de unos cuarenta años entrando en la sala.

—¿Le soy sincera? Solo me falta ver unicornios volando, ¿qué me han pinchado?

—Algo parecido a la morfina —sonrió—. No es una rotura, pero el esguince también es doloroso. Van a ponerte ahora un vendaje, te darán instrucciones y el alta. A no ser que quieras quedarte aquí esta noche.

—Jimena —me llamó en un tono que, estaba segura, creía que era un susurro, pero no lo había sido—. ¿El médico me está haciendo ojitos? Que yo estoy coladita por Nico.

—Lorena, por Dios, que te está oyendo.

—¿Qué? Ay, por favor, qué vergüenza —se tapó la cara con ambas manos.

—Es por la medicación, tranquila —le dijo con una sonrisa.

—No me lo tenga en cuenta, que yo no soy así.

—Ya imagino. Entonces, ¿te quedas esta noche o te damos el alta?

—Que me den el alta, prefiero pasar mi vergüenza en casa, gracias.

El médico asintió y mi hermana seguía haciéndose cruces por lo que acababa de hacer mientras yo no dejaba de reírme.

Entraron un par de enfermeras para ponerle el vendaje y le dije que la esperaba fuera.

Cuando regresé a la sala de espera ya estaban todos allí, les dije que estaba bien y que iban a inmovilizarle el tobillo y podía irse a casa, y Minerva se abrazó a mi padre llorando.

—Dice que le falló el coche.

—Pero si es nuevo, ¿cómo va a fallar? —preguntó Sofia con el ceño fruncido.

—Pues no lo sé, pero me ha dicho que no le respondía y que, al dar un volantazo para esquivar un coche, fue terraplén abajo.

—Hay que llamar a la policía, a ver dónde han llevado el coche, y que lo revisen en el concesionario —dijo mi padre.

Lorena no tardó en aparecer en una silla de ruedas que llevaba un celador, tenía dos muletas y al verla mis padres, la abrazaron y besaron antes de ayudarla a levantarse.

—Te vienes a casa, cariño.

—Mamá, en vuestra casa va a estar sola igual que en la suya —dijo Sofia—. Se viene a la mía que estoy trabajando desde allí.

—Bueno, está bien, pero cualquier cosa que necesitéis, me llamas.

—Descuida, que lo haremos —sonrió.

—Oye, ¿y yo cómo salgo el viernes con vosotras? —preguntó mirándome— Las muletas no son cómodas.

—Tú tranquila, que iremos a cenar y luego solo a tomar una copa, tú un refresco, por la medicación, y de bailar, nada —le advertí.

—¡Oye, oye! ¡Espera! —llamó al celador— ¿La silla me la puedes dejar para el viernes?

—Lorena —protestó Minerva.

—Había que intentarlo —mi hermana pequeña se encogió de hombros, sin duda estaba así por lo que le habían suministrado para el dolor, así que se lo perdonáramos.

El padre de Alex dijo que, si queríamos aplazar la cena del sábado para otro día, no había problema, pero Lorena fue la primera en decir que no, que por un pequeño esguince sin importancia no iba a chafarles la cena familiar a sus padres y a sus hermanas.

Se fue con Sofía a casa, pero antes iban a pasar por la de Lorena para coger algunas cosas que necesitaría, nos despedimos de nuestros padres y Alex y yo volvimos a su casa.

Cuando entramos en la habitación nos quedamos en ropa interior y nos metimos en la cama, abrazados, dejando nuestro gran momento jacuzzi para otro día.

Capítulo 26



Llegué al restaurante donde Sofía reservó mesa justo cuando llegaba Elena.

—¡Guapa, más que guapa! —gritó la muy loca, acercándose a mí.

—Calla, por Dios que nos está mirando todo el mundo —reí, negando.

—¿Y? Que vean lo guapa que es mi mejor amiga. Pero, ¡tiene novio! Una pena, chicos —hizo un puchero mirando a un grupo de cuatro chicos que pasaban por nuestro lado, sonriendo.

—Sí que es una pena, sí —comentó uno de ellos.

—Yo te mato, Elena.

—Qué va, con lo que me quieres —me dio un beso en la mejilla colgándose de mi brazo para entrar en el bar—. ¿Cómo está la pequeña de la familia?

—Con muletas, y Sofía hasta las narices de ella.

—Pobres.

—Oye, tú estás muy contenta o me lo parece a mí.

—Lo estoy, nena, lo estoy —sonrió—. Víctor me invita a pasar el fin de semana fuera. Nos vamos a un hotelito con spa.

—Mira, la que decía que era un pesado y un insistente —reí.

—Pues me retracto, abogada, es un amor de hombre.

—Me alegro. Ahí están las chicas.

—Lorena, cariño, ¿qué tal el tobillo? —le preguntó Elena, dándole un abrazo.

—Duele un poco, sobre todo noto los pinchazos molestos, pero con las pastillas al menos puedo dormir sin enterarme.

—Yo estoy bien, gracias —dijo Sofía, volteando los ojos—. No he visto una enferma peor que ella. Todo el día pidiendo cosas. Tendría que haberme callado y dejar que se la llevara mamá a casa.

—Te habría llamado para que me hicieras compañía —le contestó la pequeña.

—No, lo peor del asunto es que yo misma habría ido a casa para hacerte compañía sin que me lo pidieras —resopló.

—Mira, Pili y Mili en acción —rio Elena.

Fuimos a la mesa, pues estaban esperándonos en la barra, nos sentamos y pedimos refrescos para todas, nos íbamos a solidarizar con mi hermana pequeña al menos durante la cena.

Tal como dijo Sofía, la especialidad del restaurante era la carne, tenían varios tipos y de diferentes formas cocinadas, así que acabamos decantándonos por un par de bandejas de carne a la piedra acompañada de patatas y verduras al vapor, estaba todo buenísimo.

Mientras comíamos Lorena nos comentó que mi padre ya había hablado con los del concesionario para que revisaran el coche y que les había advertido que como fuera algún defecto de fábrica, les iba a poner una denuncia que les cerraba el negocio.

Lo gracioso del asunto es que sí, lo veía capaz de eso, porque él por sus hijas hacía lo que fuera.

—Nos han contratado para un evento el martes por la noche, así que voy a ir de un glamuroso con la venda y las muletas... —resopló la pobre.

—Ya te he dicho que Julián se encarga de tunearlo todo —le dijo Sofía.

—A ver cómo quedan las muletas con la tela del vestido y el vendaje, si ya de por sí me da calor, con la tela por encima me voy a asar como un pollo —suspiró.

—¿Van a tunear las muletas con la tela del vestido? —pregunté.

—Eso ha dicho el chico que nos contrata para los eventos de esa firma —contestó Sofía.

—Igual hasta creas tendencia, cariño —sonrió Elena—. Verás que al final las estrellas de Hollywood cogen la idea y hacen lo mismo en caso de esguince.

Después de la carne pedimos un postre a base de hojaldre, crema pastelera, fresas laminadas y nata, que estaba riquísimo, nos invitaron a un chupito de licor, sin alcohol para que Lorena pudiera tomarlo, y tras pagar la cuenta cogimos un taxi para ir a uno de los locales donde solíamos salir.

Cuando llegamos había un montón de gente esperando para entrar, pero al ver a las dos influencers, el portero nos dejó entrar como ya era costumbre.

—Esto de tener enchufe mola —rio Elena, yendo hacia la zona de las mesas, con la suerte de que había varias libres.

Nos acomodamos en una y Sofía y Elena fueron a pedir, mientras yo me quedaba haciendo compañía a nuestra niña.

—¿Qué tal con Nico? —le pregunté.

—No sé nada de él —se encogió de hombros y miró hacia otro lado.

—Lorena, ¿qué pasa, cariño?

—La noche del accidente, no os dije toda la verdad.

—¿Qué verdad?

—Había estado con él, pero ella lo llamó y como siempre, se fue corriendo para que no le montara después un numerito. Le grité, le dije que no me llamara más si no iba a querer estar conmigo cuando se librara de ella, y me fui corriendo sin detenerme cuando empezó a llamarme. Subí al coche y conduje, sé que en el tramo donde tuve el accidente iba un poco rápido y a lo mejor por eso, no me respondió.

—Mi niña, te podía haber pasado algo —le acaricié la mejilla.

—Lo sé, pero estaba llorando y no quería pensar en nada. Me duele no poder estar con él, Jimena. Le quiero, estoy enamorada de él y sé que él también, pero estoy cansada de que tenga que salir corriendo cuando ella lo llama —estaba empezando a llorar, así que me acerqué para abrazarla.

—Ay, cariño, a veces el amor es así de...

—¿Asqueroso? Porque estar enamorada a veces da asco.

—Es una manera de decirlo, sí —sonreí—. Elena va a hacer que el asunto con ella se arregle y verás como podéis estar juntos.

—Algunas veces pienso que no quiere dejarla, que no quiere estar conmigo. Ella es mayor, ¿sabes? Tiene treinta y dos años y sé que tiene más experiencia que yo en, ya sabes...

—Mi niña, no todo en el sexo es cuestión de experiencia. Lo bonito de una pareja es experimentar y que os conozcáis, que lleguéis a saber qué le gusta a cada uno, que os sorprendáis alguna que otra vez —sonreí sin poder evitar pensar en la noche del miércoles cuando a Alex le dio por comerse el helado en mi cuerpo—. Además, tú tienes algo que ella no podrá darle nunca.

—¿El qué?

—Tu amor, cariño, porque se ve que lo quieres de verdad y eso él lo nota. Te lo digo yo que he visto cómo te mira y te busca cuando no estás cerca, y siempre quiere tu contacto. Confía y sé paciente, porque cuando se libre de esa sanguijuela, no se va a despegar de ti.

—Aquí está el alcohol —dijo Elena, dejando dos gin tonics en la mesa, mientras Sofía dejaba otro una Coca Cola para Lorena—. Tú, refresco, que solo faltaba que mezclaras las pastillas con el alcohol y si se te acerca alguien pienses que está coqueteando contigo.

—Ay, por favor, qué vergüenza pasé —rio cubriéndose la cara, y nosotras con ella.

Nos tomamos aquella primera copa allí sentadas tranquilamente, Sofía y Elena fueron por una segunda ronda y a la vuelta comenzó a sonar una canción que las cuatro habíamos hecho nuestra después de alguna ruptura.

En pie, y Lorena con las muletas, empezamos a cantar y bailar “*La bachata*” de Manuel Turizo.

“Te bloquee de Insta, pero por otra cuenta veo tus historias...”

Nos reímos porque esa fue Elena, quien después de encontrar a su supuesta amiga cabalgando sobre su novio, se creó una cuenta para ver su perfil y empezó a coquetear con él, mandándole los mensajes a la otra.

“Tú me enseñaste a no amar a cualquiera...”

Eso me lo quedaba para mí, porque Oscar había sido el hombre que más daño me había hecho en cuestiones de amor.

Y sí, como decía la canción, ojalá él alguna vez se enamorase como yo lo había hecho de él y que le hicieran lo mismo, jugar con sus sentimientos y pisotearlos como si no valieran nada.

Seguimos allí bailando y para hacerlo con muletas, Lorena, se defendía bastante bien.

Notamos que se nos acercaba un grupo de chicos que las habían reconocido a ella y a Sofía, se hicieron algunas fotos y se interesaron por lo que le había pasado.

Ya estábamos acostumbradas a eso, así que tanto Elena, como yo, hacíamos de fotógrafas con mucho gusto.

Eran cerca de las dos cuando decidimos dar la noche por finalizada, Elena tenía que levantarse temprano para irse de viaje con su abogado, y nosotras queríamos descansar, ya que la noche siguiente teníamos cena familiar.

Cogimos un taxi y fui dejando a todas en casa hasta que me llevó a la mía. Eran ya casi las dos y media y no se veía un alma en mi calle, estaba todo tranquilo y apenas había algunas luces encendidas en casa de los vecinos.

Escuché el motor de un coche acercándose y al mirar hacia la carretera vi uno negro pasando despacio, había dos personas dentro, pero no le di mayor importancia, seguro que era alguien buscando aparcamiento porque aquí eso era como que te tocara la lotería, te podías poner a dar saltos de alegría y estar así hasta subir a casa.

Entré en el edificio y cuando me subí al ascensor saqué el móvil y sonreí al ver un mensaje de Alex.

Me había enviado una foto de sus piernas, estaba sentado en el sofá y tenía la serie puesta en la televisión.

Alex: *Voy a ser bueno y no la voy a ver solo. Espero que te hayas divertido, pequeña. Nos vemos mañana, y no vas a salir de mi casa hasta el lunes que te lleve al bufete, así que, trae ropa. Te echo de menos.*

Cerré los ojos con esa sonrisa de enamorada mientras pensaba en él. Yo también lo echaba de menos, y mucho.

Capítulo 27



Acababa de ponerme las sandalias cuando me llegó un mensaje de Alex para avisarme que estaba esperando abajo.

Cogí el bolso y la bolsa de ropa que llevaría a su casa para quedarme hasta el lunes, y salí de casa.

Estaba apoyado en el coche, con los tobillos cruzados y las manos en los bolsillos. Sonrió al verme y me atrajo hacia él cuando apenas nos separaban unos pocos pasos para besarme.

Sus besos se habían convertido en algo tan adictivo para mí como el chocolate, y había veces en la que me sorprendía a mí misma pensando en alguno de los muchos que me había dado mientras me acariciaba los labios.

—Hola, pequeña.

—Hola.

—¿Lista?

—Sí —sonreí.

Cogió la bolsa donde llevaba mi ropa y la guardó en el maletero, nos acomodamos en el coche y lo puso en marcha para ir hacia el restaurante donde mi padre y el suyo habían reservado mesa para la cena.

Se me escapó una risilla al recordar lo que había dicho Elena cuando le dije que cenaríamos con nuestros padres, Alex me miró y arqueó la ceja.

—¿De qué te ríes?

—Oh, tranquilo, no es de ti.

—Me alegro de que no sea de mí —volteó los ojos.

—Es que cuando le dije a Elena que cenaríamos con tu padre, así en plan presentación de las familias, dijo que era como antiguamente cuando se celebraban las cenas para hablar de la dote.

—Estoy seguro que mi padre le ofrecerá al tuyo dos caballos, tres cabras y un cochino si te casas conmigo —disimuló una sonrisa.

—Ah, muy bonito, ¿eso valgo? ¿No hay una casa en mitad del campo para acompañarlos y criarlos allí?

—Ya tenemos mi casa, podemos vivir ahí.

—Ya nos estás llevando al altar, y como quien dice, acabamos de conocernos.

—¿Y? Hay parejas que se pasan media vida de novios y aun así no terminan de conocerse bien ni siquiera estando casados.

Razón no le faltaba, pues eso mismo me había dicho Gloria cuando se acabó mi relación con Oscar.

Llegamos al restaurante y tras aparcar, entramos a aquel lujoso lugar de paredes con azulejos que simulaban el mármol gris más brillante, suelos negros y mobiliario blanco con manteles en color burdeos.

Vimos a Sofía y Lorena en la barra y fuimos hacia ellas, ambas saludaron a Alex con un abrazo afectuoso y él le preguntó a Sofía si estaba nerviosa.

—Ya conozco a tu padre, no es la primera vez que voy a verle —sonrió ella.

—Es la primera vez en calidad de pareja de su hija pequeña —contestó él.

—Está nerviosa, que no te engañe —dijo Lorena—. Lleva todo el día diciendo que igual su padre piensa que no es buena para su hija.

—Te aseguro que no lo va a pensar. Para mi padre lo principal es que, quien esté con Daniela, la quiera y respete, sin más.

Sofía asintió y le dio un sorbo a su copa de vino, sin duda nerviosa porque, aunque conocía a David, lo había hecho como amiga de su hija, y no como pareja.

No tardamos en ver llegar a Daniela, esa pelirroja pizpireta y con su bonita sonrisa en los labios que nos saludó a todos con un abrazo de esos que te dejaban sin respiración, y un par de besos.

—Lorena, ¿qué tal el tobillo? —le preguntó.

—Pues ahí lo llevo, con el vendaje glamuroso del hospital —resopló.

—Me ha hecho cambiarle el color del esmalte de las uñas, seis veces —protestó Sofía.

—Qué exagerada, solo han sido cuatro.

—No me extraña que Elena os llame Pili y Mili —rio Daniela.

—Hola, chicas —nos giramos al escuchar la voz de Minerva, y ahí estaba también mi padre, con una sonrisa de las suyas al ver a sus tres niñas juntas.

Después de los saludos y de que Minerva le diera unos mimos a Lorena, vimos llegar a David, que abrazó a su hija pequeña con una amplia sonrisa antes de saludar al resto.

—¿Vamos a la mesa? —preguntó mi padre, y asentimos.

Una camarera nos acompañó hasta el fondo, donde había una mesa redonda en la que todos veríamos a todos sin problema.

Pidieron una botella de vino blanco y agua, y David pidió unos entrantes para compartir.

Tostas de queso y salmón con cebolla caramelizada y unos canapés de paté.

Después cada uno pidió un plato principal, algunos de pescado y otros de carne.

—Así que al final entre vosotras, ha surgido algo más que amistad —dijo David con una sonrisa mirando a Daniela y Sofía.

—Eso parece —respondió mi hermana un poco sonrojada.

—A mí ya me gustaba ella, papá, pero creo que no se daba cuenta —sonrió Daniela.

—Se daba cuenta, pero como aún eres joven, no quería que te sintieras atada a una relación —le contestó Lorena.

—No veo una enorme diferencia de edad —comentó David—. Daniela me ha dicho que tienes veinticuatro años.

—Así es —sonrió Sofía—. Pero sé lo que es tener sentimientos hacia alguien mayor. Tuve una pareja que era seis años mayor y me sentí atada a esa relación después de llevar saliendo un año y unos meses. Me decía qué podía o no hacer, si el evento al que iba le parecía bien o mal.

—Era una mujer un poquito posesiva y celosa —dijo Lorena.

—No quería que ella se sintiera así conmigo.

—Pero Sofía, tú no eres posesiva ni celosa —Daniela sonrió mientras le cogía la mano por encima de la mesa, gesto que a su padre y a los nuestros les hizo sonreír—. Sabes que tengo un evento en Madrid dentro de dos semanas y no me has dicho que quieras venir conmigo para vigilarme. Ella a ti sí te hizo eso.

—Sofía, conozco a mi hija, le costó mucho contarme que le gustaban las chicas, cuando lo hizo,

apenas me miraba pensando que iba a enfadarme. Nosotros no escogemos de quién nos enamoramos, pero puedo decirte algo. Desde que te conoce, cada vez que me hablaba de algo que le habías enseñado para sus vídeos y cosas de influencer, la sonrisa y el brillo de sus ojos la delataba. Igual que a ti cada vez que la miras. Sin duda el destino os unió por algo, y me alegro de que mi hija esté con una persona a la que quiere y que, estoy seguro, la va a hacer feliz.

—Ya me hace feliz, papá.

—Pues me alegro mucho, hija —rio.

Brindamos y en ese momento sirvieron los entrantes. David se interesó por mí, me dijo que sabía que me involucraba mucho en los casos que llevaba y alabó el hecho de que algunos de esos casos los hiciéramos en el bufete de manera altruista ayudando a personas con pocos recursos.

—Solo quiero ayudar a esas chicas o mujeres a dejar esa vida atrás —contesté.

—Y eso te honra. Me consta por alguno de los casos que hemos llevado en nuestro bufete, que a veces la otra parte lo puede poner muy difícil.

—Sí, pero lo peor es cuando la familia de esa mujer no cree en sus palabras y las deja a su suerte. La semana pasada tuvimos la vista de un juicio en el que los padres de ella vinieron, pero dando todo su apoyo al marido. Seguían viéndolo como el hijo de sus amigos, un joven decente y trabajador que ante ellos ni siquiera le había levantado la voz a su hija. Pero en casa todo era diferente, y el testimonio de algunos vecinos fue primordial.

—No me imagino no creyendo a mis hijas si me contaran que su pareja les ha puesto una mano encima —dijo Minerva—. Un hijo es lo que más duele en esta vida, y como padres nos comprometemos a protegerles y ayudarlos siempre.

—Así es, pero muchos no predicán con el ejemplo —suspiré.

—Bueno, dejemos de hablar de trabajo. ¿Cómo te trata mi hijo? —me preguntó.

—Muy bien —sonreí.

—Más le vale, que su madre y yo lo educamos para ser un buen hombre. Si algún día se desvía del buen camino, me lo dices.

—Solo faltaba que los años que tiene mi hermano, digas que lo vas a castigar, papá.

—No le des ideas, hermanita —rio Alex.

—Veo que mis hijos han tenido suerte. Sofía, Jimena, me vais a permitir daros las gracias porque desde que estáis en sus vidas, los veo sonreír más. Sobre todo, a Alex, que por su trabajo es más serio que Daniela y le cuesta, le cuesta dejar ver una sonrisa en sus labios. Os deseo a los cuatro lo mejor, así que no me queda más que deciros a ambas: bienvenidas a mi familia —levantó su copa y todos hicimos lo mismo para brindar.

—Y vosotros a la nuestra —añadió mi padre, mirando a Alex y a su hermana.

—Aitor, si nos llegan a decir hace años que, además de enfrentarnos en los juzgados, íbamos a ser consuegros, nos habríamos echado a reír —comentó David.

—Y aquí estamos, consuegros por partida doble —sonrió mi padre.

Seguimos cenando y no faltaron risas ni anécdotas de nuestros padres en muchos de esos juicios en los que habían sido rivales, por decirlo de algún modo. Pero a pesar de ello se llevaban bien, no es que fueran mejores amigos de toda la vida, pero sí que, al conocerse de tantos años, habían llegado a tener una buena camaradería, como decía mi padre.

A sus sesenta y cinco años, David se dedicaba más a revisar y aceptar casos para el bufete que a asistir a juicios, a esos dijo que solo iba en calidad de observador o ayudante si sus abogados lo necesitaban.

Podía ejercer, nadie se lo impedía, pero dejaba que su hijo se encargara de esos casos de la vía penal que él siempre había llevado.

Después del postre y el café, y quedándonos claro a Sofía y a mí que David nos iba a querer como a dos hijas más, nos despedimos todos en la calle quedando en volver a repetir la velada en otra ocasión.

Daniela se fue con mis hermanas para pasar la noche en casa y el domingo con ellas, pues iban a hacer una colaboración las tres juntas para una firma de cosméticos y tenían que grabar algunos vídeos, y Alex y yo nos fuimos a su casa.

—No ha ido tan mal —dijo cuando nos subimos al coche.

—No, pero el hecho de que tu padre nos conociera ya de antes, igual que el mío a ti, sin duda ha ayudado.

—Sea como sea, tenemos la bendición de nuestros padres. Ya puedo comprar la dote para darle a Aitor y que me conceda tu mano.

—Calla, anda —reí—. No corras tanto que vas a mil como el Correcaminos.

—*Meck. Meck* —dijo imitando a aquel rápido y veloz pájaro azul.

Capítulo 28



Alex no dudó en cargarme en brazos cuando entramos en su casa, haciendo que se me escapara una risilla nerviosa.

—¿Qué haces?

—Llévate a la cama —contestó y me dio un beso rápido en los labios.

—Puedo andar, ¿eh?

—Quizás mañana no digas lo mismo —sonrió de medio lado.

—¿Y por qué?

—Vas a terminar un poco cansada esta noche —dijo entrando en la habitación y dejó caer la bolsa con mi ropa al suelo.

—Tengo que guardarla, o el lunes llevaré todo arrugado.

—Daniela dejó una plancha en la habitación que usa a veces.

Me dejó en el suelo y sentí sus labios sobre los míos al mismo tiempo que deslizaba las manos despacio por mi espalda buscando la cremallera del vestido, esa que bajó en un rápido movimiento y dejó caer la tela a mis pies.

No tardó en deshacerse del sujetador y ni siquiera dudó un instante en cogerme por las nalgas y recostarme en la cama, quedándose entre mis piernas.

Sin dejar de besarnos lo ayudé a quitarse la camisa, lo atraje hacia mí acariciando su fuerte y musculosa espalda con las yemas de los dedos y cuando noté que movía su pelvis rozando con su erección mi sexo apenas cubierto con el encaje del tanga, gemí en su boca mientras clavaba ligeramente las uñas en su piel.

Estábamos desatados los dos de tal modo que intuía que aquel iba a ser un encuentro rápido.

Alex comenzó a bajar dejando pequeños y juguetones mordiscos en mi barbilla y el cuello, lamió esa zona sensible y erógena con pasmosa lentitud y comenzó a deslizarse entre mis piernas lamiendo mi cuerpo, deleitándose con ambos pezones, esos que mordió y tiró de ellos haciendo que gritara ante esa sensación de placer y ligero dolor.

Noté sus dedos en mi tanga y no tardó en quitármelo, hundió el rostro entre mis piernas y comenzó a lamer con tal rapidez, que no me quedaba la menor duda de que estaba dispuesto a hacer que me corriera en un tiempo récord.

Grité cuando me penetró con el dedo, moviéndolo dentro y fuera tan despacio que me hacía desear que lo hiciera más rápido, pero parecía que mi chico se hubiera pensado mejor lo de que fuera un encuentro breve, pero intenso, y quería torturarme.

Lamía despacio haciendo que cada poro de mi piel se erizase por completo, seguía penetrándome y no dudaba en mordisquear mi clítoris para hacerme gritar y arquear la espalda.

Comencé a moverme en busca de más placer mientras su lengua jugaba a su antojo en mi zona, esa que estaba completamente excitada.

Alex no se detuvo ni un solo instante, y me llevó al orgasmo unos minutos después.

Lo vi retirarse tras besarme el interior del muslo y se puso de pie para quitarme las sandalias y terminar de desnudarse. En cuanto lo tuve delante sin barreras, con su virilidad erguida y apuntando hacia mí, sin que su rostro mostrase la más mínima pizca de vergüenza, me lamí los labios mientras me incorporaba para arrodillarme en la cama al mismo tiempo que él lo hacía.

Alex arqueó la ceja al ver que deslizaba la yema de mis dedos por su torso, le di un beso rápido en los labios y lo miré fijamente mientras deslizaba la mano por su piel, notando cómo se erizaba y se contraía su vientre al llegar ahí.

Seguí bajando, y bajando, hasta que albergué en mi mano el peso de su miembro erecto, Alex jadeó al notar que lo envolvía con ella y besé su cuello mientras movía mi mano para masturbarle despacio.

Gimió y al saber que le gustaba lo que le hacía, bajé lamiendo su torso hasta uno de sus pezones, haciendo lo mismo después con el otro. Me atreví a darle un leve mordisquito en uno de ellos y siseó.

Mientras lo tocaba y notaba cómo su miembro palpitaba en mi mano, seguí bajando con la lengua por su cuerpo hasta quedar a la altura de su pelvis. Lo miré, y el brillo de deseo y anhelo que vi en sus ojos me dieron ese empujoncito que me faltaba para ser un poquito más traviesa.

Acogí en mi boca su miembro y Alex gimió dejando caer la cabeza hacia atrás, me excité con solo ver su rostro de placer ante mi momento de ser juguetona.

No me detuve, lo llevé dentro y fuera de mi boca, despacio y sin prisa, disfrutando de cada sonido que hacía al notar mis labios así, rodeando su poderosa erección y llevándolo al abismo

como él hacía conmigo cada vez que su lengua y sus labios se apoderaban de mi sexo.

Sentí su mano agarrándome del cabello y cómo comenzaba a guiar mis movimientos como a él le gustaba. Aquello nos hizo gemir a los dos y sentí un escalofrío recorriéndome de pies a cabeza.

—Pequeña, esto es... —jadeó, y no dijo nada más aparte de gemir y hacerme ver que estaba disfrutando de cada segundo que mi boca pasaba alrededor de su miembro.

Noté que se movía despacio y poco después me apartó, llevó mi rostro hasta encontrarme con el suyo y nos besamos con una intensidad que volví a sentir que me estremecía.

Alex hizo que me girara dándole la espalda, me apoyé con ambas manos en la cama y tras elevarme las caderas se adentró en mi interior con una fuerte embestida.

Manténia el ritmo rápido, entrando y saliendo con fuerza, llegando a lo más profundo de mi ser, haciendo que mis gemidos y gritos resonaran por toda la habitación, mezclándose con el sonido de nuestros cuerpos chocando.

Yo misma me movía en busca de más, de ese placer que él me daba cuando nos uníamos de ese modo primitivo y carnal, envueltos por el deseo y la pasión.

Alex se dejó caer ligeramente sobre mi espalda, y mientras seguía penetrándome una, y otra, y otra vez, llevó la mano a mi sexo y deslizó los dedos entre mis pliegues, jugando con mi más que excitado y sensible clítoris, haciendo así que mi cuerpo se preparase una vez más para alcanzar el éxtasis que tanto placer me provocaba.

Siguió, y siguió jugando y embistiendo con todas sus fuerzas, haciendo que mi cuerpo se estremeciera y comenzara a sentir el orgasmo formándose en mi vientre. Me agarré con fuerza a las sábanas sin dejar de mover mis caderas para sentir más placer del que Alex ya me daba, me mordí ligeramente el labio cuando mi cuerpo me indicó que estaba llegando, y él mismo aumentó el ritmo al ser consciente de lo que se avecinaba en ese momento.

Ambos gemíamos mientras nos movíamos al unísono. Comencé a gritar al notar cómo su miembro palpitaba entre los músculos internos de mi vagina, y cuando el clímax nos alcanzó a los dos, grité con todas mis fuerzas mientras Alex me daba un leve mordisco en el hombro sin parar de embestir con fuerza una y otra vez.

Liberamos el clímax entre gemidos y gritos de absoluto placer, moviéndonos hasta dejar salir aquella última oleada de un orgasmo intenso y excitante.

Alex me rodeó por la cintura tras retirarse hasta hacernos caer sobre la cama, exhaustos y jadeantes, y cerré los ojos mientras notaba sus dedos acariciándome el brazo.

—Eres increíble, pequeña —susurró besándome el hombro.

—Y tú, insaciable.

—Me declaro culpable, abogada. Pero le confieso que solo soy insaciable cuando se trata de usted —volvió a besarme—. Así que, mejor será que descanse y coja fuerzas, porque la noche no ha hecho más que empezar.

—Desde luego, te has propuesto que sea verdad eso de que mañana no pueda andar —sonreí con los ojos aún cerrados, notando mi cuerpo laxo y agotado.

—¿Acaso lo dudabas? Mañana tendré que llevarte en brazos todo el día.

—Mañana vas a tener que prepararme el jacuzzi para mí solita y que me dé un buen baño relajante, advertido quedas.

—¿Y querrás también un masaje? —comenzó a besarme el cuello y noté que de nuevo su mano bajaba por mi muslo en busca de mi entrepierna.

—Alex —jadeé.

—Dime, cariño.

—Deberíamos descansar.

—Ajá, tienes quince minutos, como en los partidos de fútbol.

—Una pregunta.

—Que sea fácil, ahora mismo mi cerebro solo piensa en cómo darle placer a mi chica —susurró mordisqueándome el lóbulo de la oreja.

—¿Sería así cada noche si me quedara a dormir contigo?

—Y peor.

—Pues qué bien, iba a ir a los juzgados con unas ojeras, que ni los osos panda —resoplé, y él soltó una carcajada.

—Y todos al vernos sabrían que tu chico te dejó muy relajada la noche anterior, además de sumamente saciada.

—Eres un demonio, que lo sepas —solté una risilla.

—Y tú el ángel que me complementa, pequeña —sostuvo mi barbilla y dijo aquellas palabras mirándome fijamente.

Se inclinó para besarme y sentí que mi corazón latía aún más rápido. Aquello no era un te quiero, pero sí una manera sincera de decirlo con esas palabras.

Capítulo 29



Decir que el domingo había sido tranquilo, era faltar a la verdad.

Alex finalmente consiguió su objetivo de agotarme la noche anterior, me hizo gemir y gritar durante horas, besando y tocando cada rincón de mi cuerpo, haciéndome suya de maneras que jamás habría siquiera imaginado. Aquel hombre tenía una capacidad de complacer sin límites.

Y esa mañana no solo me había levantado agotada y exhausta, sino que sentía doloridos músculos que ni sabía que pudieran existir en el cuerpo de una persona. En palabras de Elena, sentía doloridas hasta las pestañas.

Me llevó en brazos hasta la cocina donde me sentó en uno de los taburetes para disfrutar de un desayuno que había preparado mientras me dejaba dormir y descansar, según dijo, pero aquello no era más que una manera de hacerme saber que necesitaba reponer fuerzas pues quería volver a estar en lo más profundo de mi ser.

Ni siquiera recogimos lo del desayuno, y allí mismo, sentada en el taburete, separó mis piernas colocándose entre ellas y me llevó al orgasmo con una embestida tras otra.

Desde luego que ese hombre no se saciaba nunca, era como si cada vez que lo hiciéramos, quisiera más, y más de mí.

Acabamos dándonos una ducha rápida después de recoger todo y entre los dos preparamos la comida, un pollo asado con patatas y verduras que nos quedó buenísimo.

Después de comer y preparar el café, nos acomodamos en el sofá y pusimos la serie que ambos veíamos, acurrucados y abrazados como si aquella fuera una escena normal y cotidiana en nuestras vidas, como si fuéramos un matrimonio consolidado en vez de un par de amantes que recién empezaban a conocerse.

Tras dos capítulos me dijo que iba a trabajar en el despacho, tenía un juicio el lunes a las diez de la mañana y quería repasar todos los puntos y no cometer errores.

En ese momento me recordó a mi padre, y es que cuando se trataba de un caso en el que debía

llevar a un criminal ante la justicia y que recibiera la condena adecuada para su crimen, no descansaba ni los domingos.

Aproveché que él estaría trabajando para preparar el jacuzzi y darme un baño, me serví una copa de vino, puse música relajante y disfruté de aquellas burbujas que relajaban mi cuerpo.

Pero no podía quitarme de la cabeza el momento que vivimos allí mismo noches atrás, cuando Alex me llevó al orgasmo en más de una ocasión.

Sonreí con cierta malicia cogiendo el móvil y no dudé ni por un segundo en lo que iba a hacer.

Expuse mis piernas de manera sensual de modo que no se viera nada más arriba de mis muslos, hice una foto y se la envié a Alex con un mensaje.

Jimena: *¿Y si se toma un descanso, abogado? Estas piernas lo esperan.*

Alex: *Pequeña, no juegues con fuego.*

Sonreí de nuevo, y la foto que hice en ese momento fue un poquito más... provocativa.

Mis piernas separadas y tal como se veían, dejaba a la imaginación que mi sexo estaba ahí, desnudo y esperando. Se la mandé sin perder mi sonrisa.

Jimena: *¿Y si quiero que tú me hagas arder?*

Alex: *No me provoques, cariño.*

La mujer lujuriosa que ese hombre había despertado, se puso al mando. Me levanté, enfoqué mi cuerpo desnudo dejando ver mis pechos, tenía las piernas ligeramente separadas y mi sexo expuesto, llevé mi mano al vientre dejando que uno de los dedos quedara a solo unos centímetros de mi monte de Venus, me mordisqueé el labio y mandé esa foto.

Jimena: *Solo te muestro lo que te estás perdiendo.*

No contestó, así que dejé el móvil donde estaba, volví a acomodarme dentro del agua y cogí la copa de vino para dar un sorbo.

Acababa de cerrar los ojos apoyando la cabeza en el borde del jacuzzi, cuando la puerta se abrió de golpe y Alex entró quitándose la camiseta, que lanzó al suelo, y no tardó apenas en desprenderse de los pantalones de chándal, no llevaba ropa interior.

—Así que me estoy perdiendo todo esto, ¿eh? —dijo con un tono ronco y la ceja arqueada— Te advertí que no me provocaras, pequeña, ahora deberás aceptar las consecuencias —se metió en el jacuzzi conmigo y me atrapó entre sus brazos para besarme con esa pasión e intensidad que ya conocía.

Todo mi cuerpo se estremeció en respuesta a su ataque y solté una risita cuando comenzó a

acariciarme con ambas manos por los costados. Gemí en el momento en el que cubrió con ellas los pechos e hizo fricción con sus pulgares sobre los pezones lanzando una descarga en el centro de mi placer.

Se sentó llevándome consigo y me colocó a horcajadas sobre sus muslos, seguía besándome con ansia llevando una mano a mi entrepierna, tocando ese punto que me hacía perder la cordura y abandonarme a la lujuria.

Despacio y de manera casi tortuosa, movía su pulgar sobre el clítoris como si de un leve roce se tratara, por lo que empecé a moverme sobre él para notarlo más.

—Alex —jadeé pidiendo más.

—¿Qué pasa, pequeña? —No se le notaba afectado.

—Más rápido, por favor.

—Oh, así que este ángel perverso quiere que le toque más rápido.

—Sí.

—Te he dicho que tendrías que aceptar las consecuencias, y son estas. Voy a hacer que tiembles, que necesites más, que quieras más, y tardaré en dártelo.

—Por Dios, Alex.

—¿Qué te puse en el mensaje, cariño? Que no me provocaras, y lo has hecho —me dio un leve mordisco en el labio inferior mientras me penetraba levemente con el dedo—. Lo has hecho enviándome esa foto de tu cuerpo desnudo y pecaminosamente perfecto que ahora me pertenece. Sí —dijo con seguridad mientras me penetraba más fuerte y me miraba con esos ojos marrones donde destacaban las motitas ámbar—, tu cuerpo ahora es mío, cariño. Tus pechos —lamió y mordió ambos pezones—, tu sexo —volvió a penetrarme—, cada centímetro de tus piernas, cada partícula de tu ser, es mía.

—Oh, Alex —gemí cuando me penetró un poco más rápido.

—Esto te gusta ¿verdad, pequeña?

—Sí.

—¿Quieres que siga?

—Sí, por favor, sigue.

—Me encanta cuando te tengo así, entre mis brazos, perdida en el deseo y excitada.

Volvió a besarme con pasión mientras seguía llevando su dedo dentro y fuera de mi ser, mientras

me sostenía con fuerza por la cintura con el otro brazo y yo me agarraba a sus anchos hombros moviéndome para encontrar ese placer que siempre encontraba estando con él.

Ni siquiera terminé de correrme cuando Alex me sentó en el borde del jacuzzi y me hizo alcanzar el orgasmo, instantes después con su juguetona lengua devorando cada rincón de mi zona excitada y deseosa de él.

Y cuando liberé esa última sacudida de un orgasmo intenso, volvió a llevarme sobre sus muslos para penetrarme y hacerme suya una vez más.

Él nunca se saciaba de mí, y yo había descubierto que me gustaba sorprenderlo al tiempo que le provocaba con esas fotos siendo un poquito juguetona y perversa, porque al igual que él disfrutaba dándome y recibiendo placer, yo también lo hacía.

Comenzó a moverse más y más deprisa, embistiendo con fuerza hasta alcanzar lo más hondo de mi ser, haciéndome temblar y estremecer mientras gemía y gritaba, y cuando ambos sentimos que se acercaba el momento cumbre de aquel encuentro excitante y pasado por agua, cuando el orgasmo volvía a formarse en mi vientre, Alex me abrazó con fuerza con un brazo y liberamos el clímax al unísono.

Después de aquello nos quedamos allí abrazos, acariciándonos la espalda el uno al otro despacio, Alex me besaba el hombro y cuando me aparté para mirarlo, vi algo diferente en sus ojos.

—¿Te he distraído mucho de tu trabajo? —pregunté mientras colocaba un mechón rebelde de su cabello que parecía no querer ser domado.

—La verdad es que estaba necesitando un descanso, iba a ir a prepararme un café cuando me llegó tu primer mensaje. Pero esto ha sido mucho mejor que un café.

—Tengo vino —dije con una sonrisilla en los labios.

—Mejor voy a secarme y prepararme ese café para volver al despacho —me dio un beso rápido en los labios—. No me mandes más distracciones.

—No prometo nada —puse cara de inocencia y él soltó una carcajada.

—Abogada, no me irá a decir que he creado un pequeño monstruo lascivo y adicto al sexo, ¿verdad?

—Hombre, ahora que lo dices... Yo creo que sí, porque antes de conocerte no era así.

—Así, ¿cómo? —Me colocó un mechón de cabello tras la oreja sin apartar esos ojos de mí.

—Pues, así, provocativa, insinuante, juguetona.

—Para su tranquilidad, abogada, le informo de que me encanta que sea así —me dio otro beso rápido—. Puedes ser juguetona conmigo siempre que lo desees, pequeña, estoy aquí para

complacerte en todo lo que pueda. Ahora, será mejor que vuelva al trabajo antes de que te vuelva a hacer mía.

Tras un último beso salió del jacuzzi, se secó con la toalla y tras vestirse apoyó ambas manos en el borde para inclinarse y darme un tierno beso en la frente.

—Disfruta del baño, cariño.

Sonreí viéndolo marchar y volví a quedarme sola, con la música, el vino y disfrutando de la paz y tranquilidad que no solo sentía con Alex, sino también en su casa.

Capítulo 30



Debía admitir dos cosas en esa mañana de martes.

La primera, que me gustaba quedarme dormida con Alex y despertar a su lado, y la segunda, que me costaba despedirme de él cuando salíamos de su casa para que me llevara al trabajo.

Así fue el día anterior, cuando llegamos al bufete y nos despedimos en la puerta, porque sabía que no iba a pasar esa noche con él, pero también era cierto que así debía ser.

Le deseé suerte en el juicio que tenía y para el que estuvo trabajando gran parte de la tarde del domingo, salvo cuando lo provoqué con mis fotos y vino a hacerme compañía en el jacuzzi y tomarse un descanso.

Me llamó cuando salió del juzgado y dijo que la vista había ido bien, ahora tenían que esperar.

Mi lunes fue como tantos otros, revisando algunos casos, concertando citas para clientes nuevos, y después de comer con la loca de Elena y que me contara cómo le había ido el fin de semana con Víctor, donde tuvieron momentos de todo tipo al igual que nosotros, fuimos a soltar adrenalina a clase de zumba.

—Jimena —me giré al escuchar la voz de Camila que acababa de llegar a los juzgados.

La saludé y fuimos juntas hasta la sala donde no tardamos en recibir a esa joven que hoy, tras dos meses desde que vio a su exmarido, se enfrentaba de nuevo a él.

Otro juicio más, una historia de amor convertida en pesadilla para ella, que vio cómo el hombre encantador del que se había enamorado, se convertía un desconocido por completo.

Durante una hora y media que estuvimos en la sala, escuchando el testimonio de una de las vecinas que escuchaba aquellas peleas donde cualquier cosa que pudiera romperse acababa contra una pared o contra el suelo haciéndose añicos, así como los gritos, insultos y menosprecios que le hacía y donde una madre rota de dolor por haber encontrado a su hija sin conocimiento en la casa, lloraba por haber tenido que decirle que el bebé que con tanto cariño esperaba no iba a nacer por esos golpes que había recibido, salimos de allí con la seguridad de

que nunca volvería a ver a ese hombre que tanto daño le había causado.

Ya no solo por la condena impuesta por la jueza, sino porque ella había decidido dejar su vida en ese lugar que la vio nacer, y empezar de cero en otro sitio.

Nos despedimos y le deseé mucha suerte con su nueva vida.

—Es gracias a ti que voy a poder tener una vida, Jimena, has conseguido que el monstruo de mis pesadillas quede en el olvido —contestó haciendo que me emocionara.

Camila sonrió, y después de acabar en el juzgado ambas fuimos a la casa de la mujer que había estado en el hospital hasta el viernes, cuando le dieron el alta.

Concertó la cita con los padres de María, que así se llamaba, y ahí estábamos en ese momento, llamando a la puerta de una casa donde los gritos y risas de un par de niños llegaban hasta nosotras.

—Buenos días, Eloísa —Camila saludó a la madre de María y esta nos cedió el paso.

—Buenos días. La niña está en el salón, bueno, hace años que dejó de ser una niña —suspiró.

—No se preocupe, Eloísa, que, para mi padre, yo aún lo sigo siendo —comenté sonriendo.

Entramos en el salón y vimos a María sentada en el sofá con sus pequeños, leyendo un cuento.

Los moratones en el rostro eran visibles, así como la hinchazón en su labio inferior, ese en el que aún se veía una herida ya casi cicatrizada.

—María, ella es Jimena, tu abogada —le informó su madre, mientras me señalaba.

—Hola, María. ¿Cómo estás? —sonreí.

—Viva —dijo con una sonrisa leve—. Vamos niños, id a la habitación a jugar, después seguimos leyendo.

—Vale —ambos se acercaron a darle un beso en la mejilla y bajaron del sofá para salir corriendo.

—Estoy viva gracias a ellos, porque cuando perdí el conocimiento me obligué a seguir respirando para no dejarlos solos. No podía permitir que él se los llevara.

—Tu padre y yo no lo habríamos permitido, hija —le dijo Eloísa.

—Lo sé, mamá.

—María, como te dije el viernes, Jimena es una de las mejores abogadas y colabora conmigo llevando casos como el tuyo.

—Mis padres me han dicho que no va a cobrarnos nada.

—Por favor, tutéame —sonreí—. Y no, no voy a cobrar ningún tipo de honorarios.

—Pues te lo agradezco, porque desde que me casé no he vuelto a trabajar, mi marido se gastaba el dinero en, a saber, qué y dónde, y mis padres no es que tengan mucho.

—No te preocupes, de verdad. Ahora, si te parece bien, cuéntame todo.

Y así pasamos las cuatro en aquel salón una hora, mientras María contaba esos sucesos que tantas y tantas veces había escuchado de otras bocas.

Cuando acabamos le dije que le llegaría la notificación de haber puesto la demanda, así como la fecha para a la vista, que yo también recibiría, que no tenía que preocuparse de su futuro exmarido porque lo tenían en prisión preventiva y sin fianza dado que no podía costearla, y que en caso de que alguien estuviera dispuesto a ayudarlo y saliera, ya teníamos la orden de alejamiento que no podía romper.

Me despedí de Camila y regresé al bufete, donde me quedé a comer después de pedir una ensalada de la cafetería de la esquina para adelantar algo de trabajo.

Esa tarde había quedado con Elena y las chicas para tomar café, así que estaba deseando que dieran las cinco para salir del bufete y llegar al centro comercial.

Mientras trabajaba me llegó un mensaje de Alex invitándome a cenar el viernes y pasar el fin de semana con él, sonreí y acepté, le pregunté si cenaríamos en su casa y respondió que no, pero que tenía pensado darme una sorpresa.

Llegué al centro comercial y fui hasta la cafetería donde ya me esperaban las cuatro sentadas en una mesa tomando uno de esos batidos que tanto nos gustaban.

—Te he pedido uno de helado de frutos rojos —dijo Lorena sonriendo.

—Gracias, cariño. ¿Qué tal el tobillo?

—Mejor, pero esto pica horrores.

—Esta noche tenéis el evento, ¿no? —curioseó Elena.

—Sí, y ya me han tuneado unas muletas y han hecho una especie de media para cubrir el vendaje. Espero que se vea bien.

—Seguro que sí —sonreí—. ¿Sabes algo de Nico?

—Me llamó el domingo, y vino a verme. Había visto las fotos que nos hicimos el viernes con aquellos chicos, y se preocupó.

—Mucho tardó, el jodido —protestó Sofia.

—Se fue a Barcelona para un par de eventos, por eso se marchó cuando ella lo llamó —dijo mientras me miraba—. Hablamos de todo lo que está haciendo Elena para que se libere de ella, y me dijo que precisamente por eso debía seguir siendo tan obediente como siempre, no quiere que ella sospeche que la va a despedir hasta que no tenga todo atado y confirmado por Elena.

—Pues ya le queda menos para librarse de la sanguijuela, cariño —Elena le hizo un guiño y ella sonrió.

—Entonces, ¿en qué punto estás? —pregunté.

—Me ha regalado esta pulsera —levantó la mano y nos mostró una bonita pulsera de oro con dos símbolos del infinito enlazados y un pequeño corazón en color turquesa en el centro.

—Esto sí que es amor —dijo Daniela—. Venga, un brindis —levantó su vaso—. Por nosotras cinco, que hemos encontrado a nuestro medio limón.

Sonreímos al tiempo que levantábamos los vasos de batido y brindábamos, desde luego que Daniela encajaba a la perfección en nuestro grupo de locas, porque a todas nos faltaba algún que otro tornillo que no sabíamos dónde lo habíamos perdido, y que estábamos completamente seguras de que nunca recuperaríamos.

Estar con ellas para mí, era ese momento de tranquilidad en el que sabía que las risas, esas que llenaban el alma, estaban más que aseguradas y me daban una dosis extra de energía para acabar la semana.

Capítulo 31



Cuando salí a mi calle y vi a Alex esperando, apoyado en el coche, con los tobillos cruzados, el traje gris, la camisa blanca desabotonada y una rosa roja en la mano, por Dios que sentí que me iba a desmayar.

—¿Y esto? —sonreí cuando me acerqué.

—Una rosa para mi chica —me dio un beso y la cogí para olerla.

—Muchas gracias.

Cogió la bolsa con mi ropa y después de abrirme la puerta para que me acomodara, la guardó en el maletero.

—He pensado que podrías dejar algo de ropa en casa, así no tendrías que cargar siempre con la bolsa —dijo cuando puso el coche en marcha y se incorporó al tráfico.

—Eso sería invadir tu espacio, Alex.

—No invadirías nada, sabes que hay espacio más que de sobra. Piénsalo —contestó dándome un leve apretón en la rodilla.

—¿Y a dónde me llevas a cenar?

—Es una sorpresa.

El resto del camino lo hicimos en silencio, y mientras él jugaba con nuestras manos entrelazadas, me acariciaba el interior de la muñeca o la pierna, yo contemplaba la calle, observando a la gente caminando bajo el manto oscuro de la noche, mientras pensaba en eso de dejar algo de ropa en su casa.

Tener ropa interior y algún pijama para estar cómoda, no era tan mala idea.

Llegamos a una zona de playa donde había un restaurante coqueto y con apenas seis mesas.

Había oído hablar de él, era un lugar muy exclusivo y eran pocos los que podían disfrutar de una cena allí puesto que la lista de espera podía llegar a ser de meses.

—¿Vamos a cenar aquí? —curioseé cuando entramos cogidos de la mano.

—Ajá.

—Pero, Alex, es difícilísimo conseguir mesa.

—No cuando el dueño es tu cliente —me hizo un guiño y sonreí.

Un chico de unos treinta años nos recibió con un elegante traje negro y corbata, comprobó el nombre de Alex en la reserva y nos llevó a nuestra mesa, al fondo, con vistas a la playa desde el amplio ventanal.

Una de las camareras se acercó para preguntar si queríamos beber vino y Alex pidió un par de copas de un vino rosado que, cuando lo probé, sentí un sabor dulce y afrutado que me gustó.

Para cenar pidió el menú degustación, compuesto de diez platos que, por fortuna, eran pequeños y sin demasiada comida, o de lo contrario habría acabado rodando hasta la playa.

—Había oído hablar de este sitio, he visto algunas noticias, y fotos en redes de gente que ha venido a cenar, pero nunca pensé que estaría aquí —dije.

—Ya sabes lo que dicen, es bueno tener contactos en cualquier parte.

—Lo que tienes es enchufe —reí.

—También es verdad —sonrió él—. Solo quería que tuviéramos una cena romántica y tranquila. Como ves, aquí no hay demasiado ruido, la música es suave y se puede mantener una conversación sin tener que gritar.

—Me gusta, es un lugar con encanto.

—Señores —la camarera llegó con el primer plato, un *foie* de pato sobre salsa de arándanos y un toque de menta que, al primer bocado, fue toda una explosión de sabores.

Uno a uno disfrutamos de aquellos platos mientras hablábamos del trabajo, de qué planes teníamos para las vacaciones que estaban prácticamente a la vuelta de la esquina, pues los dos nos cogíamos el mes de agosto entero, de Daniela, de mis hermanas, de su padre y de los míos, y también de nosotros.

—De verdad que me gustaría que dejaras ropa en casa, Jimena, podrías pasar allí noches entre semana, cenar, quedarte a dormir y volver al trabajo al día siguiente. Puedes ir con tu coche y aparcarlo en el garaje, ya has visto que hay espacio para los dos.

—También podrías hacerlo tú —contesté—. Puedes dejar ropa en mi piso y quedarte a dormir

después de cenar.

—Es una opción, pero apuesto a que disfrutarías más de un baño relajante en el jacuzzi después de un largo día de trabajo, que de una ducha en tu casa —arqueó la ceja.

—Ah, no, eso es jugar sucio. Sabes cómo hacer para convencerme.

—Lo que sé es lo mucho que te gusta mi jacuzzi. Tengo unas fotos de lo demuestran.

—Fotos que nunca, jamás, bajo ningún concepto, puede ver nadie —le advertí.

—Pequeña, ese cuerpo no lo verá ni disfrutará nadie más que yo.

Después de cenar pedimos el postre, una mousse de limón muy cremosa sobre una fina base de galletas y con un delicioso sirope de lima limón que estaba para chuparse los dedos. Tomamos café y tras pagar la cuenta, Alex y yo salimos de allí cogidos de la mano para ir a pasear por la playa como aquella primera noche.

Sentir el agua fría acariciando mis pies era una de las mejores cosas que había, y para mí era como un modo de relajarme natural y refrescante.

—Creo que me voy a aficionar a los paseos nocturnos por la playa contigo —dijo mientras pasaba el brazo por mis hombros sin soltarme la mano.

—A mí me encanta, ya te lo dije —sonreí—. Es relajante hacerlo de noche.

—Tendré que pensar en comprar una casa mucho más cerca de la playa, para llevarte a pasear.

—Alex, lo de que lleve ropa a tu casa, no sería solo una manera de pedirme que me mude contigo, ¿verdad?

—No del todo, la manera en realidad, es esta —se detuvo y vi que sacaba un juego de llaves del bolsillo del pantalón—. Sé que vas a decir que es pronto, que apenas nos estamos conociendo y todo eso, pero quiero que las tengas, porque de verdad me gustaría que pasaras las noches conmigo. Me gusta dormir contigo y cuando no estás en mi cama, me cuesta conciliar el sueño. Siento que al abrazarte mi cuerpo se relaja, mi mente deja de pensar y simplemente se abandona a la calma que tenerte cerca le da. Y debo admitir que me estoy acostumbrando a desayunar acompañado y si estoy solo, el café no me sabe igual.

Me eché a reír al escucharlo decir aquello, ese hombre era único, había estado abriendo su corazón y diciendo todo aquello tan dulce y bonito, para acabar con una de sus tonterías que me hacía reír.

—Te advierto que puede que en algún momento te canses de mí y de tenerme en casa.

—No lo creo, he comprobado de primera mano que eres lo mejor para hacer un descanso si trabajo el fin de semana. Y ya no veo el jacuzzi igual, si estoy solo, te echo de menos.

—Claro, porque eres un hombre insaciable que no piensa más que en sexo y hacerme gritar.

—Insaciable, pero solo contigo, confieso que soy adicto a ti por entero.

—Yo también estoy muy a gusto contigo, Alex —apoyé la cabeza en su pecho abrazándolo—, y me cuesta mucho despedirme el lunes sabiendo que no te veré esa noche.

Suspiré, cerré los ojos y recordé lo mucho que me gustaba estar con él, lo cómoda que me sentía en su casa y esa sensación que tenía allí, como si esa fuera también mi casa.

—¿Entonces? —susurró.

—Podemos probar, pero no voy a dejar mi piso —le advertí—. Si discutimos me voy a dormir sola a mi casa.

—No te voy a prometer que no haya discusiones, todas las parejas discuten —sonrió—, pero al menos intentaré que lleguemos a eso, somos abogados y se nos da bien hablar y llegar a un entendimiento.

—Madre mía, no sabes lo que te espera —reí.

—Sí lo sé, pequeña, dormir cada noche sabiendo que despertaré a tu lado.

Se inclinó y posó sus labios en los míos en un beso suave y tierno, que poco a poco se fue convirtiendo en uno más apasionado que hacía que los dos quisiéramos más, mucho más.

Escuché mi móvil sonando en el bolso, pero no respondí, seguí dejándome llevar por aquel momento, por ese beso que me sabía a hogar. Pero volvió a sonar.

—Cógelo, tal vez sea algo importante —susurró, y asentí.

Saqué el móvil y fruncí el ceño al comprobar que era Gloria, no sabía qué podía querer la secretaria del bufete a esas horas.

—¿Hola? ¿Gloria?

—Jimena, al fin —la notaba nerviosa—. He llamado a tu padre, pero no me respondía. Me ha llamado la policía, están con los bomberos en el bufete, ha habido un incendio.

—¿Qué? —Sentí que el corazón se saltaba un latido.

—No sé cómo ha sido, pero dicen que el edificio... —sollozó— El edificio está en llamas.

—Voy para allá, gracias por avisarme Gloria —colgué.

—¿Qué pasa, Jimena? ¿Gloria no es la secretaria de tu bufete?

—El bufete, ha habido un incendio.

—¿Por qué te ha llamado ella? —preguntó mientras regresábamos hacia el coche.

—En caso de emergencia, la policía tiene el teléfono de mi padre como primer contacto, el de Gloria como segundo y el mío, en caso de que ninguno responda. Si han llamado a Gloria es porque no han localizado a mi padre.

—¿Y dónde está?

—No lo sé, quizás se ha quedado sin batería —contesté mientras subíamos al coche y marqué el número de mi padre.

—*El número de móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura en este momento* — escuché la voz de la compañía y seguí insistiendo, obteniendo el mismo resultado.

No sabía decir las veces que lo llamé mientras Alex conducía a gran velocidad, casi diría que estábamos volando por las calles de Málaga, solo esperaba que no se cruzara nadie y tuviéramos que lamentar alguna desgracia.

Cuando llegamos al bufete la calle era un caos. Coches de policía y camiones de bomberos llenaban el lugar, estos últimos tratando de apagar un incendio que, literalmente, estaba devorando todo el edificio.

—Oh, Dios mío —murmuré llegando hasta el cordón policial.

—Señorita, no puede pasar —me indicó un agente.

—Es... Este es mi bufete, soy una de las dueñas.

—Lo siento, por favor permanezca aquí, es peligroso.

Asentí y dejé que Alex me abrazara mientras veía cómo el bufete de mi padre, se consumía poco a poco. Volví a llamarlo, pero obtuve el mismo resultado, así que marqué el número de Minerva.

—Jimena, cariño, ¿cómo estás? —preguntó en tono risueño.

—¿Está papá contigo? Necesito que se ponga.

—No, tu padre no ha regresado aún.

—¿No ha vuelto?

—No. Sabes que se reunía con el comisario en el bufete, ¿verdad? Iban a hablar sobre lo que había descubierto.

—Sí, pero, de eso hace... horas —miré el edificio, esa bola de fuego, y me temí lo peor.

—¿Qué ocurre, cariño?

—El bufete está en llamas, ha habido un incendio.

—¿Qué? —el miedo resonó en su voz, y supe que pensaba lo mismo que yo— Voy para allá, cariño.

Colgó sin que me diera tiempo a decir nada más, así que como último recurso marqué el número del comisario que mi padre me pidió que grabara en mis contactos del móvil por si alguna vez necesitaba algo de él.

En este caso sí daba tono de llamada, pero se cortó sin que me respondiera.

Miré de nuevo al edificio, a la ventana de despacho de mi padre, y no sabía decir exactamente por qué, pero un escalofrío recorrió mi cuerpo.

—Tengo un mal presentimiento —murmuré.

—¿Qué ocurre?

—Mi padre y el comisario habían quedado en verse, no ha vuelto a casa y el comisario no coge el móvil. Alex —lo miré con los ojos vidriosos—. ¿Y si mi padre está aún ahí dentro?

—Joder —murmuró—. ¡Agente! —gritó mientras se acercaba a él.

—¡No se acerque, señor! ¡Manténgase...!

—Es posible que haya dos personas ahí dentro —le cortó—. El dueño del bufete y el comisario de policía.

El agente abrió los ojos ante esas palabras, miró a sus compañeros y gritó mientras corría hacia ellos para hablar con los bomberos.

No tardó en acercarse uno de los bomberos y preguntarme cuál era el despacho de mi padre, se lo indiqué y regresó corriendo para dar instrucciones a un par de ellos que entraron al edificio.

Me temblaba el cuerpo, sentía frío y lloraba, las lágrimas caían por mis mejillas descontroladas.

No podía perder a mi padre, no podía perderlo a él también, ya había sufrido bastante cuando perdí a mi madre.

—*Mi niña, te aseguro que tienes padre para rato. Ya te dije ayer que tengo que ver casadas a mis tres hijas* —esas fueron sus palabras, y resonaban en mi mente una y otra vez.

Pero si estaba en el edificio, sería un milagro que saliera de allí con vida.

Escuché a alguien gritar mi nombre y cuando miré, vi a Minerva corriendo hacia mí. Llevaba unos leggins, una camiseta y las deportivas, tenía los ojos rojos por el llanto y me abrazó con fuerza al llegar hasta mí.

—Cariño, ¿sabes dónde está tu padre? —preguntó con la mirada llena de temor, y solo necesité echar un vistazo hacia el edificio, para que lo entendiera— Dios mío...

Alex seguía a mi lado, los tres mirábamos hacia el edificio y entonces, una explosión hizo estallar los ventanales y miles de cristalitos comenzaron a caer sobre la calle. Mi chico nos arrastró a ambas hacia una parte más segura, junto a un coche de policía, y entonces lo supe.

Algo en mi corazón se hizo pedazos y me decía que mi padre, mi querido padre, no iba a salir de aquel edificio que se había convertido en una bola de fuego como salida del mismísimo Infierno.

«Dios, si me escuchas, por favor no abandones a mi padre, no dejes que muera esta noche porque no podré soportar perderlo también a él»

Mientras lloraba en los brazos de Alex, observando junto a Minerva el modo en el que las llamas devoraban el bufete que había levantado mi padre tantos años atrás, rezaba en silencio con la esperanza de que saliera de allí, porque sí, estaba segura de que mi padre y el comisario aún estaban dentro del bufete, a merced de las llamas que lo consumían todo a su paso.

Salir de allí sería como cruzar el Infierno...

Continuará...



¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha parecido esta novela? Curiosidad de autora jeje.

Si te gusta cómo escribo, disfrutas con mis historias, viajas a esos lugares donde los personajes viven mil y una aventuras, y quieres estar al día de mis novedades, puedes seguirme en la página de Amazon y en mis redes.

¡¡Nos vemos por allí!!

Sarah Rusell.

Facebook: [Sarah Rusell](#)

Instagram: @sarah_rusell_autora

Página de autora: relinks.me/SarahRusell

Twitter: @ChicasTribu